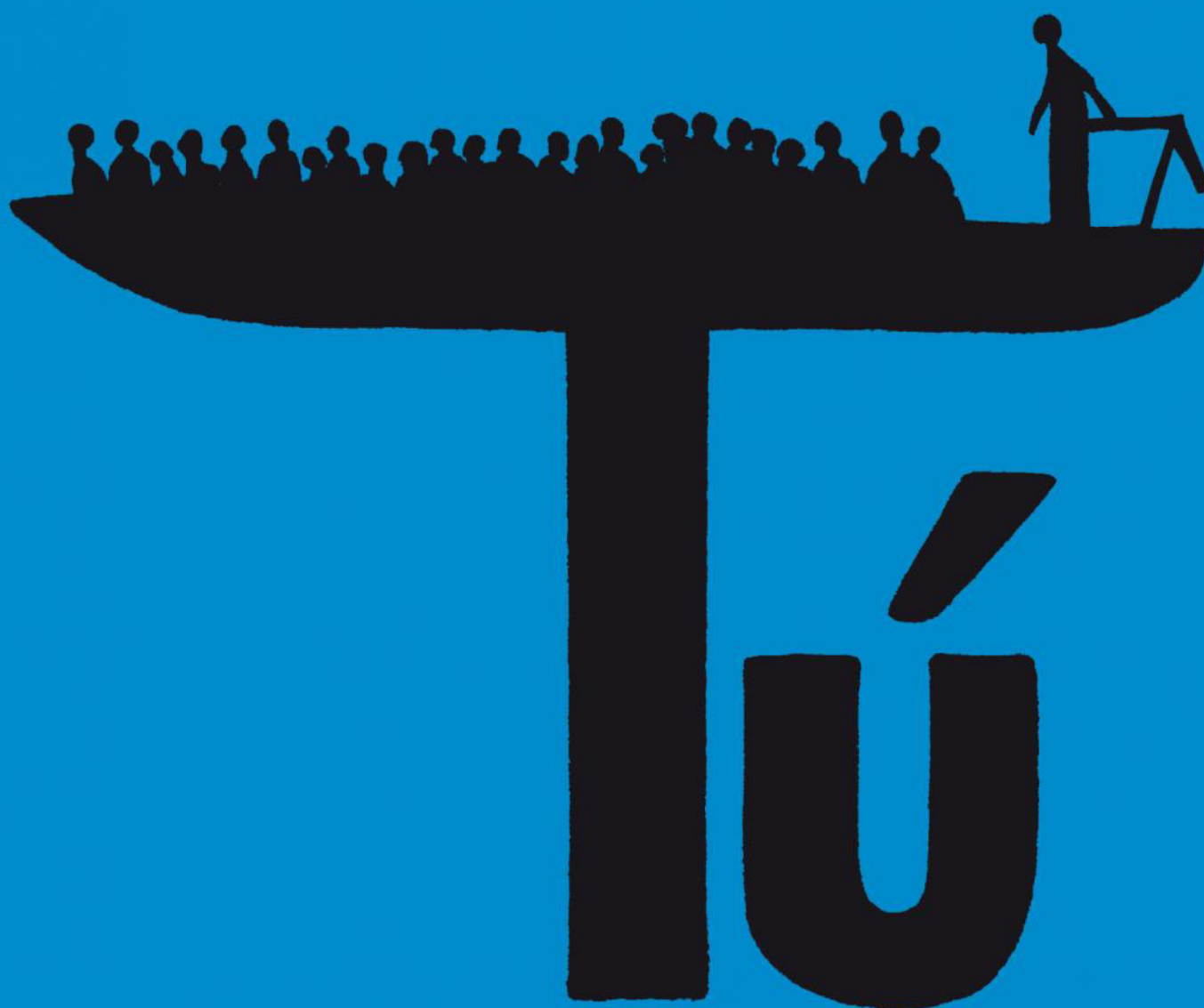


Mira verás



10° ANIVERSARIO DEL CERTAMEN DE CUENTOS DOCTOR LUIS ESTRADA

10 ° Aniversario del certamen de cuentos doctor Luis Estrada

Índice

El canto del marabú	Montserrat Gutiérrez Bengoechea	15
Tutul-xiu	Arturo Ortega Blake	18
El hombre medicina	M ^a Azucena Álvarez García	23
La magia de Munayi	Ignacio Villagrán Teresa	27
Nayina	Ignacio Villagrán Teresa	33
Y de pronto el silencio	Javier Tuero Rodríguez	41
Esperanza	Juan Lorenzo Collado Gómez	44
El otro lado de las cosas	Luis Elizondo Lopetegi	47
Planes de viaje	Ángel González Quesada	49
Cuando brama el Visaurín	Ignacio Villagrán Teresa	56
Soy azul	Manuel Sánchez Vicente	63
Recuerdos de Mitch	Javier Díez Carmona	70
El Chelón	Javier Díez Carmona	74
Hábleme de tú	Manuel Sánchez Vicente	77
La ceremonia	Mariano Monge Juárez	83
Esa calaña de los niños	Eduardo Elías Rosenzvaig	86
Dos hombres	Miguel Paz Cabanas	92
Las fauces del Xioc	Quintín García González	100

Introducción medicusmundi Asturias

El apellido de Luís Estrada aparece en el diccionario: «Camino, sendero»

El Doctor Luís Estrada González (Avilés, 1922-Oviedo, 2000), presente en el origen de medicusmundi Asturias ya desde que se forjara la comisión fundacional creada en 1970 por un grupo de asturianos para trabajar en los países en vías de desarrollo, abrió el camino. Estrada fue vocal hasta 1991 de las sucesivas juntas directivas de medicusmundi Asturias, y desde entonces hasta su fallecimiento ocupó el cargo de presidente.

Burundi, en el corazón de África, marcó el comienzo. En 1970 se puso en marcha en Ntita, la colina olvidada, el Hospital «Asturias», un dispensario que hacía hincapié en las necesidades de medicina preventiva, maternidad, pediatría, educación para la salud y formación de personal sanitario. Ríos de enfermedades inundaban uno de los países más conflictivos de la región de los Grandes Lagos, donde medicusmundi Asturias permaneció a lo largo de dos décadas. Había mucho trabajo por hacer allí. Y así, en avanzadilla, desbrozando el camino, creando la estrada, aprendiendo y aprehendiendo, fueron en aumento las acciones de medicusmundi Asturias en diversos países del Sur; Malawi, Honduras, Nicaragua, Bolivia, micro-proyectos en Perú, Panamá, o el Congo.

Desde su fallecimiento, y en homenaje a su labor, medicusmundi Asturias convoca anualmente el Certamen de Cuentos «Doctor Luís Estrada» sobre cooperación al desarrollo; el presente volumen recopila todos los cuentos que han ganado a lo largo de las sucesivas ediciones.

Los cuentos, sin duda, constituyen un vehículo para la educación en valores, y para formar en la interculturalidad. Pero, sobre todo, los cuentos, como Luís Estrada, viajan, son migrantes, abren el camino.

Prólogo Manuel Herrero Montoto

Mira, verás...

A la memoria de mi jefe y amigo, Luis Estrada.

Los que andamos metidos por estos andurriales de la Medicina y sus aledaños adolecemos de un tic retórico las más de las veces sin contenido, insulso o malsonante, que incluye el taco tal cual. Ningún galeno se escapa del dichoso tic. Y a pocas dotes de observación que uno posea, sacará en conclusión que el tic de la palabra define en cierta medida la calidad humana del que lo emite. Nuestro jefe de filas en el batallón Bisturí de Asturias, don Luís Estrada, era capaz de emitir el «mira, verás...» tantas veces y con tan penetrante insistencia que al final uno miraba y, oiga, no me lo va creer, veía, que en lo nuestro, recomposición de mondongos maltratados y enfermos, no es poca cosa. Dicho de otra manera más técnica, que para hacer un buen diagnóstico, lo primero es mirar, y mirar con detenimiento al paciente, repara, colega, en la expresión de la cara de tu paciente e incluso en el atuendo que trae a la consulta, todo informa para obtener una buena visión de la jugada o diagnóstico.

Dudo mucho que tras su tic de dos palabras se escondiera conscientemente un tratado de empirismo y positivismo que llevaba a la práctica, en realidad, lo que don Luís ponía en práctica es lo más positivo de la existencia humana: EL SENTIDO COMUN. Sí, «mira, verás...», toma buena nota cirujano o médico joven, comprobarás con el tiempo que en dos palabras el maestro te ofreció las claves de una abigarrada metodología que era preciso abreviar para que tu profesión llegue a buen puerto.

Don Luís era mucho don Luís. Me explico. Cuando se jubiló, él gustaba decir cambio de vía, escribí unas letras en el diario local que titulé Los luises de don Luís. Me vino el título del artículo a la cabeza después de una charla en su despacho. Confieso que mi vanidad quedó mal parada y sin posibilidad de recuperación. El caso es que yo preparaba una expedición fluvial por el río Gambia, le hablé de la fauna que nos acompañaría por el agua, hipopótamos y cocodrilos, de la enemistad de unas tribus del interior famosas por comer blancos entrometidos en pepitoria y acompañarlos de patatinos del año. Él me miraba con cierta sorna y yo empecé a sentirme algo incomodo en el papel de Indiana Jones. Fue entonces cuando sacó del cajón de su mesa una foto, la miró antes de dejármela y esbozó una sonrisa, luego, me la pasó. No di crédito a lo que veía. Hoy hubiera pensado, sin ninguna duda, que se trataba de un montaje Photoshop, pero no, por aquel entonces la cosa informática estaba en pañales. Lo que allí se retrató era una escena tan real como la vida misma. Vi un Land Rover a toda pastilla por una de las terrosas pistas de la sabana, detrás del todo terreno corría Luís Estrada a lo Carl Lewis para subirse al coche y cerraba la carrera un magnífico león que lo perseguía con una cara de mala

leche que metía miedo. ¿Sabéis cuál fue el comentario de Luís Estrada? Mira, verás, Manolo, estaba en Burundi, fue la primera vez que vi un león en su medio y, mira, verás, no es conveniente acercarse más allá de su límite de seguridad.

Indiana Jones, o sea, un servidor, quedó mudo. Pero no me resigné. Y volví al ataque. Empezaba a ser aquel diálogo una imitación del que sostuvieron Don Luis Mejía y el Tenorio en la Hostería de Sevilla, sólo que en vez de lances amorosos, sobre la mesa depositábamos nuestras aventuras. Seguro de que por el lado que me disponía a atacar no habría replica, le comenté la intención de escalar el Naranjo de Bulnes con un grupo de Cangas de Onís y que me preparaba arduamente en un gimnasio con ejercicios ad hoc. Se levantó, con una sonrisa de aquí te espero, fue hasta una de las estanterías de su biblioteca y enmarcada, sí, aquella otra foto la tenía en un precioso marco de plata. Fue en el sesenta y tantos, me dijo. Allí estaba Luís, en la cima del Naranjo de Bulnes, con otros colegas de su grupo de montaña, sonrientes, triunfadores, liberados ya de la adrenalina, al hombro unas cuerdas que metían miedo y, lo más sorprendente, ¡de chirucas!

No insistí, sería inútil. Yo había agotado mis proyectos, y él habría concluido esos dos y muchos más. Me convencí de que en el interior de mi maestro cirujano convivían otros luises. El aventurero médico del mundo, el amante de la montaña, y otros que harían esta lista interminable.

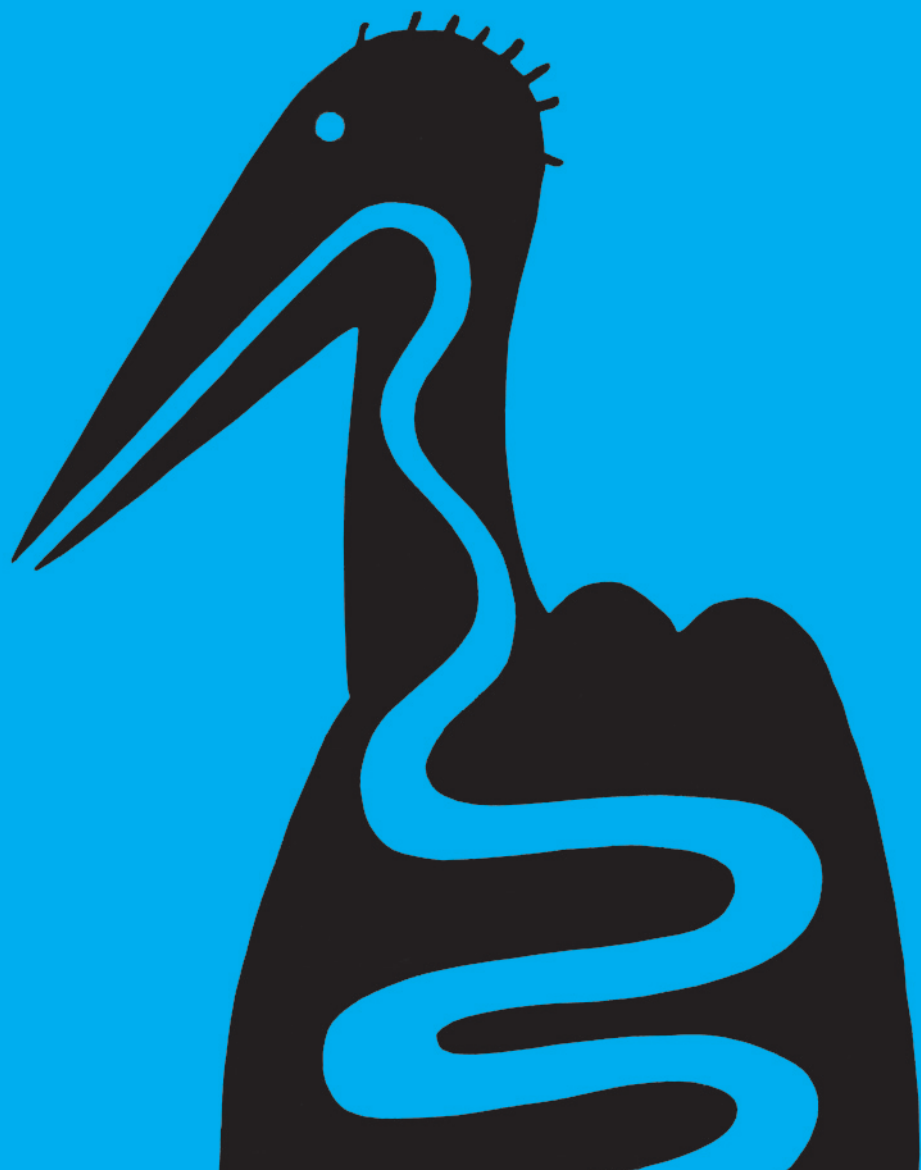
Recordar a los maestros que condujeron los primeros pasos de tus manos provistas de ese cuchillo que puede llegar a ser un arma y se llama bisturí, es tarea obligada y necesaria. Cumpló los sesenta, treinta y pico con el arma en la mano, y el recuerdo de sus enseñanzas sobre los mondongos, presente en cada intervención del día a día, libra a mis pacientes de no pocos quebraderos de cabeza.

Recordar a un maestro de la Cirugía que encima escaló el Naranjo y ganó la carrera a un león de Burundi que quería merendárselo, bien se merece la dedicación de este libro. Leídos los sustanciosos relatos del dicho volumen, convencido estoy de que su presencia invisible se guarda en sus páginas. Por eso, advierto a los autores que si releendo sus cuentos, en una de estas sale de entre páginas una mano con una foto, pues que no se asusten, es otro don Luis que comparte aventura o desventura.

Sólo me resta agradecer con toda el alma a Medicus Mundi que me hayan permitido escribir esta breve introducción. Los hombres que dejan huella son recuerdos protegidos y las marcas de sus pasos deben guardarse, no en las vitrinas de un frío museo, sino en los caminos de nuestras vidas, como fieles guías, como mojones que indiquen la dirección a seguir.

Mira, verás, con este libro Medicus Mundi cumple.

Mira verás



El canto del marabú

Aquel año la época de lluvias se había adelantado. En la zona norte de Tanzania, hombres y mujeres de las tribus nómadas habían comenzado los preparativos para levantar los asentamientos que acostumbraban a establecer durante la estación seca del año.

Aunque la partida estaba próxima, los padres de Omán seguían caminando cada mañana con él, hasta el hospital de la Misión Católica de Moshi, situada en la ladera sur del Kilimanjaro, con el deseo de que estuviera abierta la puerta del Onkel —«la sala de la luz» para buscar a Tura —«el que abre la puerta»—. Pero la puerta de esta pequeña sala, donde Tura había salvado de la ceguera a sus otros tres hijos, continuaba cerrada. El Onkel permanecía a oscuras, como los ojos de su hijo Omán, por la muerte de Tura.

Aquella mañana sobrevolaba Tanzania con el instrumental quirúrgico básico que Tura, como le llamaban los massais —mi abuelo— tenía preparado; con un oftalmoscopio nuevo y una maleta de gafas de colores. Iba a cumplir su promesa: abrir las cataratas de los ojos de Omán que le impedían ver.

Volaba con Albert, piloto de las líneas aéreas civiles tanzanas. Era somalí, pero Tanzania le acogió a él y a su familia cuando escapaban de la guerra y la persecución en su país. El agradecimiento le llevó a enfrentar su propio escepticismo, y desde hacía años colaboraba con el gobierno como piloto voluntario.

Habíamos salido antes del amanecer de Dar Es Salaam, pero no con destino al Norte —a Moshi— como era lo previsto, sino al propio centro del país, al territorio massai, donde el único pozo de agua del que dependían los cinco poblados que allí habitaban, se había estropeado. Este cambio imprevisto me contrarió. Estaba cansada. Hacía más de treinta horas que había salido de Lisboa y quería llegar, ¡al fin!

—¿No existe nadie que pudiera ocuparse del asunto? ¿Sabe usted que me necesitan con urgencia para operar a un niño en Moshi?

—Si, lo sé, pero en África las cosas se empiezan por el principio —contestó de forma suave en un portugués perfecto—. Sus reservas de agua se han terminado. Claro, que hay otras personas que pueden arreglar el pozo, pero por la dificultad del terreno tendrían que esperar más de tres semanas. Para nosotros será sólo una mañana, si todo marcha bien.

La sencillez de su respuesta, me hizo comprender y me disculpé.

Por la ventanilla entraba un aire caliente.

—¡Empezar por el principio!—. Abandonar Lisboa —mi tierra— su música, mis amigos, la posibilidad de trabajar en el Hospital Oftalmológico Infantil que mi abuelo

había fundado allí. Todas las posibilidades a mi alcance, y preferir África, para hacerme cargo de la pequeña Unidad de Ciegos —«Onkel»— que él había creado en el Hospital de la Misión de Moshi, sin apenas medios. Heredar el frágil sueño de Tura, por el que tanto luchó. ¿Empezaba por el principio?—.

El cielo estaba vacío, como yo.

Con las primeras luces del alba, comenzamos a descender. Vi a un grupo de marabús en la Sabana, tuve el deseo de caminar entre ellos como hacía mi abuelo cuando su fortaleza se agotaba.

—¿Se puede caminar entre los marabús? —Pregunté tímidamente a Albert.

—¿Ve aquella montaña? —sus grandes manos señalaron el Kilimanjaro— es Uhuru, el Norte. Los massais dicen que los marabús guardan a Uhuru, el Espíritu de nuestros antepasados de África. Sólo quien ha sentido su energía puede caminar entre ellos. —Su voz expresaba lo mismo que sus manos.

Minutos después aterrizábamos en un pequeño campo de tierra en territorio massai, nadie nos vino a recibir. Caminamos durante un kilómetro con un pesado bidón de agua. Por fin divisamos un grupo de hombres, mujeres y niños muy numeroso, en medio de un desierto de arena ocre y algunos animales muertos.

Había un silencio absoluto. Cuando nos acercamos, sonrieron. Albert les dijo algo en massai, su lengua, mientras se dirigía hacia al pozo: un simple tubo de hierro del que salía una palanca, rodeado de un pequeño foso.

¿Eso era el pozo?-. Ni en el pueblo más pobre de Portugal existía un pozo así.

Albert sacó la herramienta que llevaba en su bolsa y durante toda la mañana trabajó sin cesar. Todos le ayudábamos, solo él parecía saber lo que hacía. Era media tarde, todo seguía igual y el agua del bidón se había agotado. Albert notó mi cansancio y me aconsejó que descansara.

Observé a los demás, también estaban cansados. Entonces me acordé del agua que llevaba en mi mochila y decidí ir a buscarla hasta la avioneta. Cuando llegué comprobé con rabia que se había derramado sin sentido. En la sabana el calor y la luz se confunden al atardecer.

Extenuada, observaba la quietud de aquella familia de marabús. De repente, uno de ellos levantó su pata y la apoyó apenas sobre la tierra, como para no despertarla. Giró su pico hacia una figura transparente y emitió un sonido suave: «¡Uu-huuuu...!» Todo se volvió intenso. Los rayos del sol pasaban a través del movimiento del velo rojo que cubría el cuerpo armonioso de aquella niña que cruzaba descalza y erguida entre los marabús, y me sonreía; mientras, la manada comenzó a caminar detrás de ella hasta que se alejaron entre los últimos rayos de sol, y dejé de verlos.

Regresé recuperada y serena hasta el pozo. Todavía sin agua. Seguían trabajando. Tuve miedo de su suerte. Fue entonces cuando el agua brotó con fuerza. Empapó sus caras. ¡Sonrisas, gritos!. Se abrazaban a Albert y entre ellos, revolcándose por el suelo como niños. Eran felices cubiertos de barro. Albert miró hacia mí y me

abrazó. Y todos me abrazaron. Entonces sus cuerpos comenzaron a danzar alrededor del pozo, al son de un canto: «¡Uhuruu, uhuuruu, uhuuruuu...!.. ». Los contemplaba asombrada. El agua no paraba de brotar. Albert me ofreció su mano y me introdujo en el círculo de danza. Vi su sonrisa. Y sentí la inocencia de cuando éramos niños. Ese era el sonido de África, el secreto de nuestra fuerza ante la adversidad, que nos uniría para siempre.

Dancé con ellos mientras sentía «¡Uhuuruuu...!» en nuestras voces.

Cuando llegamos a Moshi, en la misión nos estaban esperando. Todo iría bien. Lo sabíamos. Aquel era el «principio» del que hablaba Albert.

A la mañana siguiente abrí la puerta del «Onkel» para que entrara la luz a los ojos de Omán. Y durante 40 años, sin apenas medios, solo con la ayuda de Albert –hasta su muerte– los amigos y la seguridad de mis manos, no dejé que se cerrara nunca más.

Con mis ojos gastados, sonriendo, subiré hasta la colina rosa y caminaré despacio y erguida entre los marabús. Me detendré para sentir en mis pies descalzos el calor de mi otra Tierra, el sol atravesará la gasa roja del vestido que cubre mi cuerpo. Suavemente, comenzaré a caminar sin prisa hacia el Norte.

Entre la manada que me sigue en silencio.

Contemplo el Kilimanjaro.

Noto mi corazón latir cada vez más rápido.

Y entre las manos cálidas de Albert,
se detiene,

para escuchar juntos el canto del marabú.

Montserrat Gutiérrez Bengoechea (Madrid, España)

Tutul-xiu

El agradable olor a yerba fresca, como serpiente en el agua, entraba en los pulmones de Yatché. El viento suave y el armonioso movimiento de las hojas de los árboles lo arrullaban. Después de reposar, puso atención al ladrido de los perros; se abrazó las piernas y contempló a lo lejos el movimiento de la aldea; eran los agentes de la organización extranjera. Se enorgullecía de su cultura su pueblo. En él, la principal autoridad era el Consejo formado por tres virtuosos ancianos: Cisteil, Al-akum, y Kekchi.

Cisteil, cuyo nombre había sido dado en honor a la ciudad de Jacinto Canek, era una anciana que narraba sucesos históricos y cuentos. Por respeto, nadie ponía en duda sus relatos, aún cuando contaba del enorme jaguar; decía que era tan pesado que a su paso las casas se caían. Al-akum tenía el don de aliviar el dolor a través de la herbolaria. Kekchi, el adivino, era un asiduo observador de las estrellas; predecía huracanes y plagas.

Últimamente recibían visitas de Medicus Mundi; deseaban electrificar Tutul-xiu con energía solar. Yatché se oponía al programa. Argumentaba que era ir contra su cultura. Al sentirse incomprendido, recurrió a los ancianos del Consejo; después de varias horas, se percató de que en el fondo aceptaban la decisión de la organización. La entrada de la Coca-cola, y de las aspirinas coloradas, que las usaban para cualquier dolencia, estaban desplazando la riqueza herbolaria. Los brebajes de raíces no interesaban y las infusiones habían quedado en el olvido. Conseguían chocolate en paquetes y los cazadores perdían privilegios.

Yatché convenció al Consejo de retomar los concursos de danza, poesía y canto. Los familiares de los participantes darían una prenda por concurso y mediante votación se escogerían los primeros lugares. El Consejo aceptó. A la par de los ensayos, la organización inició las obras de electrificación. La fecha de los certámenes se fijó para dentro de treinta días. En la tienda del pueblo Yatché clavó un anuncio con las bases del concurso, mientras los técnicos dejaban cajas de madera y extraños instrumentos en la casa concejal. No obstante, todo el mundo continuaba preparándose para el certamen. Los niños jugaban entre los extraños aparatos; hubo quien ensayó sus poemas parado sobre cajas. Pero debido a las visitas de técnicos, cada día era más difícil concentrarse. Los poemas de algunos ya no eran sobre la flora y la fauna, ahora escribían sobre el antagonismo de la cultura maya y mestiza. Hasta las danzas tenían innovaciones.

A dos semanas de celebrarse el encuentro, el Consejo anunció los nombres de los jueces. Esa tarde llegó un helicóptero irrumpiendo en la tranquilidad de la comu-

nidad. El ruido de los grandes taladros, la máquina de soldar y el martilleo, perturbaban el ambiente. Conforme avanzaban los concursantes, avanzaban los técnicos; los artistas paseaban entre los aparatos. Yatché se reía al escuchar las injurias a un montón de tornillos y comparar los circuitos con cochinitas silvestres.

Una semana antes del concurso, dos helicópteros descendieron en el llano. Periodistas y agentes de Medicus Mundi instalaron la central receptora; Tutul-xiu estaba electrificado. De uno de los helicópteros bajaron un televisor y lo instalaron en la choza concejal. Era la choza más grande, con un descuidado petate y un anafre en la esquina. El empaque y los sellos de vivos colores metálicos del aparato contrastaban con el atado de Cisteil, que colgaba en el centro de la choza, conteniendo los símbolos de los más antiguos recuerdos del Consejo. Un reportero, al ver que en la foto saldría la bolsa, la arrojó contra el piso. El ingeniero más joven, con pena levantó el atado sacudiéndole el polvo. Los pobladores, al escuchar la transmisión de la película, fueron entrando.

De pronto, los visitantes abandonaron la aldea, sólo quedó el joven ingeniero al que le instalaron una tienda de campaña cerca de las placas fotovoltaicas.

Desde ese día, la aldea no fue la misma. Las estridentes voces de los locutores de la televisión llegaban hasta la selva. Cisteil angustiada, llamó al Consejo. Kekchi y Al-akum no la escucharon, deseaban electrificar todas las viviendas.

Yatché entonces anunció que recorrería la fecha del concurso. Todos asintieron y continuaron frente al televisor. El cazador se internó en la selva, se recostó sobre la gran roca que usaba para dormir. Su única compañía eran cenizales y cigarras. Recordó cuán feliz era Tutul-xiu; qué alegría regresar después de una larga cacería y escuchar las risas de los niños. Entre tantas añoranzas, recordaba a su amada Coral y el día que murió atacada por un jaguar. Cómo disfrutaban los certámenes, en el último ganaron con un poema de Nahua Pech, el gran profeta maya.

Cierta tarde Yatché cazó un jabalí. Por primera vez en su vida entró con la presa sin la compañía de los niños. Cuando llegó con la presa sobre los hombros, nadie lo festejó. Molesto la arrojó frente al televisor. El único que en vano trataba de acercarse era el joven ingeniero que habían dejado en la aldea.

Un atardecer de melancólico naranja, Yatché escuchó el fiero rugir de un jaguar. Tenía experiencia con felinos; no cazaban si no tenían hambre, pero seguro estaba hambriento porque se había acercado demasiado. Se tranquilizó al recordar que llevaba el machete bien afilado.

Vio al felino en un claro, era enorme. Sería difícil darle batalla. Entonces emprendió veloz carrera internándose en la selva para alejarlo de la aldea. Sentía el peso del animal atrás.

En la orilla del río se subió a la copa de un árbol. Tendría la ventaja del machete. Vio que en otro árbol se encontraba el ingeniero, quien lo saludó con la mano, Yatché no le contestó. El jaguar se encaramó donde estaba el ingeniero. Se lanzó sobre él. Ambos cayeron al agua.

Yatché, curioso, se incorporó para observar el ataque; sólo distinguió las siluetas tratando de salir de la turbulenta corriente hasta que los perdió de vista. Ya era tarde; decidió dormir en un frondoso árbol. En cuanto amaneciera los rastrearía. Con el primer rayo de sol, siguió las huellas hasta el Valle del Venado. Se detuvo a la entrada y decidió recostarse sobre un tronco para apreciar la floresta. De pronto... escuchó un rugido y gritos provenientes de una caverna. Llegó a una boca oscura como de mina.

El silencio le hizo suponer un trágico desenlace; algo había sucedido. No había aves ni reptiles alrededor de la entrada. Encendió una antorcha y distinguió bajo unas piedras las botas del ingeniero. Lo encontró inconsciente pero vivo. El cazador se dio cuenta que trató de subir a una saliente y que con el peso se desplomó. Seguro eso asustó al jaguar.

—¿Has visto Yatché?!... ¿has visto?! Estamos dentro de una pirámide—. Le dijo el ingeniero. Después de inspeccionar las dos cámaras de la pirámide, iniciaron el regreso. El cazador percibió la cercanía del jaguar mientras comían naranjas. Le hizo señas al ingeniero para que subieran a un árbol. Desde lo alto de las ramas vieron al animal. No tenía caso enfrentarlo; era demasiado grande. En esas cavilaciones se le fueron las horas; prefirieron esperar que oscureciera. Para no caerse, se amarraron a las gruesas ramas utilizando bejucos.

Al despertar, Yatché sintió la mirada del ingeniero observándolo, quizá pasó la noche en vela, pensó cuando le señaló al jaguar echado junto al tronco. Entonces el cazador supo que debía enfrentarlo. Con el machete empezó a sacarle punta a una fuerte rama. Apenas terminó, bajó lo más que pudo y con fuerza se la lanzó pero un rápido movimiento del felino lo libró de la punta.

En ese momento Yatché supo que a pesar de su tamaño, lo tendría que matar. El ingeniero no logró convencerlo de regresar mientras aquel cortaba un tronco de un joven árbol para utilizarlo como lanza.

Después de unas horas, llegaron al río. Yatché dejó la lanza recargada sobre unas rocas mientras bebía agua.

—¿Sabe, ingeniero, que organizamos un certamen y que ya nadie practica por ver la televisión?- Le dijo en tono de reclamo.- Queremos que nos respeten, la naturaleza en tu cultura es importante, pero en la nuestra es todo, porque no tenemos las cosas que se ven en la televisión.

En eso, escucharon tan cerca el rugido que sin tomar la lanza, se tiraron al río. El enorme animal prendió a Yatché del brazo. En la lucha llegaron a la parte honda. Con habilidad de cazador, se sumergió y se sujetó a un tronco que yacía en el fondo; aguantó la respiración hasta que el jaguar regresó a la orilla.

El cazador salió a flote con el brazo sangrando; el ingeniero lo tomó del cuello, lo jaló hasta la orilla y lo recargó en una piedra. Entonces se zambulló en la parte honda buscando el arma de Yatché. Salió con los ojos rojos sin abandonar el intento de recuperarla.



—Necesitamos el machete porque regresará.

Yatché cortó unas hojas haciéndose un emplaste en la herida. De pronto vio mucho manoteo y movimientos bruscos en el agua y una gran cola de lagarto sacudiéndose con fuerza.

En Tutul-xiu, un niño se acerca al televisor y lo apaga. En ese momento una arropada anciana despierta.

—Le apagué porque estaba dormida, abu Cisteil.

—¿En qué acabó el capítulo? ...anda... ¿por qué no me despertaste?

—Terminó cuando el ingeniero lo saca herido del río y después se mete a buscar el machete y un lagarto lo ataca.

Arturo Ortega Blake (Chihuahua, México)

El hombre medicina

El hombre-medicina se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco, mientras un niño de intensos ojos negros lo observaba con atención.

—Bebe un poco— y Mike le ofreció la cantimplora.

Antonio bebió con ansia y a tragos largos, con el deseo de saciar una sed que le parecía insaciable bajo aquel sol de justicia y una asfixiante temperatura de casi 50 grados a la sombra.

—Bueno, ya está bien. ¡No es agua!— Mike le dio un ligero toque a la cantimplora y se la arrebató de las manos —¡No has dejado ni una gota! ¡Y era auténtico whisky escocés!— se quejó.

—¿Existe algún whisky escocés falso?— bromeó Antonio, mientras se relamía los labios de gusto.

—Has recuperado tu buen humor, ¿eh? Eso significa que ya te has repuesto completamente y que podemos emprender el viaje de vuelta. Espera, apóyate en mí, no vayas a marearte de nuevo— y cogiéndolo fuertemente del brazo, lo ayudó a incorporarse.

El chiquillo los siguió hasta el coche y abrió la puerta del copiloto para que Antonio pudiera entrar y sentarse. Mike, agradecido, le regaló la cantimplora y le acarició la cabeza en un gesto paternal.

—Si alguien pregunta, te la regaló el escocés— y le guiñó un ojo. Luego subió al todo terreno y antes de encender el motor, lo saludó con la mano. Si sigue creciendo a ese ritmo, la próxima vez me costará reconocerlo.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Nueve años, desde que nació. Su madre fue mi primera paciente. Con ella inauguramos el centro— a Mike le gustaba usar ese sustantivo altisonante para referirse a su modesto hospital de campaña, perdido en medio del desierto—. Sería más correcto decir que con ella lo estrenamos. Se había inaugurado cuatro meses antes, pero nadie acudía. Cada pueblo tenía su propio hombre-medicina y no necesitaban a ningún hechicero blanco.

—No te llaman ya hombre-medicina.

—No, pero costó lo suyo. Hubo que luchar contra demasiados prejuicios e intereses económicos, sociales y políticos.

—¿También políticos? Nunca me has hablado de ello.

—Y nunca lo haré, amigo mío.

—¿El precio del silencio?— sugirió Antonio, en un arrebato.

Mike frenó en seco, detuvo el vehículo y miró fijamente a su acompañante, antes de exclamar:

—¡A ti te ha sentado mal el whisky! Déjalo estar y disfruta el paisaje— y aceleró de nuevo.

—¿Su madre fue tu primera paciente?— preguntó Antonio, intentando retomar el tema de conversación inicial.

—Llegó a nosotros prácticamente desangrada, casi inconsciente. Llevaba seis horas de parto, el bebé venía de nalgas y la partera que le había atendido no sabía ya que hacer. Había expulsado la placenta previa, pero el feto seguía en su vientre. Estábamos seguros de que el bebé había muerto. Le practicamos una cesárea in extremis, la madre no respondía y el hijo nació cianótico. Avisamos al padre para certificarle su muerte cuando...— Mike hizo una pausa, buscando deliberadamente crear un clima de tensión... —fue un trueno, un grito estridente y un llanto inconsolable: Mike tenía muy buenos pulmones...

—¿Se llama Mike?

—Sí, ¿no te gusta?— y el escocés dibujó en su cara una sonrisa de orgullo— ¿Sabes una cosa, Antonio? Sus padres podían haber elegido cualquier otro nombre con mayor tradición, historia o sonoridad, pero escogieron el mío: el de un extranjero. Este tipo de gestos compensa. Compensar no es la palabra exacta; recompensar, eso es. Ese tipo de gestos recompensa. Mike suspiró profundamente y continuó diciendo.

—Ninguno de mis hijos se llama así, ¿curioso, eh? A mi ex mujer no le gustaba mi nombre.

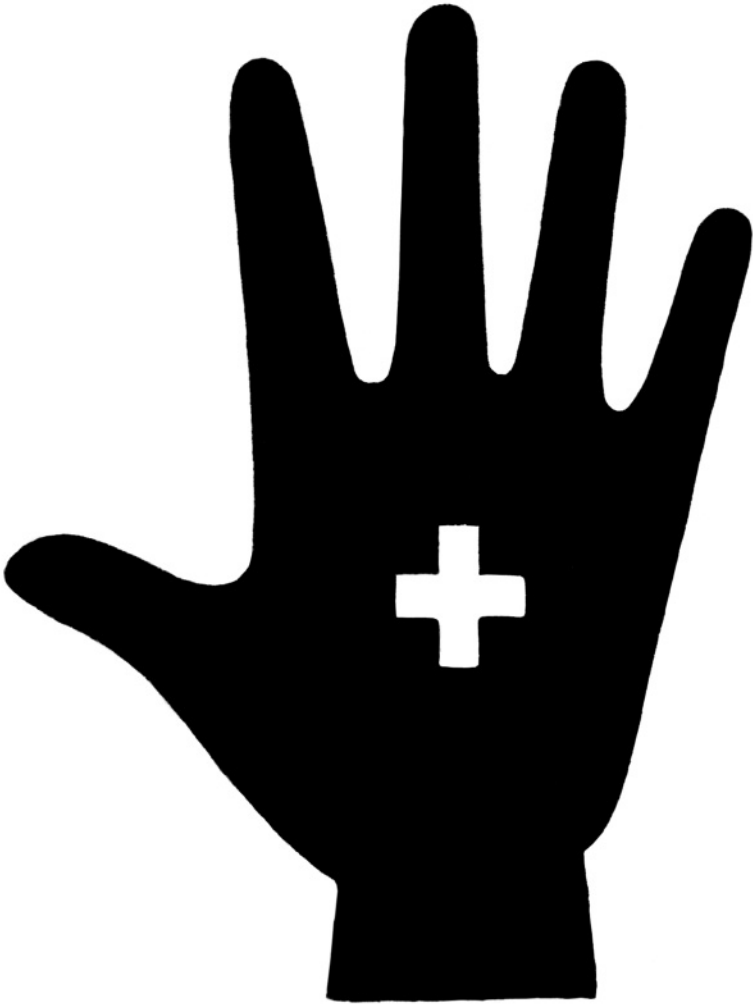
—¿Por esa razón estás aquí, por tu ex mujer?

—No. Afirmar que Helen me trajo aquí sería simplificarlo todo. ¡Aunque a ella le gustaría oírlo! Asegurar que una mujer es la responsable de la decisión más importante en la vida de un hombre resulta muy halagador, para las mujeres, me refiero. Halagador y romántico, pero no es verdad. No abandoné las comodidades del primer mundo, como suele decirse, en una especie de éxodo voluntario por una mujer, mi ex mujer. No. No ha sido una mujer, Antonio, han sido muchas: mujeres, hombres y niños, para ser sincero. Y en parte, también mi propio egoísmo: prefiero estar en sitios donde tenga siempre algo que aprender. ¿Me comprendes?— y su amigo asintió con la cabeza. Por primera vez, después de un lustro de estrecha colaboración profesional, se dio cuenta de que la imponente corpulencia del escocés no era más que una armadura bajo la que albergaba un gran corazón.

—A mí me sucede algo parecido.

—Lo sé, lo intuí nada más verte. Esa mirada llena de curiosidad, esos labios llenos de preguntas, necesitados de respuestas, y esas manos...

—...tan rudas— interrumpió Antonio, mientras las extendía sobre el salpicadero.



—Recuerdo perfectamente tu presentación: «Me llamo Antonio Molero y me repugna la sangre» Yo pensé: «¿de qué nos sirve un voluntario al que le repugna la sangre y que, encima, no es médico?»

—Entonces fue cuando Johan comentó en alemán: «Tiene buenos brazos, servirá para descargar camiones».

—¿Por qué no nos dijiste que hablabas alemán?

—Porque no me lo preguntasteis.- y ambos soltaron una sonora carcajada.

—Te voy a echar de menos, Antonio. Nunca había tenido un ayudante tan eficiente como tú. Te voy a echar de menos— repitió el escocés— pero no se lo digas a nadie. No quiero que me tilden de sentimental— Mike soltó la mano derecha del volante y le dio una palmada en el hombro—. Ánimo, volverás muy pronto. Es solo un trámite: ¡un par de exámenes y listo! Con tu título bajo el brazo te integrarás en el grupo como lo que eres: un médico.

—¿Médico? Prefiero hombre-medicina.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, mirando cada uno hacia un lado: Mike al frente, a la carretera pedregosa, cubierta de arena; Antonio a las dunas que jalonaban el paisaje y que rodeaban, como una muralla, el pueblo del que se habían despedido, después de la revisión médica semanal. Los colores del atardecer, rojos, azules, naranjas, dibujaban en el desierto un cuadro mágico de sensaciones indescriptibles y Antonio sintió que era un buen momento para sincerarse.

—No voy a volver a España, Mike, no tengo intención de sacar el título. Sé todo lo que tenía saber y lo he aprendido del mejor profesor: lo he aprendido de ti, he aprendido contigo.

—Actúa con sensatez. Serán solo unos meses. Cuando vuelvas todo seguirá igual, tal y como lo dejaste. Y yo estaré aquí, para darte órdenes.

—Mike, sé razonable: no podéis prescindir de mí ni siquiera un par de meses. No estoy diciendo que sea insustituible, no soy tan estúpido ni tan egocéntrico para creer algo así, solo constato una realidad: estáis desbordados, os hacen falta voluntarios, el título es lo de menos.

—¡El whisky te ha sentado mal!

—No es el whisky

—Tienes razón, el auténtico whisky escocés no hace perder la cabeza. La mantiene en su sitio. ¿Estás seguro de esta decisión? —Antonio asintió de nuevo—¿Lo sabe el resto del equipo? Pues, ¿a qué esperamos para darles la buena noticia?, y Mike aceleró a toda velocidad.

M^a Azucena Álvarez García (Asturias, España)

La magia de Nunayi

La primera vez que empezó a sucederme aquello fue en un caluroso domingo de agosto. Lo recuerdo bien porque, en contra de lo previsto, había tenido que quedarme en casa aquel fin de semana, preparando un informe económico para una subvención que nuestra ONG había decidido solicitar. Entretanto, mi familia disfrutaba de unos días en la costa. Para entonces, estaba ya harto de elaborar informes, memorias y presupuestos, para nada. Para seguir recibiendo, una tras otra, las mismas negativas, las mismas excusas: «No disponemos de consignación presupuestaria»... «Por el momento tenemos otras necesidades más prioritarias»... «Quizás el próximo ejercicio»... Negativas, todas ellas, a algo básico y esencial como era nuestro programa de actuación; paliar el sufrimiento de la cantidad de inmigrantes que habían entrado en la Península, con la esperanza de ver mejorada su vida, o la de su familia, a la que habían dejado muy lejos.

Sin mucho entusiasmo, conseguí terminar el informe y me dispuse a enviarlo por correo electrónico a la organización. Fue al seleccionar la dirección cuando el ordenador se bloqueó. Lo desconecté y volví a repetir la operación, con idéntico resultado. Al cabo de varios intentos, logré, al fin, realizar la conexión. Mientras se transmitía, me acerqué a la cocina y me serví un café. Al volver, una enorme @ ocupaba toda la superficie de la pantalla. Y el ordenador había vuelto a bloquearse.

En un primer momento no di excesiva importancia a aquel suceso, que lo atribuí a alguna acción involuntaria por mi parte, debida a mis escasos conocimientos informáticos. Por aquellas fechas, había finalizado un cursillo intensivo de Internet, después de rendirme, muy a mi pesar, a las presiones de mis compañeros de trabajo, de mis amigos, de mi mujer... e incluso de mi propia hija, que con apenas cuatro años maneja el teclado con la virtuosidad de un consagrado pianista.

El episodio se repitió a los pocos días. No dudé, por ello, en acudir al establecimiento donde había adquirido el equipo. Allí me aseguraron, tras realizar las oportunas comprobaciones, que el envío de mensajes se realizaba correctamente, no observando, en consecuencia, nada anormal.

Regresé a casa, reinstalé el equipo y me dispuse a enviar un e-mail. El ordenador volvió a bloquearse, con la @ en mitad de la pantalla. Contrariado, me incorporé, recuperando la pantalla su estado normal. Me senté de nuevo y el grafismo volvió a aparecer. Por un momento, me dio la impresión de que era yo el que estaba provocando todo aquello. Y en efecto: probé a inclinarme ligeramente a derecha e izquierda, y el grafismo aparecía y desaparecía al compás de mi movimiento.

No había dudas: era como si mi cuerpo, o más bien mi cabeza, obstaculizara la proyección de una imagen virtual, desde algún punto situado detrás de mí. Me levanté y me acerqué a la estantería, donde supuestamente se encontraba el origen de la imagen. Y justo en el momento en que pasé mi mano por delante de una pequeña figurita, volvieron a producirse las intermitencias del grafismo en la pantalla. Me fijé en ella. Era una pieza de artesanía que me traje del Perú, en la época en que estuve trabajando de cooperante, y que hacía unos días acababa de rescatar de una vieja caja donde guardo todo tipo de recuerdos. Se trataba de una pequeña piedra, de forma ovalada y con un orificio practicado en su parte central, donde había sido incrustado un cristal.

Aquella figurita me llevaba a recordar un sinfín de vivencias de la etapa más apasionante de mi existencia. Vivencias distorsionadas por el tiempo y quizá también, idealizadas por la nostalgia de la juventud: mi llegada al aeropuerto de Quito, la primera cosecha en la aldea Yanaoca, el miedo a las incursiones, las ampollas en los pies, el hambre, el abatimiento...

No podía negar mi desconcierto, pero tenía muy claro que era la piedra la causa de todo aquel misterio. Después de estar contemplándola un buen rato, provoqué de nuevo las intermitencias, comprobando que el grafismo desaparecía en el instante mismo en que tapaba con el dedo el pequeño cristal embutido en la piedra. Hasta, que, de repente, un mensaje apareció en pantalla: «Munayi ha despertado».

Aquel extraño mensaje volvió a aparecer en posteriores ocasiones. Al final, opté por recurrir a Romualdo, un peruano que veía colaborando muy activamente en nuestra organización y con quien había entablado cierta amistad. Romualdo, conocido en ambientes feriantes por el apodo de «El Chala», era un gran conocedor de la historia de su pueblo. Al domingo siguiente acudí al puesto que solía montar en el paseo de La Concha. Mientras me hablaba, sus vivarachos ojos eran capaces de controlar todo lo que pudiera moverse en lo que abarcaba su amplio ángulo visual. Le mentí diciendo que estaba escribiendo un libro sobre historia andina. No me atrevía a confesarle la causa de mi interés por aquella insignificante figurita.

—Esto no lo has comprado aquí— aseguró nada más verla.

—No, me la dio una anciana en Cuzco.

—Esta pieza es una réplica de lo que antiguamente se conocía como piedra sagrada de Munayi...

—¿Munayi?— le corté al recordar que aquella era una de las palabras del mensaje.

—Sí. Munayi era el dios de la fertilidad. Los indios aymara lo llevaban colgado al cuello como amuleto. Existía la creencia de que cuando el sol proyectaba sus rayos sobre el cristal, Munayi transmitía vigor y energía a quien lo portara. Hoy en día no es más que un simple objeto de artesanía. Aunque la auténtica piedra ha venido



marcando, durante siglos, la historia de nuestro pueblo. El cristal que lleva incrustado se tallaba antiguamente con la imagen de Munayi. Según el rito aymara, para poder verla había que mirar al centro del cristal, orientando la piedra hacia el sol. Sólo así podía realizarse el ritual del Inti.

—¿Magia negra?— me apresuré a preguntar.

—No exactamente. Se trataba de una ceremonia descrita en el Libro Sagrado de los aymara. Consistía en colocar dos piedras una frente a la otra de manera que, al penetrar la luz por el cristal de una de ellas, se reflejaba su imagen en la otra. Así, Munayi despertaba de su sueño y había que cumplir su deseo.

—¿Subsiste aún esa creencia?

—Qué va. La gente de mi pueblo ya no cree en esas historias-continuó-aunque no se puede negar que el ritual del Inti sigue siendo tabú.

—¿Superstición?

—Sí, algo así. Temen que les ocurra como al indio Puncheque, que un día se arriesgó a invocar el ritual y aquello le costó la vida. Porque una vez que Munayi se despierta de su sueño, hay que cumplir su deseo. Y sin pestañear. Puncheque no hizo caso y fue castigado con la peor de las desgracias a las que puede ser condenado un hombre: perdió la razón y no lo pudo resistir. Una mañana apareció despeñado en una quebrada de la montaña sagrada de Huacatanga.

—Por curiosidad... ¿cómo era la imagen tallada en el cristal?- le pregunté sin poder reprimir mi impaciencia.

El hombre hizo un dibujo en una hoja y me lo enseñó. ¡Era la reproducción exacta del grafismo @! De regreso, pensaba en el relato de Romualdo: Munayi, la ceremonia del Inti, el indio Pucheque... por un momento, se me pasó por la cabeza la idea absurda y disparatada de haber sido yo, el que, de forma accidental, había realizado la invocación. Pero no, aquello era ridículo. Estaba claro que la piedra no era más que un simple adorno... ¿Y si no fuera así?

En cuanto llegué a casa, acerqué la figura a la luz y la examiné con una lupa. En el cristal podía distinguir, con total nitidez, la imagen de la @. Volví a mirarla... ¡Era la auténtica piedra de Munayi! Siguiendo fielmente el ritual, la coloqué en la estantería, mirando hacia el monitor. Pulsé la tecla @ y el grafismo volvió a ocupar la pantalla. Tras provocar varias intermitencias, apareció de nuevo aquella extraña frase: «Munayi ha despertado», para dejar paso, de allí a un rato, al siguiente mensaje: «Munayi tiene un deseo. Haz que la piedra sagrada mire a la luna». Sin pensarlo demasiado, cogí la figura, salí a la terraza y la coloqué sobre una mesa, orientándola hacia la luna. Al volver a mi despacho, oí un trueno. Miré a la pantalla: «La señal del trueno. Munayi está contento», Al rato, apareció otro mensaje: «Has de ir a Can Can. Evelina está allí».

Aquello me empezaba a preocupar seriamente. O yo estaba desvariando o allí estaban ocurriendo cosas muy extrañas. De inmediato recordé: Evelina era el nombre de una muchacha indígena del grupo de voluntarios que trabajaban en la coo-

perativa de Yanaoca. En cuanto a «Can Can», no me fue difícil caer en la cuenta de que se trataba de un local de alterne cercano a mi domicilio, perteneciente a una cadena de clubes de lujo. ¡Aquello era una locura!

Armándome de valor, me dirigí al «Can Can». Entré y me acerqué a la barra. No sé cómo, conseguí pronunciar el nombre de Evelina. Al rato, se me acercó una rubia platino y me invitó a acompañarla. Un ribeteado delantalito era su única vestimenta. Recorrimos un largo pasillo. Luego, se paró en una de las puertas, la abrió, me indicó que entrara, y se fue. Una mujer se encontraba tumbada en la cama. De inmediato me di cuenta de que era ella.

—¡Evelina!— exclamé al verla.

—Le agradecería que no volviera a pronunciar mi nombre— dijo tajante— Me acerqué y su gesto cambió bruscamente cuando me reconoció— ¡Javier!— gritó asustada, al tiempo que tapaba su cuerpo con una sábana.

—Sí, soy yo— le dije sin poder ocultar mi nerviosismo. Permanecimos sin hablar durante un buen rato. Mirándonos, sin poder pronunciar palabra. Un aluvión de sensaciones se agolpaban en mi cerebro en aquel momento. Sensaciones que ahora sería incapaz de describir. Tan solo puedo recordar que la mirada de aquella muchacha me traía a la memoria todo lo que habíamos vivido juntos algunos años atrás. Aquella mirada profunda y clara me recordaba a una muchacha frágil, apenas una niña, tocada con un pañuelo en la cabeza que recogía su larga cabellera. La veía así, pintando las paredes de la escuela. La veía partir de madrugada, acompañando al equipo médico, cuando la campaña de vacunación... Y la veía también, asustada y herida.

Tras aquel tenso silencio, su primera reacción fue romper a llorar. No voy a reproducir aquí el contenido de nuestra conversación. Era obvia, demasiado obvia, su trayectoria desde que aterrizó en Barajas, llena de ilusión. Una ilusión que no tardó en ver truncada cuando se topó con la dura realidad. Luego, el triste y conocido peregrinaje por distintos trabajos y oficios, para terminar como muchas compatriotas.

Para evitarle problemas, le pagué el servicio. Luego me despedí de ella, no sin antes hacerme con la dirección de la mísera habitación abuhardillada en la que vivía con otras dos mujeres. Volví a casa dando un paseo. No me sentó mal. Por el camino, recordaba la imagen de Evelina tumbada en la cama, en la penumbra de aquella alcoba...

Estuve ausente un par de semanas por motivos de trabajo. Aquella noche había regresado tarde de un viaje a Madrid. Uno de tantos viajes que debíamos hacer para salvar la precaria economía de nuestra organización. Y en aquella ocasión no pudo ser más desalentador, en una época en que sucedían los recortes presupuestarios y con ellos, las subvenciones que regularmente debíamos recibir.

Me encontraba cansado pero no me apetecía acostarme. Así es que me preparé un ron con hielo y salí a la terraza. La noche era estrellada y cálida. El estruendo de un trueno me sobresaltó. No era posible. Ni una nube en el cielo... y entonces

recordé: ¡Munayi! Me dirigí a mi despacho y conecté el ordenador. En la pantalla apareció el siguiente mensaje: «La prueba del trueno. Munayi está contento. Con Rufino está la recompensa». Rufino no era otro que un vendedor de la ONCE al que suelo comprar un boleto todas las semanas. Instintivamente, me llevé la mano al billete. Allí estaba todavía. Me apresuré a bajar a la calle, crucé la acera y me dirigí al quiosco. Con la luz de una farola, pude ver el resultado del sorteo. ¡Increíble! ¡Era el número de mi boleto!

Tardé un buen rato en regresar a casa. Cuando me disponía a apagar el ordenador para acostarme, un nuevo mensaje aparecía en pantalla: «Munayi ha quedado satisfecho. Tu recompensa te ayudará a seguir adelante». Dejé el boleto sobre la mesa y pensé en Evelina.

Lo cierto fue que, en aquel momento, el dinero del premio fue providencial para salvar la economía de nuestra organización. Respecto a Evelina, volví al «Can Can» y conseguí que dejara su trabajo. La convencí también para que se integrara en un programa municipal de formación que se estaba llevando a cabo para inmigrantes. En la actualidad trabaja como auxiliar en un centro gerontológico de la comarca. La salida de Evelina nos dio pie en la organización para ocuparnos de un sector que se encontraba desatendido, como era el de la prostitución.

Con la intención de digerir aquel cúmulo de experiencias, guardé la figurita en el cajón. Solo después de un tiempo me atreví a observarla de nuevo. Y he de confesar que, de vez en cuando, la coloco en la estantería, la oriento hacia la pantalla y espero a que la magia de Munayi lleve a buen término nuestros proyectos. Aunque lo que aún no ha podido conseguir es abrir el corazón, la mano y la conciencia de gobiernos, ministerios, subsecretarías, delegaciones y negociados, que se empeñan en poner trabas y cortapisas a un hecho imparable, que es la entrada masiva de inmigrantes en nuestro país.

Tal vez la magia de Munayi sea limitada.

Ignacio Villagrán Teresa (País Vasco, España)

Nayina

Por aquellas fechas me encontraba cubriendo una sustitución en el Servicio de Urgencias, mientras se perfilaba mi ingreso en la organización. Acababa de finalizar el MIR y había decidido empezar a colaborar en alguno de los proyectos que iban a ponerse en marcha en el continente africano; una decisión que causó extrañeza entre mis allegados, que daban por hecha mi incorporación a la Unidad de Infecciosos del Hospital Aranzazu donde, se suponía, me esperaba un futuro profesional nada desdeñable.

Fue mi amigo Alfonso Uría, responsable de Servicios Exteriores, quien me animó: «En la organización necesitamos médicos con coraje. Además, creo que unos años fuera del ambiente hospitalario no te vendrán mal»- aseguró Alfonso cuando le comuniqué mis intenciones, aunque en el fondo pensara, como los demás, que aquel giro radical en mi corta trayectoria profesional podía resultar una total equivocación. Para mí, aquélla fue una decisión muy meditada. Mi paso por la Unidad de Infecciosos me había dejado muy marcado. Eran los años duros del SIDA y tenía muy claro que, aunque en nuestro país quedaban aún muchos problemas por resolver, debíamos emplear todos nuestros esfuerzos en aquellos lugares donde más se necesitaba luchar contra lo que ya se había erigido como la más virulenta de las plagas.

Recuerdo que aquel día estaba resultando especialmente tranquilo, después de haber salido de un largo puente en el que habían vuelto a cumplirse, una vez más, las estadísticas de accidentes. Una llamada nos puso en camino: un camión había volcado en el puerto Azpiroz y se requería una ambulancia medicalizada. Cuando llegamos al lugar del accidente, la patrulla de tráfico nos puso al corriente de los pormenores del siniestro: el conductor había resultado ileso, pero al volcar, el camión había dejado al descubierto un habitáculo camuflado en los bajos del remolque, donde viajaban dos mujeres subsaharianas. Una de ellas había salido despedida, falleciendo en el acto. La otra permanecía atrapada dentro y aún estaba con vida. Me acerqué a ella y, de inmediato, pude comprobar la gravedad de la situación: su cuerpo se hallaba aprisionado contra el chasis del vehículo, por lo que el rescate iba a resultar complicado. En cuanto se percató de mi presencia intentó decirme algo. Respiraba con dificultad y apenas podía articular palabra. «No se mueva por favor»- le dije, gesticulando para hacerme entender. Ella seguía insistiendo. En un momento, se llevó la mano al cuello e intentó quitarse un colgante del que pendía una especie de saquito de cuero. Fue entonces cuando exclamó: «¡Ato yía!». Al verse incapaz de desprenderse del colgante, me hizo señas para que yo lo hiciera, mientras repetía, una y otra vez: «¡Ato yía! ¡Ato yía!». Apenas duró un instante el

tiempo que me crucé con su mirada; una mirada profunda y expresiva. Fue un instante en el que conseguí transmitirme todo, absolutamente lo que podía leerse en sus ojos: impotencia, desaliento y agonía. Una mirada que se volvió lúcida y serena, cuando decidí liberarle del colgante: «¡Ato yía!»- Volvió a decirme. Y aquellas son las últimas palabras que pudo pronunciar antes de morir. Unas paradas que, aún hoy, siguen retumbando nítidas en mi interior, envueltas en un eco de súplica desesperada. No sabría decir qué fue lo que realmente me llegó a impactar, pero lo cierto es que aquella imagen quedó grabada para siempre en mi memoria.

Cuando regresé a casa, abrí el saquito y deposité en mi mano su contenido: tres pequeños huesecillos. Recuerdo que aquella noche no pude conciliar el sueño. Cerraba los ojos y en mi pensamiento volvía a reproducirse la escena del camión volcado en la carretera. A la mañana siguiente me dirigí a la organización y le conté a Alfonso lo ocurrido. Le pedí que averiguara cualquier dato que me llevara a conocer la procedencia de aquella mujer. Me aseguró que lo intentaría, aunque no terminaba de entender mi interés por una persona a la que no conocía de nada. Unos días más tarde me llamó para comunicarme que sus gestiones habían dado resultado:

—Según consta en el archivo del Instituto Anatómico Forense, la mujer fallecida se llamaba Atane Kawoa y procedía de Camerún- me informó Alfonso-. De la documentación que portada, se ha podido saber que era de Ngala, una pequeña localidad del departamento de Akwaya, fronterizo con Nigeria.

—¿Has podido saber qué era lo que intentaba decirme?- le pregunté.

—Sí. He consultado con un colaborador nuestro de origen camerunés y no hay ninguna duda: aquella mujer te estaba hablando en anyan, uno de los dialectos del obonya, una lengua muy extendida en la región suroeste del país. Solo hay un extremo que concretar: aseguras que esas palabras te las decía mientras intentaba zafarse del colgante, ¿no?

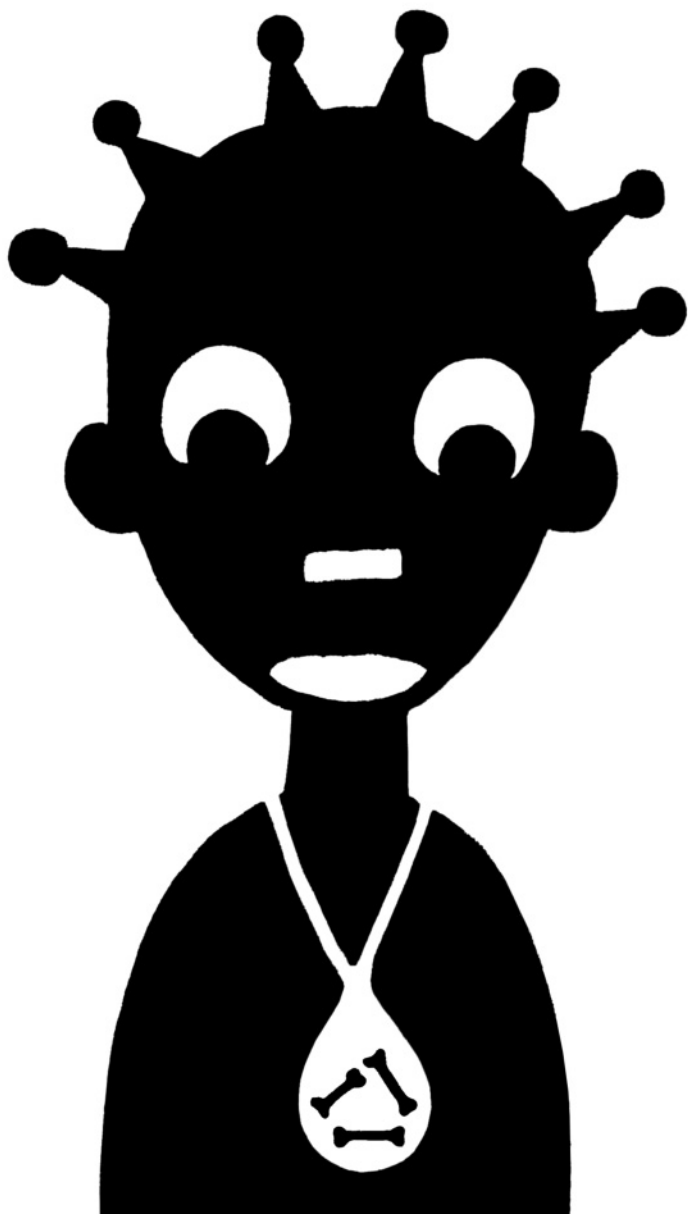
— Así es.

—Pues aquella mujer pretendía pedirte algo que para ella podía ser vital. «Aáto Chyáá» en dialecto anyan quiere decir algo así como «dáselo a mi niñita». Claro, siempre y cuando fueran ésas las palabras que creíste escuchar- volvió a apostillar.

—De ello puedes estar seguro.

—Entonces, ten la absoluta certeza de que aquella mujer te estaba pidiendo que se lo entregaras a su hija. Al parecer, la etnia denya utiliza el géaba, que es como denominan a este tipo de colgantes, como reliquia. El saquito suele contener restos óseos de seres queridos, que tienen la función de ahuyentar a los malos espíritus. Aquella mujer presentía su muerte y, por algún motivo que desconocemos, quería que llegara a manos de su hija.

Cuando salí de hablar con Alfonso pensé en introducir el géaba en un sobre y hacérselo llegar a la familia de la mujer a través de la embajada, pero todo hacía



pensar que el envío nunca llegaría a su destino, por lo que me quedé con él. Siempre he pensado si aquella decisión no habría estado influida por algún oculto presentimiento del que yo no era consciente.

Al cabo de unas semanas recibí una carta de la organización, con la relación de destinos vacantes. Los proyectos se extendían por todo el área subsahariana: apertura de hospitales en Tanzania, Zambia y Sudán; programas contra la malaria en la provincia de Ngozi, en Burundi, así como en Nigeria y Madagascar; creación de un centro de tratamiento para combatir la úlcera de Buruli, en Benin... aquella lista era interminable: programas contra la meningitis en Níger, Chad y Nigeria; apertura de un centro de salud en Xadur (Somalia)... continué leyendo y lo encontré: «...hospital de campaña en la región de Banyo, al sur de Camerún...». En aquel momento no tenía ningún sentido engañarse. De una forma o de otra, estaba deseando que en la lista apareciera algún proyecto en Camerún. Y era tal el grado de afectación que había producido en mí la imagen de aquella mujer, que incluso llegué a madurar una idea que, en otro caso, habría calificado de descabellada: cumplir con su última voluntad y entregar el géaba a su hija... y Alfonso terminó por darse cuenta de ello.

—Hemos pensado que podrías hacerte cargo de un nuevo proyecto contra el SIDA en el campo de refugiados de Meheba, en Zambia- me adelantó cuando acudí a su despacho-. Se trata de un programa piloto de tratamiento con antirretrovirales. Dada tu experiencia clínica, creemos que eres la persona idónea.

—¡Antirretrovirales en Zambia!- exclamé sin disimular mi escepticismo-. Eso es un sueño.

—Te recuerdo que uno de nuestros objetivos es que todos los afectados, allá donde se encuentren, tengan acceso a los medicamentos existentes en el mercado.

—Sigo pensando que no es más que un sueño.

—Sí, un sueño que podemos hacer realidad: que millones de pacientes de SIDA del Tercer Mundo, tengan la posibilidad de recibir un tratamiento que va a aumentar su esperanza de vida. Y demostrar, de una vez por todas, que la terapia con ARV puede aplicarse con éxito en países en vías de desarrollo.

—¿Y por qué habéis pensado en Zambia?

—Es donde más tiempo llevamos trabajando. Concretamente, el campo de refugiados de Meheba viene funcionando desde hace más de veinte años.

—Me estás hablando de un núcleo de población con miles de pacientes potenciales, ¿no es así?

—Sí, en este momento es el campo más grande de África, que acoge a refugiados procedentes de Angola y de la República Democrática del Congo.

—Para poner en marcha un programa piloto de ARV es necesario establecer un colectivo más reducido. Debe hacerse en pequeños asentamientos- aseguré-. Ten en cuenta que la fase de seguimiento y análisis de resultados va a ser vital para garantizar el éxito del proyecto.

—¿Qué sugieres entonces?

—Iniciar el programa en algún asentamiento donde podamos tener un mayor control sobre los afectados. ¿Qué me dices del nuevo hospital de Banyo?

—Ese proyecto va en otra línea de actuación. Se trata de un programa de lucha contra el cólera y la malaria. Además, está ubicado en la región más peligrosa de Camerún. Banyo se encuentra en una zona fronteriza, donde abundan las hostilidades, las incursiones de la guerrilla... no creo que sea conveniente que sea tu primer destino- añadió, intentando disuadirme.

—¿Qué objetivos os habéis fijado allí?

—Mira, no vamos a andarnos con rodeos- y al decir esto cambió bruscamente el tono de su voz-. Te conozco y me estás sugiriendo implantar el programa de ARV en Camerún, ¿me equivoco?

—Bueno, podría ser una idea acertada.

—Sabes que te necesitamos. El proyecto de ARV es muy importante en este momento para la organización. Por otra parte, no digo que no estés en lo cierto... Benyo es una pequeña aldea y allí podrías desarrollar mejor el programa. De cualquier forma, he de consultar con el Comité.

Alfonso se tomó unos días para valorar mi propuesta. Estaba claro- y él lo sabía- que si bien era cierto que aquel asentamiento podía ser más adecuado para los objetivos del proyecto, lo que realmente me había movido a sugerir que nos inclináramos por el hospital de Banyo, no era otra cosa que buscar un pretexto para ir a Camerún. «Vete preparando tus cosas. El vuelo para Yaundé sale dentro de tres semanas», fue el mensaje que me dejó Alfonso en el contestador.

Partí para mi destino quince días más tarde por culpa de un problema con el visado. No me compliqué a la hora de hacer el equipaje: cuatro libros, un neceser repleto de productos de baño- «allí, olvídate de esos lujos», me había advertido Alfonso- y el géaba, del que no me separé en ningún momento.

La primera impresión que recibí cuando llegué a Banyo fue de total desolación. Lo que se suponía iba a ser el nuevo hospital, era un destartalado edificio que había servido como barracón de un destacamento militar. Me encontraba en una de las zonas más castigadas por el hambre y la guerra. La población había sido azotada, además, con todo tipo de enfermedades: tuberculosis, malaria, cólera, sarampión... una situación favorecida por unas condiciones de salubridad que no podían ser peores y que me obligaron a organizar, con carácter prioritario, la construcción de letrinas, duchas y fosas sépticas. Conté para ello con la ayuda de un reducido grupo de colaboradores: Tultsi, Ekowa y Ñandé, tres nativos de inestimable ayuda, y Celia, una misionera seglar que dominaba varios dialectos y nos servía de intérprete. Lo peor vino después: en el momento en que nos disponíamos a poner en marcha el programa de ARV, una epidemia de meningitis se declaró en la región. En pocos días, la epidemia alcanzó el umbral de emergencia, asolando a la población infantil.

Puestos en contacto con los hospitales de Uagadugu y Douala, conseguimos que el suministro de fármacos y material sanitario discurriera con celeridad. El hecho de encontrarnos en el denominado «cinturón de la meningitis» (territorio que comprendía regiones de Burkina-Faso, Ghana, Níger, Nigeria y Camerún) nos sirvió de ayuda, al contar con el apoyo logístico de asentamientos que ya habían pasado por situaciones similares. No obstante, fueron jornadas agotadoras, trabajando contra reloj, sin apenas dormir, luchando con cien mil contratiempos, que se multiplicaban día a día y hacían más dificultosa nuestra labor. Pero al final conseguimos controlar la epidemia antes de lo previsto.

Aquella experiencia me dejó profundamente abatido. Hasta entonces, había convivido con la muerte, íntima y cotidiana, sintiéndola como un componente más de mi trabajo; había visto su cara sádica y despiadada, ensañándose en el cuerpo de jóvenes infectados por el SIDA, testigos de su propia destrucción: jóvenes que veían truncados para siempre. Ahora puedo afirmar con rotundidad que no hay imagen más cruel e inhumana que presenciar la agonía de un niño sin poder hacer nada por remediarlo.

Tan pronto como vimos controlada la situación, comenzamos el tratamiento de ARV, con un grupo de veinte pacientes. Fue entonces cuando decidí que era el momento de entregar el géaba a su destinataria. Consulté los mapas y Ngala -localidad de origen de la mujer fallecida en el accidente- se encontraba apenas a cien kilómetros de Banyo. Una distancia que, en aquel territorio, podía considerarse difícil de cubrir sin percances, dado lo accidentado de la región, pero el vehículo se portó bien.

Nada más llegar a Ngala se percibía un olor fétido que invadía el ambiente. Un olor que ya me era familiar. Miré a mi alrededor. Entre un grupo de rudimentarias chozas de adobe pude distinguir una edificación algo más sólida. Se trataba de una escuela-hospital, regentada por una comunidad de religiosas españolas, cuya responsable era sor María, una mujer de gran temple y con una vida enteramente dedicada a aquel país, como más tarde tuvo ocasión de saber.

—Mire- se sinceró sor María después de que le informara del motivo de mi visita-, no quiero que piense que dudo de lo que me acaba de contar, pero su historia me parece inverosímil. Venir hasta aquí... la verdad, no termino de comprender...

—Si usted hubiera leído el mensaje que transmitía la mirada de aquella mujer, entonces entendería mi empeño en cumplir lo que ella me pidió en su agonía: que entregara este colgante a su hija.

—Atane Kawoa partió de la aldea cuando su marido murió de SIDA- me informó sor María-. Dejó a la niña a nuestro cuidado. Se llama Nayina y acaba de cumplir seis años.

Mientras la religiosa fue en busca de la niña, tuve ocasión de echar un vistazo a las dependencias de la escuela, que hacía también las veces de hospital. Estaba claro que aquella comunidad de religiosas contaba con menos recursos que no-

sotros en Banyo, pero me llamó la atención la perfecta organización y reparto de tareas que regía entre sus componentes. Sor María regresó acompañada de la niña.

—Esta es Nayina. Saluda al señor- le dijo en francés. La niña me obsequió con una graciosa reverencia. En ese momento saqué el géaba con intención de entregárselo.

—No, déjeme a mí- me pidió sor María. Lo cogió, dio media vuelta y se dirigió a la niña con estas palabras: nabuuà maà. Luego se lo colocó en el cuello y le acarició el cabello.

—Nabuuà maà- exclamó la niña, sin poder evitar que dos lagrimones rodaran por sus mejillas. Después abrió el saquito, colocó los huesecillos sobre la palma de su mano y los contempló con atención.

—Le he dicho a la niña que su madre está en el cielo: «nabuuà maà»- se adelantó sor María a mi pregunta-. Pese a lo que supone de pérdida de un ser querido, para el pueblo obonya estas palabras son un signo de esperanza.

A partir de aquel día busqué cualquier ocasión para acercarme a Ngala. Nayina fue poco a poco encariñándose conmigo. Y yo, que desde el primer momento había sentido algo especial por aquella criatura, me vi desempolvando mi ya olvidado francés, al tiempo que ella empezaba a chapurrear el castellano con una asombrosa facilidad.

Siempre recordaré mi estancia en Camerún como la época más feliz de mi vida. Cuando regresé a España me decidí por la pediatría. No me fue difícil elegir: el mundo de la infancia había dejado una honda huella en mí. Pero me faltaba algo; algo que había irrumpido en mi vida de aquella manera tan inesperada...

Con ayuda de la organización realicé los trámites. Nunca me hubiera imaginado que la decisión de adoptar un niño fuera tan complicada de llevar a cabo. Todo eran instancias, requisitos, certificados, formularios... pero al final lo conseguí.

Nayina lleva ya un año conmigo. El comienzo fue muy duro, en especial para ella, que tuvo que adaptarse a un mundo totalmente desconocido. Y para mí, que me vi obligado a dar un cambio brusco a mis esquemas de vida y a renunciar a esa independencia por la que siempre había luchado.

Hace unos días pensé en la conveniencia de que Nayina cambiara de aires y decidí ir a pasar un fin de semana al Pirineo. Una densa niebla cubría el paisaje cuando descendíamos al puerto de Azpiroz. Ella iba adormilada en el asiento trasero. En un momento, empecé a notarla inquieta, se incorporó, miró a través del cristal y exclamó: «¡Nabuuà maà, nabuuà maà!». Enseguida recordé aquella expresión. Intenté que se recostara de nuevo pero fue imposible convencerla. Cada vez se mostraba más agitada y nerviosa, por lo que al final me vi obligado a parar. De pronto, caí en la cuenta: nos encontrábamos justo en el lugar donde su madre había fallecido en el accidente. No pude evitar un escalofrío. La niña salió del vehículo y alzó la vista al cielo. Luego permaneció un instante en silencio, hasta que levantó la mano y señaló hacia el horizonte: «¡Nabuuà maà, nabuuà maà!», volvió a exclamar

con voz entrecortada. Me acerqué a ella y la cogí de la mano. Nayina se abrazó a mí y rompió a llorar.

Miré al frente intentando reprimir el llanto. La niebla comenzaba a levantar y podía verse a lo lejos emerger, entre las sombras, la escarpada silueta de la sierra de Aralar.

Ignacio Villagrán Teresa (País Vasco, España)

Y de pronto el silencio

Acababa de hablar por teléfono y podía reproducir, palabra por palabra, la larga conversación plagada de paréntesis. Pero no quiso. Se sentía inquieto y un poco abandonado. Era inútil, de momento, intentar concentrarse en el trabajo, revisar las vacunas, ordenar la alacena, repasar los diagnósticos y las recetas. Paseó su mirada por la habitación oscura como un mono en su jaula, extrañado. La luz del trópico se colaba por las rendijas de la persiana y refulgía de un modo misterioso sobre el instrumental recién desinfectado. Al fondo, los escasos libros de ciencia quedaban casi en penumbra, con sus lomos desvencijados pidiendo a gritos lectura o clemencia.

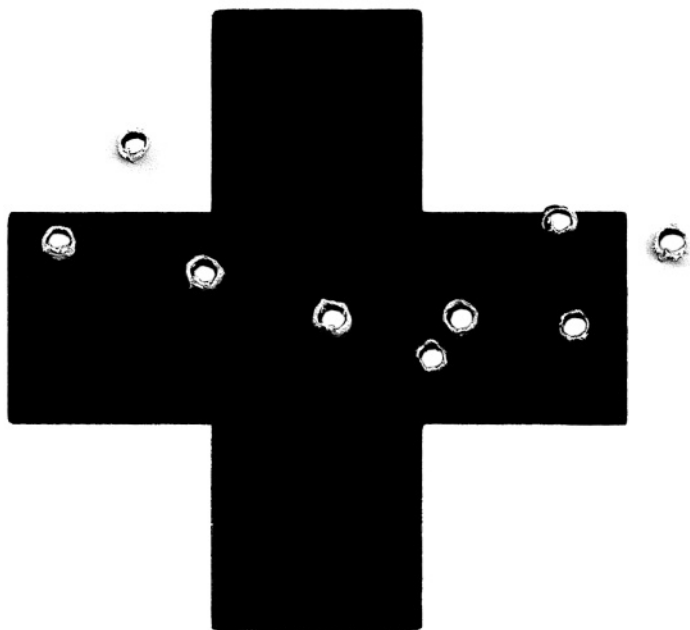
Tenía calor, quizá fiebre, pero prefirió quedarse en la estancia, allí donde creía firmemente que comenzaba su independencia, su divinidad, y por qué no, su tristeza. A pesar de la temperatura se cubrió el cuerpo con su bata deshilachada, convencido de la necesidad de seguir siendo.

Hasta hace unos días había albergado aún un puñado de alegría, de esperanza, de firmeza, mas ahora le abrazaba el temor nacido de la incomprensión y la miseria.

Por un instante quiso olvidarse de aquello, ocuparse en tareas más o menos útiles, colocando, moviendo, repasando informes que nunca llegarían, hasta el hastío de un orden absurdo en el corazón de África, pero pronto se dejó vencer, convencer como quien descubre al amante o al marido-, derrumbado sobre el camastro, torpe y sin sentido.

Luego cerró los ojos; entre la rabia y el miedo pensó su estrategia y decidió quedarse. En primer lugar seguiría con la rutina de siempre: los mismos paseos, las mismas consultas, las operaciones programadas, todo lo que hacía de aquel lugar lo que en el fondo era o representaba. Decidió que aquella sería su primera victoria. Bien, y cuando ellos llegasen ¿qué haría? ¿Cómo se comportaría? Y, sobre todo ¿cuál era el precio que estaba dispuesto a pagar?

No lo sabía. Hablaría de cualquier cosa, intentaría convencerles de la necesidad, de la inutilidad, con palabras, con gestos, tropezando con las sílabas y alargando las manos si hiciera falta, hasta adormecerles. De cualquier cosa, pero con el miedo royéndole los huesos, toda su apariencia de hombre científico socavada por el brillo sucio de un machete, los ojos caídos y en estado de hipnosis. Así fueron muchas de sus conversaciones. Y de pronto el silencio. Y las voces. En los silencios él se debilitaba porque no acertaba con la sutura, o con la quinina, o con el vendaje de Robert Jones. En las voces reconocía el odio que trepaba por los hombres como un reptil taimado y peligroso. ¿Cuáles serían sus planes?



Habían llegado hacía dos noches, con sus Jeeps desvencijados y sus fusiles al hombro; era evidente que lo mismo daba un hospital que la terraza de un hotel o un restaurante. De todas formas, él encubriría su táctica de tal manera que el juego habría de hacerse complicado. Probablemente no fueran más que trucos dialécticos, más trucos de gran mago, de prestidigitador de lujo dentro de su cráneo.

A las siete de la tarde terminó de pasar consulta y los casos más desesperados (paludismo, diarreas), tomó una ligera ducha y procedió a esterilizar el material quirúrgico en agua hirviendo. A las siete y quince entró en su cuarto el comandante de las milicias, con la camisa caqui desabrochada y oliendo a cerveza y a madera. La conversación fue breve, únicamente para señalar en mal francés que estaba detenido. Más aún.

Cuando el médico salió al patio caía el sol en los tejados de paja que cobijaban a los enfermos. Contempló por un momento el fulgor de los rayos sobre las paredes y luego sobre los rostros que se asomaban a través de las ventanas, rígidos- como los santos en los atrios de las catedrales-, y en todos había una expresión paralizada y el halo de que cada uno de ellos era extrañamente distinto ante la muerte. Era, pues, la hora perezosa y mística en la que los juegos de los niños pasan a ser crueles, en que los soldados borrachos toman las antorchas y queman y en la que las conversaciones se tornan inútiles y desaparecen.

«Arrodíllate», dijo el hombre de las gafas de sol. Obedeció. Sentía el brazo izquierdo paralizado por la presión de la mano de él. Antes sus ojos el crepitar funesto de las llamas fosforescía y el sonido de los gritos aumentaba, haciéndose denso como una gran pasta fría de sémola. El hospital, su hospital, ardía. Casi no sintió el disparo. Sus últimos pacientes tampoco. No había pájaros en la tarde y los pocos perros que aullaron lo hicieron lentamente, como extasiados.

Javier Tuero Rodríguez (Asturias, España)

Esperanza

Acércate Esperanza. Siéntate aquí, sobre mis rodillas, para que pueda sentir más cerca tu piel, que tiene ese tacto apasionante que siempre despierta en mí un cálido frío que hace latir mi corazón más deprisa. Sé que tienes hambre, pero sobre eso, ahora, no puedo hacer nada salvo dejar que alguna lágrima escape de mis ojos... pero no quiero que eso ocurra porque te darías cuenta de que sufro y eso rompería la poca alegría que todavía queda en tus ojos cuando tienes ánimo para jugar con otros niños. Y esos son los mejores momentos del día, cuando corres alocada jugando con los demás pequeños porque olvidas las penas, la sed, el cansancio, que tienes hambre y no podemos hacer nada más que esperar. Esperar a que llegue un camión de un lugar lejano, que alivie un poco nuestra pena.

Me gusta mirarte cuando eres feliz. Estás alegre y ríes, y eso se te nota en la mirada. A ti te brilla la risa en tus ojos grandes y negros. Tienes en la mirada el mismo brillo de las gotas de lluvia cuando se deslizan curiosas y sin preocupaciones por las hojas de los árboles.

Fíjate en estos rayos de sol que tocan, juguetones, nuestros pies. Dice una historia que me contaba mi madre que en ellos viven las hadas y que son diminutas como los granos de polvo y que si consigues ver a una de ellas puedes pedir un deseo y con seguridad se cumplirá. Hubo un tiempo en que yo creí en esas hadas chiquitas que jugaban entre los rayos de sol, pero debí equivocarme porque no se hizo realidad mi deseo. Pero tú no te preocupes por eso, quizá no lo hice bien o, simplemente, me equivoqué pidiendo un imposible. Mira los rayos de luz fijamente e intenta encontrar una de esas hadas de colores que harán realidad tus ilusiones o, cuando menos, siempre dejarán en tu pensamiento un poquito de ilusión.

Hoy hará calor. Se situará el sol en lo alto y volverá a hacerse dueño de esta tierra calcinada que implora un poco de agua para calmar su terrible sed porque las nubes son esquivas y solamente en alguna ocasión dejan caer un poco de ese líquido maravilloso que siempre es una bendición del cielo y entonces se ve a los niños jugando en los charcos, como hacía yo cuando era niña. Me encantaba jugar con la lluvia. Era como si pudiera traspasarme y hacerme cosquillas en mi interior, pero hace tiempo que apenas llueve.

Mi madre me contaba que hace muchos años el río, que ahora está seco, era una corriente fuerte que daba agua para todos y que en una ocasión llovió tanto que por cualquier sitio parecía que el mar había invadido la tierra. Entonces no había que ir tan lejos cada día a coger agua del viejo caño que siempre amenaza con secarse. Pero hoy no creo que llueva y también es mejor que no ocurra porque esperamos



ese camión que viene de lejos con el alimento. Pronto me tendré que marchar para hacer una larga cola para conseguir el grano y te haré una gran torta para que comas hasta hartarte y rías con ganas y fuerza, y podamos pensar en caminar lejos de este lugar, aunque sea nuestra tierra y a la vez no sea de nadie y encontremos ese lugar lejano del que hemos oído hablar a tanta gente donde llueve la mitad del día y durante la otra mitad sale el sol, donde las piedras están hechas de grano, donde siempre existe una temperatura para no tener frío ni calor, donde las enfermedades se curan con una bebida dulce, donde puedas ser feliz. Y si tú lo eres, lo seré yo. Déjame tu manecita, Esperanza. Déjame que acaricie esa piel suave que tienes, es igual que la de mi madre. Solamente con cerrar los ojos puedo recordarla acariciando mi pelo mientras ella creía que yo estaba dormida y la escuchaba cantando muy bajito una nana, que ya apenas recuerdo, para acunar mi sueño.

Me gustaría estar así para siempre contigo, que no crecieras y que fueses siempre mi niña y apretarte muy, muy fuerte para sentirte, si es posible, más próxima a mí. Mucho más en mi interior, pero ahora me tengo que marchar. Hoy viene el camión y habrá una cola muy larga esperando.

Dame un beso. Volveré pronto y lo pasaremos bien preparando la comida. Y esta noche, muy juntitas, nos tumbaremos sobre esta tierra quemada por la vida y dejaremos que la luna nos mire con sus ojos grandes y nos alcance el brillo de las estrellas.

Juan Lorenzo Collado Gómez (Albacete, España)

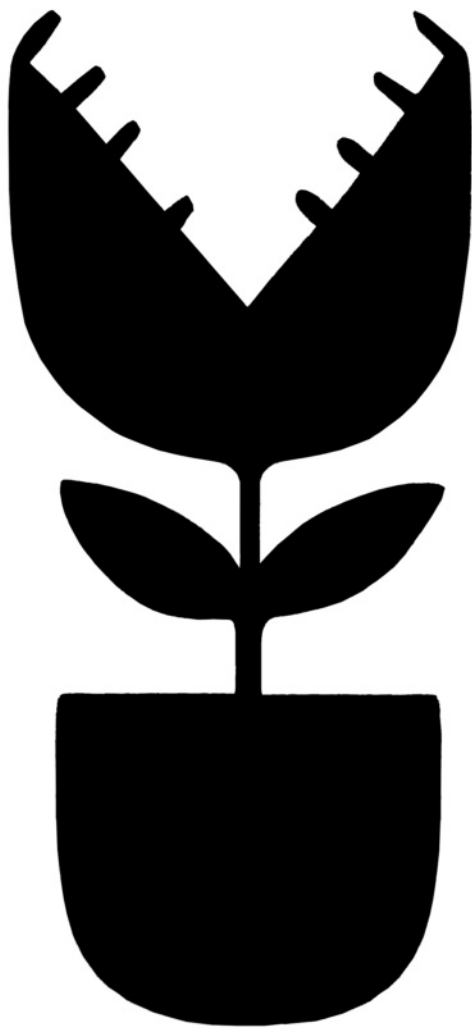
El otro lado de las cosas

Hace poco descubrí el otro lado de las cosas. Era noche cerrada, estaba acostado en mi catre, sudando, encerrado en la mosquitera, cuando de repente, al ir a encender la lámpara de keroseno, al sacar el brazo por debajo de la red antimosquitos, a oscuras, palpando los objetos de la silla donde dejaba la lámpara, toqué algo viscoso y áspero a la vez, algo inesperado y vivo, que palpitó entre mis dedos antes de soltarlo con asco y aprensión, dejándome sobresaltado y completamente desvelado para el resto de la noche. En ese instante, erróneamente pensé que se trataba de alguno de los animales que se colaban constantemente en mi habitación de aquella cabaña africana (un gueco, un sapo, un lagarto tal vez). Pero a los pocos días, otra vez en mi habitáculo, mis ojos se detuvieron en una pequeña marca de la caja que me servía de armario, una rendija estrecha y oscura, un pliegue completamente nuevo por el que introduje los dedos y volví a palpar aquello viscoso y latente, aquella materia gelatinosa y fría y terrible.

Horrorizado, pronto me di cuenta de que todos los objetos que me rodeaban poseían un punto, una mancha, una irregularidad en la que no me había fijado antes, por la que podía meter la mano y darles la vuelta, dejando al descubierto una dolorosa textura, una cruel realidad, un inquietante punto de vista desconocido hasta entonces. Sobreponiéndome al terror, percibí que la puerta de mi habitación también poseía esa cualidad, y que al otro lado de la puerta había otra puerta desconocida, una puerta nueva, y que volteándola del revés, abriéndola de aquella manera imposible hasta ese día, podía salir a otra realidad, a otro mundo, al universo del otro lado de las cosas. Hay otros mundos, pero están en éste, recordé.

Y en esa realidad al otro lado de la realidad, en ese cruel inframundo al que accedí aquel día desde aquella choza de África donde trabajé como voluntario durante seis meses, pude percibir en toda su crudeza el mundo tal como lo perciben los desheredados de la tierra, la fría injusticia, el áspero dolor de los campos de refugiados, el miedo viscoso, el hambre y la muerte inesperada, las enfermedades gelatinosas, la cruel ignorancia y los prejuicios que los provocan, y los poderosos intereses que mantienen las dolorosas diferencias entre el Norte y el Sur.

Luis Elizondo Lopetegi (País Vasco, España)



Planes de viaje

Lo primero que hace tras el reconocimiento médico, es pedir a su representante que lo lleve a visitar el vestuario. Tiene que esperar todavía casi una hora en el hall de la clínica, mientras el vicepresidente del club habla con los médicos. Los periodistas y los cámaras de televisión ya se han ido y a Julio se le antoja de pronto demasiado vacía esa estancia; tanto que tiene que salir al jardín para sentirse mejor. Cuando su representante lo toma del brazo empujándolo hacia el coche, se disipa su inquietud y de nuevo vuelve a sentir la misma sensación agradable y de triunfo que ha experimentado por primera vez en el avión en que ha viajado a España. Es una sensación de tranquilidad y de bienestar que no había sentido ni siquiera cuando le telefonearon dándole la noticia del interés del Barcelona por ficharlo. Recorren en el automóvil las calles, y la ciudad empieza a parecerle hermosa y acogedora. Cuando llegan al estadio, más periodistas y cámaras le esperan en la puerta. Se detiene frente a ellos y les habla de su alegría por estar en Barcelona y por poder jugar con el mejor equipo del mundo, que, dice, ha admirado desde siempre. Lo conducen al vestuario vacío y puede percibir el olor a linimento y se sorprende al ver que una de las taquillas, de tamaño mucho mayor que la que usó en su antiguo equipo, tiene ya colocado un rótulo con su apellido: Sarón. Enseguida siente los flashes de los fotógrafos a su espalda y se vuelve con amabilidad para posar junto a la taquilla. Esperan en la cafetería a que llegue la una, hora prevista para la presentación pública. Habla de nuevo con Javier del porcentaje y de algunas particularidades del contrato. En realidad, es su gran oportunidad, no sólo porque le soluciona definitivamente la vida con esas cantidades que hace apenas un mes le hubieran parecido inalcanzables, sino porque percibe en el trato de la prensa y de los empleados del club una amabilidad que le hace sentirse protegido como nunca antes. Ya sabe que será el único negro en el equipo, y la sensación de triunfo por esa circunstancia la valora casi tanto como el mismo contrato, sobre todo porque en Europa no es común el fichaje de futbolistas negros y menos colombianos. Ya en el mismo aeropuerto ha percibido un trato especial, cercado de periodistas, cuando ha pasado el control policial casi sin demora, pues hasta los policías de inmigración le han estrechado la mano con la misma efusividad que al vicepresidente del club. No ha tenido siquiera que molestarse en retirar su maleta de la cinta, porque alguien, amablemente, se la ha recogido.

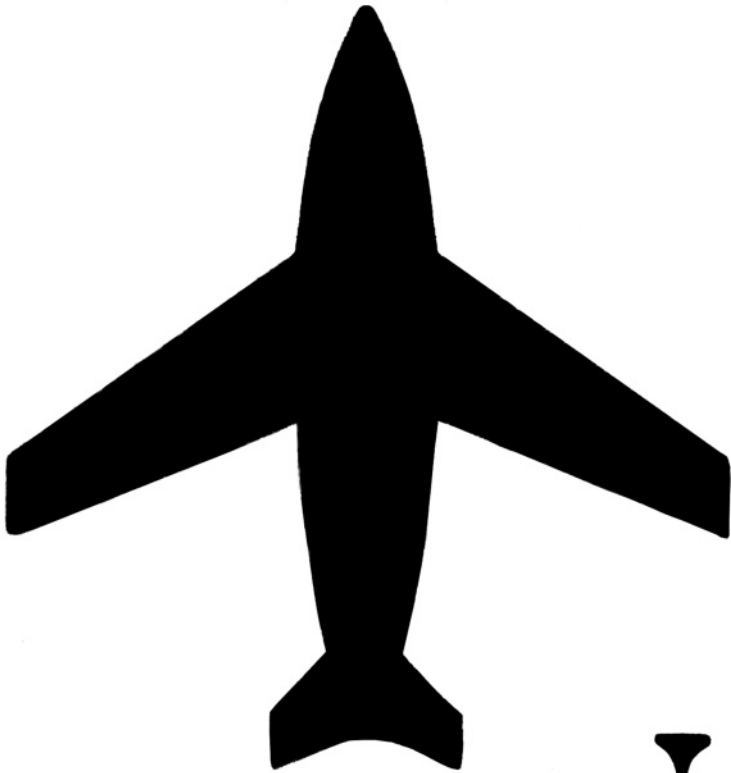
Sentado en la sala de tránsitos del aeropuerto de San Juan de Puerto Rico, Emir Quesada observa cómo los viajeros forman una larga cola ante la puerta de embarque número seis. A él le falta media hora para volver a subir al avión que le

ha traído de Bogotá y le conducirá a Barcelona. Esa única escala le ha permitido tranquilizarse. Sabe que su viaje es peligroso, aunque ignora qué cantidad transporta esta vez, pero imagina que ha de ser mucho más que las dos últimas, y únicas, que ha realizado este trayecto, porque, aunque la maleta que ha facturado es de un tamaño similar a las otras, pesa más y es mucho más compacta y dura. El plan, sin embargo, es el mismo: alegar una visita familiar en los controles de pasaportes, escribir en el formulario de residencia la dirección de su cuñado en Barcelona, presentar los cheques de viaje y, si todo transcurre con normalidad, pasar. Se dirige al bar y pide una botella de agua; le apetece cerveza, pero quiere tener la cabeza despejada. En realidad, no viaja mucho. Sólo ha volado dos veces antes a Barcelona. Y las tres para transportar trocón, pasta de coca deshidratada. Cree que siempre la ha transportado incrustada en la maleta, o que la misma maleta está hecha de trocón. No sabe aún qué tratamiento le dan en Bogotá para que supere la inspección de los controles y, sobre todo, de los perros. Pero ha pasado sin ningún problema en las dos ocasiones anteriores y por eso no está excesivamente inquieto en esta. Luego todo será más sencillo. Tomar la habitación en la pensión cuyo nombre figura en la fotografía que le han entregado de su supuesta esposa colombiana. Es un curioso procedimiento que, en la primera ocasión juzgó estúpido, pero que enseguida se le reveló como perfecto. Una fotografía que él ha de incluir en el portafotos de su billetera, firmada «con amor»; una foto familiar, de aficionado, en la que una hermosa mujer blanca saluda a la cámara y, al fondo, casi desenfocado, aparece un cartel que pertenece supuestamente al rótulo de un bar, que indica el nombre exacto de la pensión de Barcelona en la que tiene habitación reservada, con la dirección rotulada debajo, aunque las sílabas están escritas de atrás hacia delante. La primera vez, cuando le pareció pueril el procedimiento de la foto, pensando que hubiera sido más fácil memorizar el nombre y la dirección de la pensión, no sabía aún que esa misma fotografía le serviría de identificación personal cuando el contacto en Barcelona se la pidiera. La segunda vez, un año y seis días después de la vuelta, lo recuerda perfectamente, utilizaron la misma táctica, con fotografía diferente pero idéntica utilidad. Ahora la fotografía es de su supuesto hermano, pero la indicación está realizada con el mismo criterio. Han pasado catorce meses desde su último viaje. Imagina que esos períodos de tiempo están calculados para evitar ciertos controles o coincidencias de personal en los aeropuertos. En realidad él no conoce a quienes elaboran esos planes que adivina complejos y parte de una extensa red de viajeros que, como él, transportan el trocón a Europa. Y le alegra no conocer el nombre de nadie en Bogotá, eso le hace sentirse más seguro. El primer contacto fue por medio de su hermana Clarisa, cuyo marido vive en Barcelona, y ahora sabe con qué intención, que días antes de su primer viaje le había hablado de la posibilidad de realizar este trabajo. Demasiado tiempo ocioso, más asqueado que harto de seguir trabajando esporádicamente como guardia de seguridad en fiestas nocturnas, intuyó que aquello podía ser una salida. Sabía que no debía preguntar,

y no preguntó, del mismo modo que no lo había hecho durante los cuatro años que su hermana llevaba separada casi permanentemente de su marido, cuando veía que a ella y a sus dos hijos no sólo nada les faltaba sino que disponían de sobrados recursos económicos que en muchas ocasiones le habían ayudado a él mismo. Solamente aceptó; y lo hubiera hecho aunque no le hubieran hablado de dinero. Sabía que el único mérito que aportaba para que lo hubiesen elegido era el ser blanco y familiar de Ángel González, su cuñado. Luego todo fue más sencillo de lo que esperaba. Un mensajero le entregaba un sobre con una nota en la que se le citaba en algún lugar público (la primera ocasión, en la Estación General de Transportes, igual que esta última, y la segunda en el hall del Hotel Regency). Alguien, siempre distinta persona, y siempre más de una hora después de la indicada en la nota, lo abordaba saludándolo efusivamente y él debía corresponder del mismo modo. Esa persona llevaba siempre una maleta de tamaño grande. Se acercaban a una mesa de la cafetería, el contacto dejaba en el suelo la maleta e iba a la barra a pedir la consumición, mientras él debía sentarse en una silla. Después de depositar sobre la mesa dos botellas de agua, su contacto se sentaba frente a él y le dirigía unas palabras, siempre referidas al clima; enseguida, fingía sorprenderse por el sonido de su teléfono celular, que no sonaba, parecía hablar por el aparato unos segundos y, levantándose, se despedía con unas palabras de disculpa, dejando allí la maleta. Emir debía tomarla después de unos minutos y, sin prisa, salir de allí e irse a casa. Dentro de la maleta estaban las llaves, la fotografía, el billete de ida a Madrid, para la semana siguiente, y el de vuelta confirmado para diez días después (ocho en la segunda ocasión), además de cheques de viaje. Así de sencillo. Debía meter en la maleta su propio equipaje y comportarse como cualquier turista. Todos los detalles de lo que debía hacer tanto en Bogotá como en Barcelona los había recibido en una sola ocasión, la primera, cuando su hermana, una vez que él le confirmó su interés por el trabajo, le había comunicado una cita en el Auditorio del Parque Nacional. Allí se le acercó un hombre que, después de advertirle que memorizara cuanto iba a decirle, le comunicó todas las instrucciones. A su vuelta a Bogotá, siete días después en la primera ocasión y cuatro en la segunda, había recibido por correo el envío de un sobre con membrete de una editorial nacional que contenía quince mil dólares en billetes usados de varios valores.

Casi a la una, un empleado avisa a Julio y a su representante de que en la puerta de atrás alguien quiere verlos. Les espera un representante del equipo que, después de un caluroso apretón de manos, le hace entrega de las llaves del coche que luce aparcado un poco más arriba: un Porsche color champán metalizado que es un sueño, del exacto color que ha pedido y mucho más bonito de lo que pensó. Javier se queda en la puerta mientras él sube al coche y siente su olor inconfundible de nuevo, sentado en un confortabilísimo asiento, mientras va descubriendo la gran cantidad de elementos automáticos de que el vehículo dispone. Javier se acerca señalando el reloj con gesto de urgencia. Entran de nuevo en el estadio, pero esta

vez se dirigen a la sala de prensa, donde ya espera gran cantidad de periodistas y el vicepresidente del club. Éste vuelve a saludarle efusivamente pidiéndole disculpas por el retraso del presidente que, asegura, será corto. En efecto, el presidente del club, acompañado de otras tres personas, entra pocos minutos después en la sala de prensa bajo los flashes de los fotógrafos y un murmullo general. En cuanto ve a Julio, se dirige a él con una amplia sonrisa y le estrecha la mano, abarcando con la otra el apretón. Se sitúan tras la mesa, junto con otros miembros de la junta directiva. Después de unas palabras de presentación del presidente, le llega el momento de hablar. Procura ser breve y lo es, repitiendo en parte lo que ya ha declarado en el centro sanitario y en la puerta de los vestuarios, agradeciendo al club y a la ciudad su confianza y asegurando estar dispuesto a contribuir para conseguir más triunfos para el equipo. Entonces llega el momento con el que ha soñado desde que le dieron la noticia de su fichaje, el momento que le ha quitado el sueño y que ha imaginado en todos sus detalles: se pone en pié y uno de los miembros de la directiva le entrega la camiseta de futbolista. La mira arrobado, leyendo con delectación su nombre impreso en la espalda, sobre el número 16, el mismo que ha llevado en el club de su país y que han respetado sin discusión: SARÓN, 16, con el acento, cuestión que también ha imaginado, previendo qué hubiera podido hacer si el nombre hubiese sido impreso sin acento. Pero no. Todo está en orden, todo en su lugar. Los flashes se multiplican cuando muestra el dorsal de la camiseta a los periodistas con su mejor sonrisa. Le piden que repitiera el gesto en otras dos ocasiones y lo hace con gusto. Al devolver la camiseta a quien se le ha entregado, éste le indica que puede quedársela y eso lo alegra. Ya no se celebra aquel acto antiguo de vestirse de futbolista y jugar con el balón en el campo de juego, así que, después de las despedidas de algunos directivos y periodistas, Javier lo lleva al hotel quedando citado con él a las tres en un restaurante de la misma calle, donde almorzarán con el presidente. Esa hora escasa que pasa solo en la lujosa habitación del Tryp, va descubriéndole rápidamente el tipo de vida a que va a enfrentarse. No lleva cinco minutos en la habitación cuando un camarero le trae un pequeño carrito con fruta fresca y bebidas. Cuando se va, Julio observa que en la bandeja hay un sobre con membrete del club de fútbol y su nombre escrito a máquina. Lo abre y de su interior extrae una tarjeta American Express a su nombre, cogida con un clip a un extracto de la cuenta correspondiente en la que lee un saldo inicial de un millón de dólares. También hay otro pequeño sobre que contiene quinientas mil pesetas en billetes nuevos de cinco y diez mil y un vale de la tienda Hermés de ropa y complementos, situada en la planta baja del mismo edificio, por valor de un millón de pesetas. Intenta abrir su maleta pero no puede. Algo sucede con la llave. Enseguida se da cuenta de que han confundido su equipaje pues, aunque la maleta es idéntica a la suya, es más nueva. Avisa a la recepción y le dicen que se ocuparán. No le importa demasiado porque únicamente llevaba ropa y útiles de aseo. Al día siguiente, un empleado del hotel le sube su verdadero equipaje, llevándose la otra maleta.



El altavoz del aeropuerto previene del embarque de su vuelo y avisa de la puerta para los pasajeros en tránsito. Emir toma su bolso de mano y se dirige a la puerta de embarque. Sigue tranquilo mientras la maleta esté en el avión, y eso le hace apreciar a este aeropuerto de tránsito como menos amenazante, ya que no ha de pasar control alguno. Le quedan nueve horas de vuelo.

En la terminal del Prat, siente de nuevo la íntima desazón del miedo, que le hace sudar. Sabe que ha de calmarse y, en el lavabo de la sala de recepción de equipajes, se seca el sudor. Dispone de tiempo porque las maletas tardarán en salir. Seguramente en ese mismo momento están siendo examinadas por los policías y olfateadas por los perros. Cuando sale del lavabo, las maletas están girando ya en la cinta transportadora. Le parece que la suya se acerca, pero antes de que llegue a su altura, alguien la toma. Antes de alarmarse, ve otra maleta exactamente igual, que supone la suya. La toma y se dirige al control de policía, con el pulso acelerado y su ya familiar sequedad en la garganta. Deposita la maleta en la cinta de scanner mientras entrega su pasaporte al policía. Lo conducen a una sala llena de asientos donde le hacen abrir el equipaje. Lo registran concienzudamente y no encuentran nada que les haga retenerlo. Pasa el control sin problemas y con la maleta en la mano, se dirige a la parada de taxis.

Pasada la primera semana de entrenamientos ya conoce a todos sus compañeros y ha establecido una relación más amistosa con el utillero del equipo, de su misma nacionalidad, con el que mantiene largas conversaciones sobre Medellín, sobre la comida de su país y lo que extraña la de éste. Él le indica los lugares donde puede sentirse más acompañado por colombianos y donde puede oír la música que le gusta. No tiene tiempo de visitarlos hasta que han pasado casi dos semanas de su estancia en Barcelona, y queda sólo otra para comenzar la competición, en la que espera debutar en el primer partido, según las indicaciones que le ha dado el entrenador.

La noche que decide visitar uno de los locales que el utillero le ha indicado, comienza extraviándose al querer desplazarse en el metro. Opta al fin por salir a la calle y tomar un taxi. El local está en una de las calles perpendiculares a la Rambla de Cataluña, mal iluminada y estrecha, pero donde luce un brillante luminoso verde: «Cali, bar». El establecimiento está también poco iluminado pero lleno de gente, y la música colombiana tiene un alto volumen. Se acerca a la barra y pide una cerveza, alegrándose de que, sin preguntarle, le sirvan «Marina», la cerveza más conocida en Colombia. Mira de reojo a los colombianos que se apoyan en la barra y se siente privilegiado frente a ellos que, seguramente, tendrán empleos precarios o, peor, serán ganchos de narcotraficantes. Él, piensa, al menos no ha tenido que jugarse su futuro transportando trocón. La bebe casi de un trago y pide otra. El camarero se la sirve y, después de atender a otros clientes, vuelve al extremo de la barra donde Julio se encuentra: «¿Eres colombiano?»; «Sí, de Medellín»; «¿Qué te trae por acá?

Nunca te vi antes». «Fiché por el Barcelona»; «¿De fútbol?; ¡Carajo, pero si eres Sarón! ¡Compañero, camarada! ¡Venga esa mano!». Le estrecha la mano entusiasmado y Julio percibió un calor más cercano. «¿Puedo decirlo por aquí?»; «No, déjalo, ahora no; sólo quiero tomarme una cerveza. Tengo que irme, mañana entreno a primera hora y no puedo quedarme»; «Sólo a estos compañeros, amigos, que hay aquí; será un momentito, ¿eh?»; «De acuerdo, pero me voy rapidito». El camarero se va a la otra esquina de la barra y le indica a un grupo que allí está Sarón. Lo miran incrédulos y enseguida se le acercan y lo saludan con entusiasmo, abrazándolo y mirándole con incredulidad. «¡Sarón en persona! ¡Lo sabíamos por la prensa, pero acá mismito, Sarón, genio, ¿cómo le va todo? ¿Qué necesita, mi hermano?». Julio corresponde como puede a la efusividad de sus compatriotas sintiéndose bien al escuchar su acento y verlos moverse de aquel modo que sólo veía en Colombia. Agradece sus saludos, tomó aún otra cerveza que como ninguna de las otras le dejan pagar, y tiene que ser firme en su decisión de irse para que lo dejen abandonar el local. Se empeñaron en acompañarle hasta la Rambla para que tomase un taxi. Mientras salen del local, un colombiano blanco que ha visto sentado en una mesa, se acerca a saludarle. Le estrecha la mano cortés y sube al taxi.

Después de hacer la entrega de la maleta al hombre que le esperaba en la pensión, se ajusta al plan y va a visitar a su cuñado a la calle Colinas. Como siempre, el recibimiento es frío. No le importa porque sabe que en este negocio la gente no está para efusividades. Le entrega las copias de los pasajes de vuelo y la tarjeta de embarque y, después de pasar una hora allí, toma el metro y se dirige al «Cali» un bar en la Rambla que le indicaron en su último viaje. Saluda al camarero y se sienta junto a una mesa a tomar cerveza. Pocos minutos después, percibe un movimiento de los clientes que se acercan a un negro en el otro lado de la barra. Intenta poner atención y ve que están saludando a Julio Sarón, el famoso futbolista colombiano. Espera a que el grupo se aclare y, cuando Sarón está saliendo acompañado de otras dos personas, lo llama para darle la mano. Cuando salen, él vuelve a la mesa, pensando que ese sí que tiene ya la vida resuelta sin riesgo. Sólo le queda esperar nueve días y volver a Bogotá para cobrar los quince mil dólares con que vivir otro año.

Ángel González Quesada (Salamanca, España)

Cuando brama el Visaurín

Los dos años que llevaba Amaya en Bolivia participando en el proyecto, los había vivido con especial intensidad, tanto por las duras condiciones a las que tuvo que adaptarse desde el principio, como por su implicación personal en el equipo sanitario al que fue adscrita. La organización había apostado por dar prioridad a los proyectos de cooperación en aquel país y hacía unos días acababa de dar por concluido el programa de erradicación de la enfermedad de Chagas-Mazza, en el departamento de Chuquisaca.

Amaya había tenido ocasión de estudiar el denominado mal de Chagas durante su paso por la Clínica Universitaria de Pamplona, al haber realizado un estudio entre la colonia ecuatoriana de la Ribera Navarra. Pero lo que no podía imaginar cuando se integró en el proyecto, era que la enfermedad estuviera tan presente en aquella deprimida región boliviana, con especial incidencia en la población infantil.

Desde el hospital de Tarabuco, un modesto centro sanitario de la provincia de Yamparáez, lucharon denodadamente durante este tiempo por neutralizar la epidemia. Y aunque en un primer momento las autoridades locales se encontraron desbordadas por la situación, su colaboración fue después de gran ayuda en la lucha contra la vinchuca, el insecto transmisor del tripanosoma cruzi, un diminuto parásito causante de la enfermedad.

Había finalizado su trabajo y con ello el motivo de su estancia en Bolivia. Sin embargo, cuando llegó la hora de embarcarse para España, solicitó su incorporación a otro proyecto. La organización, respondiendo a sus deseos, la integró en un nuevo programa: el proyecto de mejora de la nutrición en el Asilo de San Ramón, de La Paz.

Cuando Amaya se presentó en el asilo, desconocía que aquella residencia acogía a ancianos españoles. El objetivo del proyecto se centraba en el análisis del estado nutricional del colectivo de atendidos, dando apoyo y asesoramiento a la comunidad de religiosas que regentaba el centro.

Para Amaya resultaba paradójico que se encontrara en aquel vetusto edificio de aire colonial, colaborando en la asistencia a ancianos españoles. Fue la responsable del asilo quien la puso en antecedentes:

-No hay duda de que la población indígena está necesitada de mucha ayuda-aseguró sor Juana, superiora de la comunidad-. Y la labor que estáis desarrollando las ONGs en este país es muy valiosa. Pero durante años nos hemos olvidado de nuestros propios compatriotas.

-Nunca hubiera pensado que en Bolivia habría emigrantes españoles –exclamó Amaya.

-La emigración a este país no puede compararse, por supuesto, con la que hubo hacia Cuba, Argentina o Venezuela. Pero aquí consiguió afincarse un buen número de españoles. La mayor parte de ellos exiliados de la guerra civil, que vinieron desde México y que ahora son octogenarios.

-¿La situación de esta gente es realmente tan precaria?

-Más de lo que puedes creer. En España se tiene una idea muy equivocada de los que fueron a «hacer las Américas». Mira, yo soy de una pequeña aldea del Concejo de Llanes, en la parte más oriental de Asturias. Mi tierra ha estado siempre muy unida a la emigración hacia América. Y aún hoy subsiste entre la gente el mito del indiano: ese paisano que un buen día se decide a cruzar el charco y regresa después de haber hecho fortuna, para buscar mujer casadera o echar raíces definitivamente en su pueblo. Bueno, pues aquí han sido muy pocos los que han corrido esa suerte. La mayoría han vivido de sus trabajos o de pequeños negocios familiares que, en muchos casos, apenas les han dado para subsistir.

La conversación con sor Juana le sirvió a Amaya para tomar contacto con la realidad de la colonia española en Bolivia. Con la cruda realidad de los ancianos que residían en el asilo y la precaria situación de muchos más que esperaban en sus casas el momento de ingresar en él.

Nada más empezar, Amaya tuvo que compaginar su trabajo en el proyecto con la asistencia sanitaria a domicilio. Fue en una de esas visitas en la que conoció a Pilar.

La primera vez que entró en aquella casa, tuvo la sensación de que ya había estado antes allí. Nada más llamar a la puerta, se encontró con la mirada afable de una mujer menuda, que la recibió con una amplia sonrisa. Quizás fuera el gesto de ternura que se adivinaba en sus ojos o aquel aire de serenidad que se respiraba dentro, lo que hacía que Amaya se sintiera relajada, extrañamente relajada.

Según constaba en el escueto informe que le facilitaron en el asilo, en el domicilio vivían Pilar y Anselmo, un matrimonio mayor, sin hijos, que había emigrado a Bolivia a comienzos de los años cuarenta, procedentes de un pequeño pueblo del pirineo oscense.

Desde hacía un año, Pilar se ocupaba de los cuidados de su marido, encamado a consecuencia de un ictus, que le había causado un importante daño cerebral, sin posibilidad alguna de recuperación. Su escasa capacidad funcional hacía dificultosa su alimentación y su estado general era prácticamente vegetativo. Viéndose sola, Pilar había solicitado ayuda al asilo.

-Es una mujer muy terca –aseguró sor Juana-. Vino hace unas semanas a pedirnos ayuda. Acudí a su domicilio para hacer una valoración y al ver la situación del marido, le ofrecí la posibilidad de prestarle asistencia en su domicilio, en tanto en cuanto le conseguíamos una plaza en el asilo.

-¿Y no aceptó?

-No es eso. Lo que ocurre es que ella tiene una idea muy particular de la ayuda que necesita.

-¿Qué quiere decir? –preguntó Amaya.

-Que no te va a ser fácil realizar tu trabajo. Pilar nos pidió una asistente para que la ayudara en las tareas domésticas y así poder ocuparse ella de su marido.

-Pero en el estado de postración en que debe encontrarse ese hombre ¿necesitará cuidados especiales? Imagino que su situación será lamentable.

-No lo creas. Te vas a llevar una sorpresa –le adelantó Sor Juana.

Pilar acababa de cumplir ochenta y cinco años, lo que no la impedía moverse con una asombrosa agilidad. Sin más preámbulo, se dispuso a enseñar a Amaya la casa. La habitación de su marido la dejó para el final. «Anselmo aún duerme», le dijo. Entraron en la cocina. Ella comenzó a abrir y cerrar armarios, indicándole el lugar donde se encontraba cada cosa y la forma en que debía organizar el trabajo. Nada de ello tenía que ver con la tarea que Amaya debía desempeñar en la casa.

Cuando entraron en la habitación, Pilar subió la persiana con cuidado, se acercó a Anselmo y se dirigió a él: «¡venga, mañico, que ya es hora! El hombre se encontraba boca arriba, con lo ojos cerrados y las manos sobre el embozo. «Mira quién está aquí. Es la asistente del asilo. Ha venido para ayudarme un poco en casa», le dijo ella. Y mientras Pilar hablaba a su marido, Amaya no pudo evitar fijarse en él. Permanecía inmóvil, con la mirada perdida en un punto indeterminado del techo y sin que pudiera apreciarse el más leve gesto que alimentara la esperanza de que dentro de aquel cuerpo inerte, aún quedaba algún resquicio de vida.

Dado el carácter afable de Pilar, a Amaya no le fue difícil adaptarse a la casa. Durante los primeros días, optó por seguir sus indicaciones y ocuparse de las tareas domésticas. No era cuestión de introducir cambios bruscos y pensó que lo mejor sería convencerla, poco a poco, de que ella estaba allí para cuidar de la salud de Anselmo. De hecho, su mayor preocupación era conocer el estado en que se encontraba aquel hombre, después de llevar tanto tiempo encamado. Y así, sin que Pilar se sintiera controlada, tan pronto llegaba a la casa, Amaya se dirigía a la habitación de Anselmo, con la excusa de darle los buenos días. Y siempre que lo hacía, se encontraba con que ella ya se había ocupado de la higiene de su marido.

Aquello la desconcertaba. No podía entender cómo aquella mujer era capaz de realizar, sin ayuda alguna, tan delicada labor. Y lo cierto era que Anselmo se encontraba perfectamente cuidado, sin que su cuerpo reflejara, en lo más mínimo, las consecuencias de la inmovilidad.

Una mañana acudió a la casa un rato antes y pudo observar la forma en que Pilar realizaba el aseo a su marido. Algo que Amaya no olvidaría jamás. La destreza con la que aquella mujer realizaba su trabajo era realmente asombrosa.

Sin llegar a ser consciente de ello, Pilar se desenvolvía por la casa como si el Anselmo pletórico de otros tiempos pudiera compartir la jovialidad con la que ella se



despertaba cada mañana. Y así, una vez que le indicaba a Amaya las tareas que debía hacer, se dirigía a la habitación, se sentaba en el borde de la cama y empezaba a hablar con su marido. Desde la cocina se podía oír cómo le contaba los pormenores del barrio, las previsiones del tiempo o el final de la película que había visto la noche anterior en televisión.

Pilar era una mujer de gran fortaleza de espíritu. Nunca se le escapaba una queja ni un reproche. Ni daba nunca muestras de lamentarse de su situación. Por el contrario, mostraba siempre un talante positivo y resignado. Y si alguien tenía algún gesto de consideración hacia ella -y particularmente hacia Anselmo-, lo agradecía con afecto. Por eso, aquella mañana recibió eufórica la visita de Amaya: «Mira, ya me la han traído», le dijo nada más llegar. Se trataba de una vieja cama articulada. Un preciado regalo del Centro Español que iba a cambiar por completo la vida de su marido, aseguraba. Sin dar tiempo a que Amaya dejara sus cosas, la llevó a la habitación. «Anselmo podrá ahora mirar por la ventana», exclamó emocionada. Y accionando la manivela, elevó el cabezal de la cama hasta conseguir que él quedara incorporado.

Aquella mañana no había nada más importante para Pilar que haber conseguido que su marido cambiara el horizonte gris y desconchado del techo, por el paisaje primaveral que se ofrecía a través de la ventana. «Mira, Anselmo, El Visaurín ya ha empezado a bramar. La primavera está avanzando», le decía para luego dirigirse a Amaya: «Desde nuestra casa en Aragüés, podíamos ver en invierno la montaña del Visaurín, cubierto por la nieve. Y por estas fechas, justo al anochecer, cuando el silencio se hacía en el pueblo, escuchábamos juntos el crujir del hielo, resistiéndose a fundirse en agua. Era como oír bramidos de lamento, ecos lejanos que descendían desde lo más profundo de la Selva de Oza».

Amaya miró por la ventana y pudo distinguir, entre un mar de niebla, la majestuosa cumbre del Nevado de Illimani, la montaña mítica que se alza sobre la capital boliviana. Y al contemplar aquella estampa andina, quiso ver ella, también, la imagen difuminada del Visaurín, preparándose resignado para el inminente deshielo.

Durante el tiempo en que Amaya estuvo trabajando en aquella casa, tuvo ocasión de aprender muchas cosas. Con Pilar conoció el tesón, la dedicación y la ternura. Amaya, por su parte, intentó ayudarla en todo momento, haciéndole ver la necesidad de que se cuidara, de que se decidiera a salir, aprovechando su presencia en la casa. Y de que pensara que el bienestar de Anselmo dependía, en definitiva, de que ella se encontrara bien.

-¿Se acuerda de lo que hablamos ayer, Pilar? –le dijo un día.

-¿De esa cosa tan rara? ¿Cómo era?

-El burnout.

-¡Calla, calla que eso suena peor que un trueno, redíó! –exclamó ella, con un cantarín deje aragonés, que increíblemente conservaba a pesar del paso de los años.

-Pilar, lo que está usted haciendo con Anselmo es encomiable, pero...

-¿Pero qué? –la interrumpió ella-. Es mi marido y lo tengo que hacer.

-No lo pongo en duda, pero está usted sola. Sola en una tarea que requiere una gran carga física y mental. Tiene que estar pendiente en todo momento de la higiene de Anselmo, de la medicación, de los cuidados, de su alimentación... Y sin que se dé usted cuenta, está poniendo en serio peligro su salud, Pilar. Le he traído un libro que habla de todo esto. Quiero que se lo lea.

-No tengo tiempo –fue su respuesta.

-Debe leerlo, Pilar, debe leerlo. Es un manual muy sencillo que trata de todo aquello que usted debe saber. De la tensión que soportan las personas que cuidan enfermos, del cansancio, de la depresión y la ansiedad, del aislamiento...

-Bueno, bueno, no me agobies.

Pilar se leyó el manual. Y lo hizo con interés, a la vista de la cantidad de preguntas que luego haría sobre su contenido. Cuando terminó, le preguntó Amaya:

-¿Qué le ha parecido el libro, Pilar?

-Mira, moceta –ella siempre la llamaba así cuando se ponía reflexiva-, ya sé que cuidar de Anselmo es trabajoso. A mí me lo vas a decir, que termino el día agotada. Pero ¿sabes una cosa?: antes de acostarme, voy siempre a echarle el último vistazo. Y sólo el verlo así, tranquilo y en paz, me reconforta y me da las fuerzas necesarias para empezar de nuevo al día siguiente. Y para eso, moceta, no hay que leer ningún libro.

Durante un buen rato Amaya permaneció en silencio. En realidad no sabía qué responder.

Después de un año en el asilo, Amaya regresó a casa. La delicada salud de su madre la obligó a dejar la organización y empezó a trabajar en un centro geriátrico en Burlada. Su experiencia en Bolivia había marcado, de alguna manera, su orientación profesional.

Habían transcurrido ya unos años y aquel verano Amaya decidió pasar unos días en Bolivia. Nada más llegar a La Paz, fue a visitar a Pilar. Nadie le abrió la puerta. Supo por una vecina, que Anselmo falleció al poco de marcharse ella y que Pilar había decidido ingresar en el asilo de San Ramón. La imagen del viejo caserón no había cambiado nada en todo ese tiempo. El jardín seguía cuidado con esmero por las manos de Benigno Curiel, un viejo miliciano que realizaba también tareas de ordenanza. Sor Aurora se mantenía en la portería, con su habitual gesto gruñón. Y hasta Paquito, un niño grande nacido en el asilo, continuaba con su afición a recolectar colillas para trapichear luego con sus compañeros de comedor.

Sor Juana recibió a Amaya con efusión. En un momento, con la increíble velocidad con la que aquella mujer contaba las cosas, la puso al día de todos los cambios habidos en el asilo: el nuevo consultorio, las obras en el baño geriátrico, las habitaciones para cuidados paliativos... La mujer hablaba y hablaba sin parar.

-Me gustaría ver a Pilar –solicitó Amaya.

-Te va a impresionar –aseguró.

-¿Por qué?

Sor Juana no la contestó. Simplemente le indicó con un gesto que la siguiera. Cuando ambas penetraron en la unidad de profundos, Amaya sintió un extraño escalofrío. No sabría decir qué era lo que la producía aquel estado de desasosiego: la luz tenue que iluminaba aquel recinto, el continuo silencio que reinaba en todo el trayecto...

La sala, una dependencia amplia y luminosa, ocupaba el final del pasillo. Los ancianos se encontraban perfectamente alineados en sus sillas de ruedas y orientados hacia un amplio mirador. «Allá está», le indicó sor Juana. Aunque Pilar se encontraba de espaldas, Amaya la reconoció enseguida. Se acercó a ella y, al observarla de cerca, pudo leer en sus ojos la misma expresión de vacío con la que recordaba a Anselmo. La misma mirada, perdida y ausente. Más allá del mirador, podía verse el jardín de la residencia y al fondo, el perfil estilizado y nítido del Nevado de Illimani.

-Pilar, soy yo –le dijo Amaya, al tiempo que cogía sus manos entre las suyas.

-No te esfuerces –le indicó sor Juana-. Padece de Alzheimer. Está en una fase muy avanzada.

Durante un rato Amaya permaneció observándola. De vez en cuando, la hablaba al oído, sin que sus palabras hicieran el más mínimo efecto en ella. En un momento, alzó la vista y exclamó: «Mira, Pilar, el Visaurín ya ha empezado a bramar. La primavera está avanzando». Y al decir esto, pudo percibir un extraño brillo en sus ojos. Cuando Amaya salió a la calle empezaba a oscurecer. Antes de subir al taxi, miró hacia el norte. La sombra del Illimani se erguía por encima de la torre de la iglesia de Nueva Esperanza. Una vez más, la primavera se adelantaba avanzando, sin prisa, desde lo más alto del Faro Murillo.

Ignacio Villagrán Teresa (País Vasco, España)

Soy azul

¿Mi época neoyorquina? Siéntese. Intentaré explicar la historia a los lectores de su periódico. El color de la sangre para mí siempre había sido verde hasta que apareció ella. El año en el que comencé a pintar, ríos de color verde regaron las calles de Soweto. Los afrikaners mataron a seiscientos de mis compañeros de clase a tiros tan sólo por una manifestación en contra de su idioma. Para aquellos niños el afrikaner era la lengua de los represores durante aquellos días de apartheid en el que la vida era para todos en blanco y negro. Para todos menos para mí. Me gusta el color. En la escuela nunca se me dieron bien los idiomas, ni las matemáticas, por no hablar de la gimnasia. En cambio, tenía un don: el dibujo. Pasaba días abstraído en mi pupitre esbozando bocetos. Tras la matanza de Soweto los maestros nos pidieron a los niños que reflejásemos lo ocurrido en murales para hacer una exposición que conmoviese a los periodistas extranjeros, a gente como a usted. Nunca vino ni un solo reportero a nuestra pequeña exposición. La policía no permitió el acceso a nadie. Pero aquel día descubrieron mi pequeño defecto. La gente se apilaba frente a mi cuadro, que colgaba en la pared junto al del resto de las pinturas de los otros críos. Aunque en el arte africano destacan los colores vivos, aquello parecía una obra de vanguardia. En aquella época el arte contemporáneo no era muy popular en África. El profesor me preguntó por qué pintaba a los negros de azul y a los blancos de amarillo. Le respondí extrañado que así es como veía el mundo. ¿Es que el resto no lo percibía igual que yo? Para mí el color negro era azul, el blanco, amarillo, y el rojo, verde. Mis dibujos eran espléndidos, pero tenía un problema. No percibía el mundo como el resto. Unas células con forma de bastoncillos transformaban toda la gama cromática de mis ojos. Siempre he pensado que cada uno ve todo lo que le rodea a su manera. ¿Sabía que los colores no existen? La margarita que usted aprecia blanca, una abeja la ve morada. Todo depende de la longitud de onda de la luz que capta cada retina. Pero en Soweto nadie sabía nada de longitudes de onda. Me convertí en un niño diferente. En una especie de pasatiempo objeto de todo tipo de bromas. El niño azul, me llamaban. Y ser azul en un mundo de blancos y negros era no ser nadie. Se burlaban de la coordinación de mi vestimenta, me cambiaban las pinturas de sitio y me manchaban la cara. Mis padres y mi hermana intentaron alejarme de la pintura, pero yo jamás la abandoné. Cuando acabé la enseñanza primaria me fui a vivir con mis pinturas y mis telas a una chabola de las afueras, a un lugar infecto, plagado de ratas, de pintores yonkis y escultores borrachos que tallaban una madera quebradiza llena de poros. Me ganaba la vida a duras penas con mis lienzos, que malvendía en un mercadillo situado a una hora de camino de mi inmundo hogar. Era feliz y miserable. Ambas cosas.

Mogae, cuando has salido hoy por la puerta del apartamento he quemado todos tus cuadros en la bañera. Todos menos uno. Ese autorretrato lleno de color en el que sujetas un pincel entre los dientes. Unas gotas de pintura caen en tu interior. Pelaste tu cuerpo para mostrarme tu alma. Y nunca fui capaz de verla. Nueva York no es lugar pata ti, ni yo soy la mujer que te haría feliz. Con los años, los críticos de arte le darán un nombre de color a la época en la que estuviste conmigo. Su etapa amarilla, dirán. Como el período azul de Picasso. ¿Sabías que el artista más importante del siglo XX era disléxico? La dislexia dificultó su aprendizaje en la escuela, pero su padre, un profesor de Bellas Artes, le animó en su deseo de ser artista. El pequeño Pablo poseía un increíble talento. Desde una edad muy temprana había desarrollado el sentido de cómo las personas querían verse y cómo les veían los demás. Desarrolló un sentido único de la belleza y estilo que atraía a la gente. Pablo pintaba las cosas sin orden, hacia atrás, o al revés. Sus pinturas mostraron el poder de la imaginación y la creatividad de la psicología humana. El día que te descubrí en aquel cochambroso mercadillo de Sudáfrica me dije: Éste chico tiene talento. Si me lo llevo a Nueva York puedo sacarle partido en las galerías de Arte Moderno. Pensé que pintabas las cosas tal y como las veías, pero no sabía que lo hacías de una forma tan literal. Si me hubieras dicho que eran las obras de un daltónico seguramente te habría minusvalorado. Mi error fue intentar cambiarte. Siempre me verías amarilla y tú siempre serías azul. Tú hacías que aquel lugar tan deprimente de Soweto brillase con luz propia. Cuando me arruiné con el fracaso de mi última galería, un espacio desde el que intentaba promocionarme con pintores noveles, fui a tu país a buscarme a mí misma, pero te encontré a ti. Y te descubrí ante el mundo. Quizá debí ofrecerte unas pocas monedas por tus cuadros y continuar mi camino al hotel. Pero el tono indefinido de sus ojos me fascinó. Nunca te gustó que los neoyorquinos te dijeran que eras de color. ¿De qué color? Solías preguntarles. ¿De color negro? En África estáis orgullosos de ser negros. Pero tú, tú no eres negro. Eres azul.

- ¿Cuánto cuesta este cuadro?

Una mujer blanca, de baja estatura pero coqueta, llena de pecas y con el pelo rizado, señalaba uno de los cuadros de Mogae. Un paisaje de hierba anaranjada con una puesta de sol lila.

- ¿Cuánto ofrece?

Mogae estaba extrañado de ver por allí a una mujer como ella. Iban muchos blancos aquel mercadillo destartalado (allí había suficiente policía como para invadir todo África), pero ella era diferente. La veía menos amarilla que al resto, tenía un tono más natural, más anaranjado, y no tenía ese gesto arrogante que los afrikaners mostraban a los suyos. Las pecas de su rostro formaban una línea de puntos azules sobre su nariz.

- ¿Sueles vender mucho?

La mujer bajita se mostraba tan interesada en la obra de Mogae que comenzó a revolver todas las telas. Parecían interesarle los retratos.

- Tu obra es muy peculiar, tiene un color especial. Nunca había visto algo así.
- Me gusta el color.
- ¿Conoces a Van Gogh? Era un pintor holandés que no vendió un cuadro en su vida. Ahora los venden por millones de dólares.
- Menudo consuelo, señora. ¿Tengo que esperar a morirme para vender?
- Te compro cinco telas por cien dólares.
- ¿Cien dólares?trato hecho. Se los enrolló.
- ¿Cómo te llamas?
- Me llamo Mogae, señora.
- Yo me llamo Sarah. Volveremos a vernos, Mogae.

La mujer bajita cogió las telas enrolladas y se perdió entre la muchedumbre del mercado de nuevo. Mogae no había ganado 100 dólares en toda su vida. Quién le iba a decir que esa mujer pecosa cambiaría su vida.

Sarah hizo que me sintiera importante. Mis colores la habían fascinado. Al mes volvió a Soweto. Yo siempre colocaba mi puesto en el mismo lugar, así que pudo encontrarme fácilmente. Cuando se acercó a mí, su piel era algo más amarilla que la última vez, pero su cara conservaba aquellos rasgos agradables. Me dijo algo así como que yo era su gran descubrimiento, que había colocado en varias galerías mis obras, y que querían conocerme en Nueva York. Compró todos mis cuadros, me subió a un coche y fuimos de compras a un centro comercial de Johannesburgo. Por aquella época los negros de Soweto teníamos prohibida la entrada en la ciudad. Pensaron que era el criado de la pecosa. Me preguntó si tenía que despedirme de alguien, pero lo cierto es que desde que me fui de casa de mis padres no había nadie en mi vida. Algunos conocidos del mercado, nada más.

Mogae nunca había subido a un avión. Esa noche no pegó ojo. Se pasó el trayecto mirando por la ventana. La noche y el Atlántico estaban teñidos de un intenso azul oscuro. Cuando llegaron a Nueva York las luces de neón lo inundaban todo. Times Square brillaba igual que los arco iris que Mogae había visto sobre el río Zambeze durante el único viaje que había hecho en su vida. Fue hasta Zambia tan sólo con el objeto de ver aquellos arco iris múltiples de los que le habían hablado. Los colores de Nueva York no tenían nada que ver con los de África. Allí todo era una inmensa penumbra roja salpicada con el blanco de los edificios. El taxi les dejó a las puertas de uno de esos rascacielos de ladrillo. La fachada lucía varios grafitis. El ascensor les llevó hasta el piso quince. Sarah sacó las llaves y abrió una puerta de madera con un garabato grabado bajo la mirilla.

- De momento vas a estar aquí Mogae, hasta que encontremos algo mejor.

En el interior, la bombilla iluminaba un pequeño estudio con una cama, una mesa, un baño y un gran caballete. Al fondo, sobre una estantería, varios tubos de óleos y unos pinceles de pelo de marta formaban una ordenada pila. Sarah recorrió las cortinas.

- Aquí es donde vas a trabajar. Tú pintas y yo vendo. En este país cada uno tiene una función. Se llama especialización. Ahora no perderás el tiempo en el mercadillo. Así son las cosas.

Mogae, aún recuerdo los tres meses infernales que pasaste en aquel apartamento. Los más duros de tu vida. Y de la mía. Esta ciudad acaba con cualquiera. Ahora lo sé. He estado ciega. Deberíamos haber huido. Nunca te entendí. ¿Regresar? Imposible. No podías volver. Aquí lo tenías todo. Libertad. Sueños. Posibilidades. Futuro. Pero tú tenías otro punto de vista. Preferías volver a un gueto. El gueto del sur. Donde sólo hay dos colores. Nadie merece vivir prisionero en su propio país. Como yo. Si no hubiera sido por tu compañía me habría vuelto loca. Tú, sin más colores que los que conservaban tus recuerdos, y yo, remontando una ruina y un divorcio por mi adicción al trabajo. Cuando se enteraron de lo nuestro nos marginaron. Una blanca de buena familia con un pobre africano. Sé que la vida aquí no es fácil. Demasiado impersonal. Tanta agresividad, tanta competencia. Unos valores diferentes. Occidente. Soledad. Angustia. Estrés. Teníamos que vender y vender. Sé que te apreté demasiado, pero gracias a ello pudimos mudarnos a aquella casa. Tampoco me arrepiento de eso. Los mejores marchantes se interesaban por el artista de colores intensos y mágicos. Hasta que descubrí tu secreto. Es lo único que me echo en cara. Lo sospechaba hacía tiempo. Nunca vestías de una manera coordinada. Al principio lo achaqué a tu naturaleza descuidada. Te puse a prueba. Te dejé ciego. Te destruí. Te alejaste.

La casa de Mogae y Sarah era inmensa. La luz entraba por los grandes ventanales de las habitaciones. Arriba, un gran estudio lleno con cuadros de motivos africanos y neoyorquinos iluminaban la estancia. Trazos de azules, verdes, rojos y magentas. Una borrachera cromática inundaba aquella estancia. El ruido del tráfico traspasaba las paredes ocres. Mogae comenzaba a tener una sensación de pesada claustrofobia en la Gran Manzana. ¡Qué lejos quedaba África!

- Hola Sarah, ¿cómo han ido hoy las ventas?

- He colocado siete cuadros en cuatro galerías, el negocio sube como la espuma. Dame un beso.

- Estoy lleno de pintura.

- Me encanta verte el pecho con esas manchas de colores, las manos llenas de óleo, el olor a aguarrás de la cubeta.

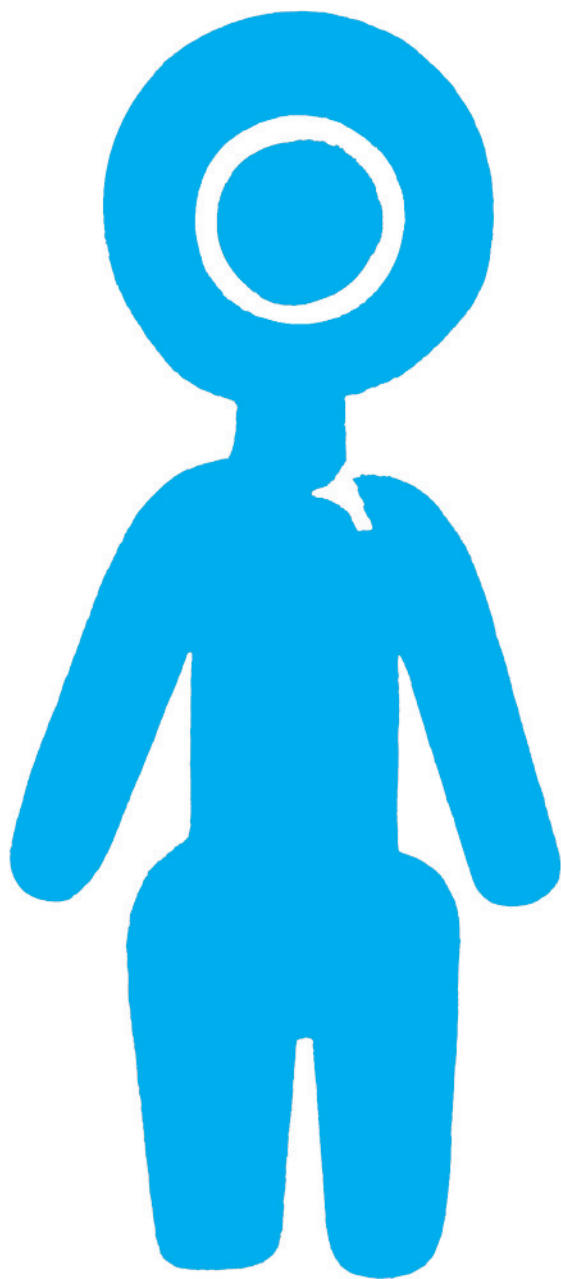
- Tú también estás preciosa, pero tengo que retocar este autorretrato.

- ¿Eres tú? ¿Por qué te has abierto el cuerpo de esa manera, como si te pelaras de arriba a abajo?

- Porque quiero enseñarte mi alma, y porque soy un pintor vanguardista, contemporáneo, original. ¿Es como tú me vendes, no? ¿Me has traído el tubo de pintura que te encargué?

- ¿El de pintura azul? Sí, aquí tienes.

- Perfecto.



- Mogae, no es azul. Es negro.

Mogae abrió el bote, vertió todo su contenido sobre el cuadro y lo extendió con las manos. Silencio. Sarah esperaba una respuesta.

Estuve engañando durante dos años a Sarah, demasiado tiempo. Estaba en su derecho de sentirse dolida. Había pasado tantos años con mi defecto a cuestas que aprendí a ocultarlo a mi conveniencia. Ninguna mentira es eterna, ni siquiera el Arte. Sarah se dio cuenta. Aquella farsa no podía durar mucho. A partir de ese momento toda nuestra vida se centró en curar mi daltonismo. Fuimos a médicos y me hicieron tests. Los expertos nunca habían examinado a nadie que confundiese de aquella manera los colores. Sarah dio orden al caos de mi paleta y me dio instrucciones: Estos son los verdes, aquí están los rojos, más allá los azules, y al lado, los amarillos. Más tarde me puso una etiqueta con el nombre de cada color al lado. Yo siempre había pintado de una manera intuitiva. Algo comenzó a cambiar. Ahora interpretaba la vida de la gente a su manera. Comenzaron a extenderse rumores por las galerías. Pensaban que había estado haciendo trampas, que mi talento no era natural. Entonces, un oftalmólogo que supo de mi caso se puso en contacto con Sarah. Había inventado unas lentes que filtraban la luz de tal manera que podría ver como lo hacen el resto de los seres humanos. Sería exactamente igual que los demás. Después de hacerme unas pruebas nos vendió las gafas a precio escandaloso. Cuando me puse los extraños anteojos no me gustó lo que vi a través de ellos. Ese mundo me era lejano, desconocido. Sombras, siluetas brumosas, contornos sin límites claros, borrones sin forma. Ya ni siquiera interpretaba el universo de las personas normales, ahora era una de ellas. La gente se movía de forma natural en ese mundo; para mí era aprenderlo todo de nuevo. Como comenzar a andar, a hablar, a sumar, a restar, a vivir. Sería como engañarme a mí mismo, vivir en un mundo paralelo al real. Y mi talento con los colores desaparecería. Opté por volver a mi mundo. Sufrimiento, discusiones y dudas. Pérdida de identidad y crisis de pareja. En un mes mi pequeño mundo se despeñó. Sin mis gafas Sarah estaba más amarilla que nunca. Como si tuviese una cirrosis terminal. Pero insistía: Tienes que ponértelas. Hasta que llegó el día en el que me quité las gafas. Todo era amarillo. Nunca más volvería a ponérmelas. Estaba decidido. Jamás me despedí de ella. Regresé a África. Volví a trabajar en el mercadillo. Era el mundo al que pertenecía, donde los colores no me son ajenos. Años después, mis cuadros volvieron a los museos y los críticos hablaban de mí como uno de los más originales artistas africanos. Pretendían que volviese a aquella ciudad, pero África es mi tierra. Ahora podemos vivir donde nos apetece. Me comunicaron la muerte de Sarah hace 30 años. Junto a su carta de despedida me trajeron el cuadro que usted puede ver ahora sobre esta chimenea. Es el retrato que estaba pintando cuando descubrió mi secreto. Poco después Sarah cayó sobre él y se clavó unas astillas. Aún veo manchas verdes. Es lo último que tuvo entre sus brazos. Es un retrato de mi alma. Un museo de Europa me ha pedido que se lo preste. Sé que le ha costado mucho a usted dar conmigo. Espero que le

haya servido de algo. Si quiere saber lo que siento vea mi obra. Y si quiere un titular para su artículo, esa época de mi vida se resume en una frase: soy azul.

Mogae, hace apenas unos meses que te marchaste y mi vida ya se ha convertido en las tinieblas que tú veías con esas gafas que te obligué a usar. Han embargado mis bienes. Me has dejado. He perdido la partida. Todo lo que me rodea es blanco y negro. Oscuridad. Contigo ha salido el color de casa. Superabas a todos. A Picasso, a Warhol, a Jasper Johns, a Dalí, a Cezanne, a Monet, a todos. Cubismo, impresionismo, dadaísmo, feísmo, expresionismo, surrealismo. Arte. Artistas. Charlatanes. Ya ves, pensaban que eras uno de los suyos. Pero tú eres mejor. Ellos interpretaban la realidad y tú la plasmas tal y como la ves. Tu propia realidad es tu estilo. No necesitas pasarla por filtros. Tú eres auténtico. Nunca lo entenderán. Piensan que eres una especie de trampa, un artista sin imaginación. Han quitado todos tus cuadros de los museos. Ahora sé que no volverás nunca. Te he destruido. Igual que Picasso destruyó a sus mujeres. ¿Por qué no soportaban seguir viviendo sin él? Ahora las comprendo. A todas. Tú me has enseñado a mirar de una forma diferente. Ya no podría volver a ver las cosas igual que antes. Mi vista se nubla. He mezclado pastillas de cuatro colores diferentes, y lo mío nunca ha sido mezclar colores. ¿Por qué no te despediste de mí? Pusiste color a mi vida. Adiós, mi hombre azul. Ahora, todo se ha vuelto negro.

Manuel Sánchez Vicente (Salamanca, España)

Recuerdos de Mitch

Diez muertos.

Dicen que hay diez muertos. Diez desaparecidos, que viene a ser lo mismo en este infierno de desolación, en este océano interior que nos estudia con el desprecio de su poderío. Crestas de espuma sucia recorren nerviosas la espalda ondulante de este diablo emergido de la nada, del lago que, animado por la irracionalidad del huracán, cobró vida, despertó de su letargo húmedo de podredumbre y arrastró su viscosidad inhumana sobre el pueblo, sobre el bosque, los prados y plantíos.

De lo que ayer fuera San Francisco Libre solo se intuyen restos desperdigados de una tragedia anunciada, oxidadas techumbres de cinc que emergen con ridícula altivez del líquido nauseabundo, ramas desgajadas alzando a las alturas su gesto angustiado, cadáveres exánimes de los escasos árboles que ayer nos protegieron de un sol abrasador, y algún chancho de ojos hinchados y vientre abultado flotando en la corriente que, poco a poco, calma su rabia ciclónica.

No hay rastro de Andrea.

En la madrugada, cuando unos rayos de infinita debilidad pugnaban inútilmente por abrirse camino en la espesa masa de nubarrones, descubrimos a su madre y hermanos suspendidos del ramaje musculoso de un guanacaste. Allí, apelotonados y exhaustos, miradas enloquecidas, músculos ateridos, hallamos más de quince personas, vecinos, amigos, hermanas, compañeras de trabajo y cervezas en este verano inolvidable. La inestable barca de Domingo hubo de hacer cuatro viajes para trasladar a los aterrados supervivientes a lugar seguro. Entre lágrimas y sollozos, entre abrazos y gratitud, sentí la angustia de la ausencia. Andrea había desaparecido. Perdida en el fragor de la tormenta. Envuelta en el caótico desorden de la huida, doblada por la furia del vendaval, vencida por el peso muerto de los cipotes, la madre solo había podido rogar a un Dios sordo que la pequeña de ocho años fuera capaz de seguirla en la profundidad de la noche. No lo hizo. Ningún vecino alzó el rostro sonriente de la niña hasta las ramas protectoras. Ningún milagro en forma de barca o helicóptero tomó forma inesperada, portando en su seno a la hija arrebatada por el huracán. Andrea no aparecía por ningún lugar.

Sigue sin aparecer. Lejos, donde las miradas se pierden en un horizonte de grises y negros cambiantes, se intuye la cola de Mitch alejándose de lo que hasta ayer fuera un poblado digno y pobre, un proyecto de futuro esbozado con rasgos rudimentarios, una esperanza en mi pecho vacío. Solo quedan montañas horadadas por las corrientes espontáneas. Solo es visible una extensión infinita de agua parda, barro, detritos, pesticidas y restos químicos mezclados por el Xolotlan, rebelde es-

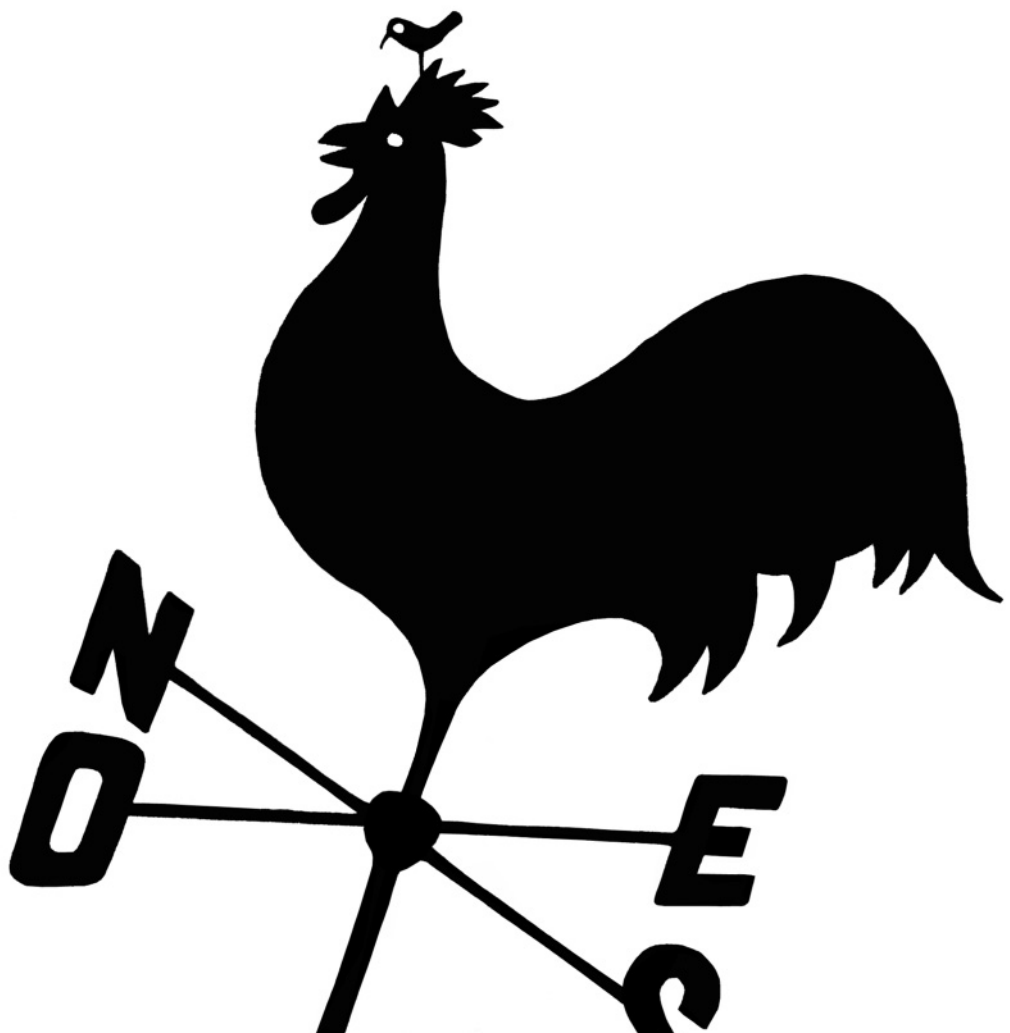
meralda demasiados años cautiva en los estrechos cauces impuestos por Managua. Ahora inunda los fértiles prados donde se alzaban humildes champitas, letrinas de paredes agrietadas, ganado esparcido con pereza, y nuestro proyecto de granos básicos. Los hombres lamentan su mala suerte y su pobreza. Las mujeres lloran en silencio la devastación de sus hogares, de sus huertos renacidos. El técnico de la asociación, ese gigantón de ojos azules y firmeza militar, maldice sin palabras la pérdida del grano amontonado, de los libros de entradas y salidas, de los dispersos Córdoba ocultos bajo los cajones. Yo solo puedo pensar en Andrea.

Hay un revuelo tenso, premonitorio, a mi izquierda. Entre la maraña de hojas y restos arbóreos una barca se arrastra desgana hacia nosotros. En su interior, entre gemidos y fracaso, puedo distinguir el bulto de un pequeño cuerpo femenino, mal cubierto con una manta raída. El calor es denso, pegajoso. El sudor se adhiere con su viscosidad maloliente a mis ropas embarradas. Y, sin embargo, jamás he sentido tanto frío. La curiara se abre camino con esfuerzo, y el cadáver encogido se clava en mi frágil mente de europeo acomodado. Casi soy incapaz de mirar.

Cada mañana, mientras repasaba las cuentas y revisaba la devolución de los créditos para semillas, mientras negociaba con una sonrisa y un apretón de manos con productores extenuados y hambrientos consumidores, incluso mientras escuchaba con preocupación no tan fingida las veladas amenazas de los intermediarios desplazados, Andrea correteaba ante la puerta siempre abierta, jugando cuidaba a sus hermanitos, les ayudaba en las tareas escolares y amasaba, con esas manos diminutas, las tortillas que, de madrugada, partía la madre envejecida a vender en los caminos. Era nuestra pequeña vecina, desterrada de estudios y escuela por ser la mayor, por haber nacido antes que los demás, obligada a madurar sin abandonar la infancia. Carente de todo, de hogar digno, de enseñanza gratuita, de padre y de cariño, no dudaba en acercarme, al filo del mediodía, una de las tortillas que con tanto esfuerzo recortaba sobre la plancha ardiente, y un vaso de agua helada, exceso regateado con inocente picardía en la pulpería. Estar allí, sentado a la orilla del Xolotlan, compartiendo con ella el calor del maíz apelmazado mientras ante nosotros se regaban ranchitos abandonados, ganado disperso y mocosos ensuciándose en la eterna polvareda, era el momento perfecto, el resumen ideal de mi estancia en este país preñado de volcanes y lloroso de lagos embravecidos. Si mi callado, insignificante trabajo en el proyecto me llenaba de forma desconocida hasta entonces, la presencia de esa brujita de ocho años me regalaba la plenitud.

Pero se acerca el bote, el bulto inerte, los gestos dolidos de los pescadores. En la orilla que ayer fuera ladera, los pies descalzos sumergidos hasta los tobillos en el lodazal, temblamos y aguardamos con un nudo en la garganta.

Dice Henrich que es momento de llamar a nuestros países. Es hora de poner a prueba la solidaridad, la humanidad de quienes contemplarán la tragedia desde la pantalla colorista de los televisores. Dice que la pérdida es irreparable, que son demasiados hogares arrasados, demasiadas cabezas de ganado, demasiadas cosechas.



Dice muchas cosas, pero no le escucho. Arremolinados ante la lancha, pescadores y campesinos de miradas pétreas y rostros huesudos portan el cadáver para depositarlo, con respeto reverencial, ante quienes esperamos incapaces de movernos, incapaces de respirar. Retiran la manta y un rostro sembrado de arrugas, blanqueado por la muerte, nos saluda con ojos desorbitados. No la conozco. No es de San Pancho. Intento, sin mucho éxito, disimular un suspiro de alivio, y me alejo del fúnebre cortejo.

Una noche, cuando me retiraba del oscuro local de Doña Mirna dejando a mi espalda un reguero de botellines de cristal ocre y aromas agrios, tropecé con Andrea. Sentada en las maderas apolilladas que, amarradas con alambre a los tabiques inestables de la oficina, fingían la forma de un banco, seria, taciturna, clavó en mí la intensidad de esos ojos vibrantes, antes de inquirir con leve tinte de reproche: «¿Por qué tomás?». No supe responder. Ahí, frente a ella, inventé una sonrisa bobalicona, gesto más alcoholizado de lo que yo mismo creía, y me encogí de hombros. Ella suspiró con la lucidez adquirida a golpes y trabajo, antes de susurrar al infinito: «Papá también tomaba». Hoy, en mi cerebro que pretende enloquecer se repite, más nítido que nunca, el gesto que acompañó aquellas palabras, las piernas escuálidas apretadas contra su pecho, los brazos cerrados, protegiendo un vientre no formado. Las de aquella noche fueron mis últimas cervezas.

No queda nada. Solo agua, lodo, ramas, letrinas sumergidas, reses amortajadas, residuos industriales, gasóleos y plásticos traidores. Hemos perdido la ilusión. Abandonado al fatalismo que, con la ignorancia de nuestra prepotencia, pretendimos arrancar de quienes nos rodean, me derrumbo sobre la tierra, luchando por mantener un ápice de dignidad en el drama recién escrito. Sentado entre basura maloliente, tiritando bajo el sol de mediodía, solo puedo pensar que ya no importa, que la naturaleza y la codicia nos han derrotado, que el futuro es más tétrico, más oscuro, que la cola lejana del huracán.

Es entonces cuando una mano diminuta oprime con cariño mi hombro tembloroso. Un tacto cálido, palpitante, que trasmite calor a los poros empapados mientras una voccecita infantil, un timbre conocido, interroga con alborozo: «¿Qué hacés, chele?». Me giro y mis ojos se topan con la profundidad de su mirada. En sus pupilas transparentes no se refleja el miedo ni el dolor. No hay en ellas rastro de sufrimiento, de días desaparecida, de hambre o sueño. Solo la alegría del reencuentro, la tranquilidad del hogar reagrupado, y la certidumbre de su corta edad. Ya no importan los proyectos arrasados. No importan los campos anegados, el ganado desaparecido en la tormenta, los muros y tejados que han cedido al vendaval. Ha vuelto la esperanza, anidada desde siempre en la mirada de estos pequeños del color de la tierra que juegan descalzos a madurar. Y pienso, mientras alzo a Andrea sobre mis hombros desatando la cascada cristalina de su risa a cada voltereta, que no hay huracán, sequía o epidemia, capaz de borrarla para siempre.

Javier Díez Carmona (País Vasco, España)

El chelón

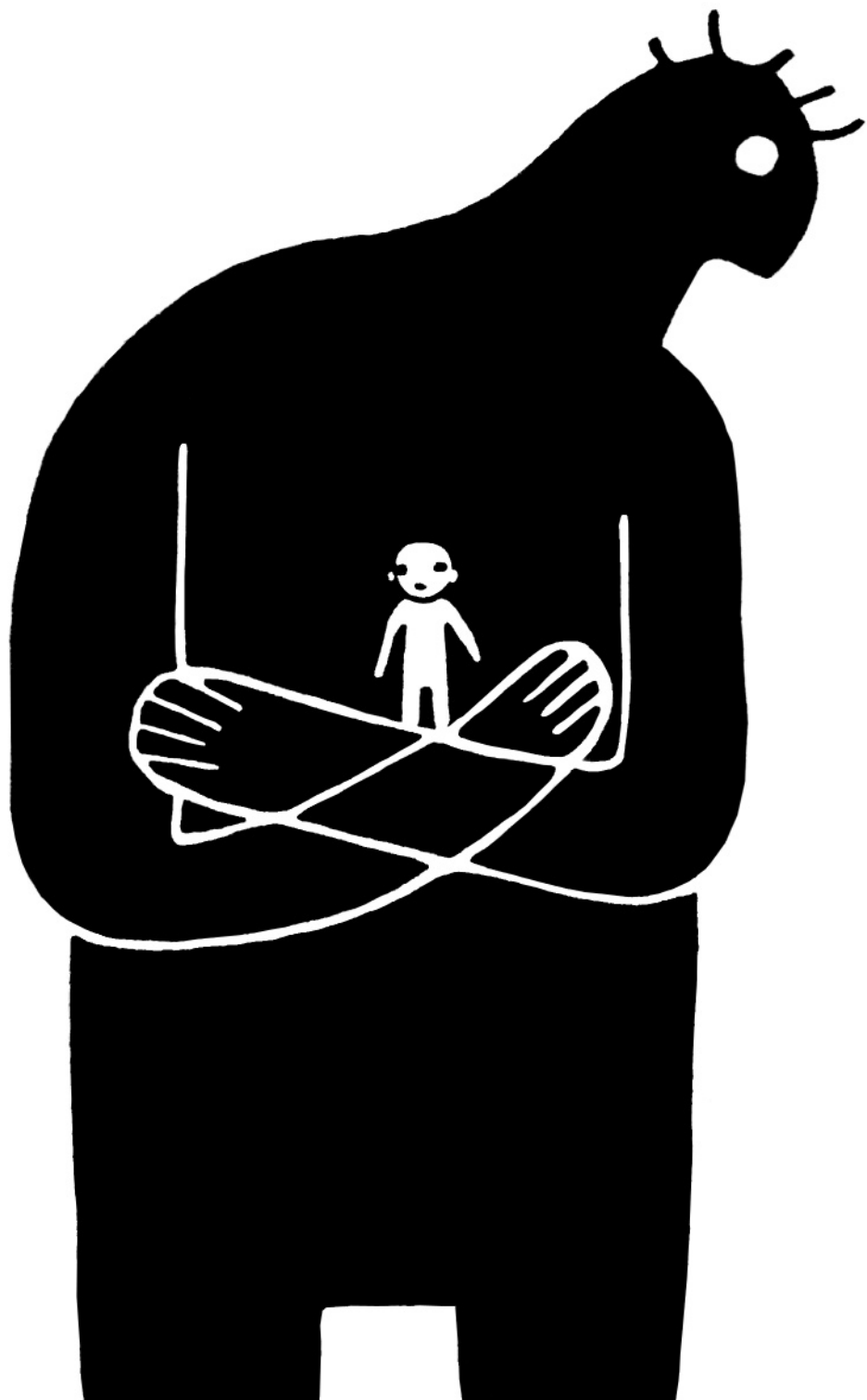
«El Chelón le decían, sí. ¡Claro!, porque era un chele grandote, un tipo así como de dos metros, todo rosita y bien recio. En todas partes andaba, y en todas partes bien lo remiraban. Sí, porque era más alto que los nicas, y con ese color... Blanquito blanquito, todo requemado por la solana. Por eso andaba como chanchito pelón, porque el sol le abrasaba enterito, fíjese, pero él nunca se quejaba ¡que va! Él no sabía quejarse, él solo de trabajar sabía. No andaba en pleitos, no tomaba, no perdía las tardes corriendo tras las muchachas, no. Él trabajaba.

No, creo que nadie sabe de dónde era. Hablaba rarito, fíjese, así como mordiendo las letras, así como gruñendo y cantando, ¿sabe? No, claro que no sabe, ¡cómo va a saber! Y yo estoy vieja, y sorda, y lo mío ya no es la plática, lo mío es cuidar los tiernos de mi chavalo, alistar las tortillas y esperar que el Señor se digne llamarme a su seno.

Pero perdone, usted quería saber del Chelón, y yo acá hablando babosadas. Sí, los últimos años los pasaba en el Oriental. Casi no salía de allá, fíjese, que ni la policía se mete en esos ranchos, y él allá, fajándose con los chigüines, robando chigüines a las pandillas, decía él. Mire si no parecía que fuera bolo. ¡Robar a las pandillas! Pero era arrecho, el chele. No se ahuevaba así como así. No sé cómo, pero alguien le mandaba platita, y el agarraba los riales y se metía al mercado, allá entre las madres que venden pipianes y enchiladas, y él todo lo compraba; frescos, elotes, libretas, balones. Y así enamoraba a los cipotitos, les quitaba la pega y les daba cualquier chunche, o compartía su jugo de pitahaya o su nacatamal, y pasaba los días platicando, no más, con ellos, jugando pelota o leyendo historias que sacaba de un librote gordo, así como él, lleno de dibujos y de mugre. Y en ese rato, a ellos que se les olvidaba la pega, fíjese.

Pues no sé, claro, no sé pa'que lo hacía. Solo sé que así se encachimbaban las pandillas, que le andaban ojeriza. Ya le decían las doñas, ¡ándese con cuidadito, Chelón, que un día lo van a amanecer muerto! Pero el Chelón allá que se llegaba cada mañana, a enamorar a los chavalos, decía él, para arrancarlos el vicio que les sorbe los sesos, porque la pega les come los sesos a los tiernos, les agujerea la cabeza y después, ni modo, ya solo pa'mendigar y pa'morirse en las esquinas sirven.

Sí, muy de madrugada que lo encontraron. Allá tirado, en el mercado. Le habían macheteado por la noche, ¿sabe?, muchas cuchilladas en ese cuerpo tan gordote. Y mucha sangre, también. La sangre brillaba, y era bien raro que brillara la sangre, porque llevaba horas difunto. Pero la sangre brillaba, y se colaba por entre los adoquines. Y allá mismo creció el palo. ¡Ideay!. ¡Pues claro! ¡El palo largo que cubre el



Oriental! No, no es mango ni guanacaste, es único en Managua. Yo no digo que sea el Chelón que ha vuelto de allá, porque cuando el Señor lo llama a uno no se vuelve, ¿sabe? Solo hablo lo que veo. Que los cipotes se sientan en su sombra, y allá se arraciman leyendo unas cartillas viejas, fajándose con las letras, con los números, porque así lo quería el chele, dicen. Y allá que se juntan las chavalas a platicar quedito cuando no les ven los pandilleros, a recordar los trucos que inventaba el Chelón, pa'que no acabaran tísicas ni panzonas. Y de sus ramas nacen unos frutos muy rojos y muy brillantes, así como su sangre aquella mañana, y nadie sabe si se comen, porque nacen altos, muy altos, y no hay quien se avente a tomarlos. Diz'que son los ojos del Chelón, que desde arriba vigila que sus chigüines no se le escapen, que no se regresen a las pandillas. Y allá sigue el palo lindísimo, alto y fachento, rodeado de chavalos que, a lo que paíce, juegan, no más, se ayudan con las letras, y ya se les olvidó lo de andar la pega».

Javier Díez Carmona (País Vasco, España)

Hábleme de tú

—Cómprame unos kleenex - le pide a usted, como de costumbre, el negro que siempre se sitúa frente al semáforo, al lado del Cabildo Insular. Pese a tener un ligero catarro que le hace moquear constantemente, deniega la oferta.

- ¿Quién te ha dado permiso para hablarme de tú? Venís aquí y os creéis que nos podéis avasallar, joder - murmura usted entre dientes mientras, con un gesto de apatía sube la ventanilla del coche y le dice «no» haciendo oscilar de lado a lado su dedo índice. Le molesta sobremanera tener que hacer ese esfuerzo extra con ese negro después de la maratónica jornada de trabajo en la oficina. Usted no es racista, ni mucho menos, cualquiera podría dar fe de ello porque incluso tiene un amigo ecuatoriano que va al mismo bar que usted los domingos por la tarde, pero resulta agotador tener a este hombre pidiendo ahí todos los santos días. Don Gabriel, para colmo, hoy no le ha cuadrado a usted el balance de cuentas del mes en su empresa, y ha tenido que soportar los gritos de su jefe. Ese cabrón arrogante que aprovecha cada instante para humillarlo ante todos sus compañeros. Le llama Gabi pese a que ya roza la cuarentena, y a usted le jode mucho, le patearía los huevos. Como para sentir lástima por el puñetero vendedor de kleenex. Bastante tiene usted con lo suyo. Se siente muy desgraciado, Gabriel, pero en veinticuatro horas usted se irá de vacaciones. Todo el año esperando para esto. Por fin, su tan ansiado período de asueto, lejos de todo lo que odia. Abre la guantera de su Seat Ibiza y coge el folleto de la agencia de aventuras: «Ruta por el desierto de Mauritania en cuatro por cuatro». Un viaje como éste es lo que usted necesita para liberarse del estrés cotidiano al que está sometido. Necesita salir de Fuerteventura una temporada. Esta isla está acabando con usted.

- ¿Tienes algo de artesanía en madera? Artesanía mauritana, por supuesto- Te pregunta el turista sin apenas mirarte a los ojos. - ¿Cuánto cuesta? - señala la estatuilla de una mujer con el torso al aire que porta un gran bulto sobre la cabeza.

- Mil uquiyas, he tardado un mes en tallarla, señor - respondes con una sonrisa a ese tipo blanco de la camisa caqui.

- Unos tres euros - te susurra el turista -demasiado caro, bájame un poco, que me estás robando. Te doy un uquiya y medio por esta talla de madera. Si está poca, joder. ¿No ves que tiene carcinoma, coño?

- Aquí más barato que el Caprabo y mejor calidad que El Corte Inglés, amigo- le respondes con las frases que has ido aprendiendo del resto de turistas, los blancos que llegan hasta el mercado de Nuakchott. Este gilipollas se ríe de la ocurrencia, como de costumbre, pero Ahmed, tú sabes que en apenas un día dejarás de hacer

el payaso para los turistas del mercadillo. ¿Qué te importa a ti esa gentuza petulante y podrida de euros? Ten paciencia, sabes que te espera una nueva vida tan sólo a unos kilómetros de distancia. Casi puedes tocarla con las manos. No te olvides tus dos pantalones, tus dos camisetas y por supuesto, tu chaqueta. Ahmed, ya sabes que muchos han muerto de frío. O al menos es lo que te ha contado al hijo de Amir. Dice que su hermano se quedó más tieso que la espina de un cactus por la hipotermia. Y tú ya no eres un chaval. La mayoría ya han muerto a tu edad. Pero tú siempre has pensado que los cuarenta no son demasiados años al otro lado. Por aquí se pasean viejos blancos de setenta.

Seis menos cinco de la mañana. Usted ya está despierto cuando el estridente timbre de su despertador digital le taladra los oídos. Sonará dos veces más con un intervalo de cinco minutos cada una, lo necesario para que usted se haga a la idea de un nuevo madrugón. Y todo por un sueldo que apenas le permite llegar a fin de mes. La hipoteca le está ahogando, Gabriel. ¿Cómo le pueden cobrar eso por una casa en las afueras, tan lejos de Puerto del Rosario? Si sigue subiendo el puto euríbor se pega un tiro. O mejor, se lo pega al Ministro de Economía. Es indignante lo que está haciendo con el país. Los precios por las nubes y los sueldos no alcanzan ni para la cesta de la compra. Menos mal que es el último madrugón en quince días, don Gabriel, piense en ello. Mientras le da vueltas, usted se ducha, y acude al trabajo tras beber un vaso de Nesquik (se diluye en frío mejor que el Cola-Cao). Fuera está lloviendo. El atasco que le espera es monumental. Prepárese. Al menos hora y media hasta la oficina. Don Gabriel, ya sabe usted que no hay nada más parecido al infierno que un atasco. Resopla. Insulta. Pega un puñetazo en el capó del coche.

Seis menos cinco de la mañana. Suena un culatazo en las tablas. Sonará dos veces más con un intervalo de cinco minutos cada una. Un nuevo madrugón. Te revuelcas en tu cama de barro. Ha llovido y la manta que pones sobre el suelo está empapada. Esta noche será un cartón áspero y roñoso. Resoplas. Insultas. Das un puñetazo en las tablas de la pared. Sales de la chabola y pegas un trago de agua ponzoñosa del sondeo que cavaron el año pasado (es mejor que la del arroyo cargado de mercurio) y luego el capataz os sube a todos a la furgoneta. ¿Cómo podéis tener hueco para veinte personas en un vehículo tan estrecho? Matarías al dueño de los puestos de figuritas. Ni siquiera eran buenas tallas. Madera de mala calidad y falso folclore. Ya nadie va en pelotas por la calle con cestos en la cabeza. Sabes que si una mujer enseñara las tetas en Nuakchott no duraría ni un segundo. Pero hacer tallas te relaja, te aleja de la realidad. Basta, Ahmed. Si todo sale según lo previsto, será tu último día de mercadillo. Ya tienes el dinero. Has estado tres años durmiendo con los billetes bajo la manta. Están sucios. En unas horas te subirás al barco y estarás al otro lado, en la otra orilla del mundo. Piensa en ello, Ahmed.

Gabriel, usted nunca había viajado en avión, así que, ¿cómo iba a saber lo estrechos que son los asientos de turista? Apenas puede encajar las piernas en ese minúsculo espacio. Si al menos le hubieran dado pasillo podría estirar las piernas.

Y esos ricachones de preferente con un asiento-cama. No entiende cómo se puede ser tan insolidario. Van a Mauritania, uno de los países más pobres de África, y se cogen una plaza en bussiness. Hay que ser snob, o pijo, como decía usted hace unos años, antes de adoptar un vocabulario de importación. Cómo le jode a usted que esos niños de papá de delante tiren la comida, y en África los niños muriendo de hambre. Los está viendo a través de las cortinas. Y para colmo, don Gabriel, a ustedes no les dan a probar bocado. Malditas compañías de bajo coste, se dice a sí mismo. Ni un triste periódico que llevarse a los ojos. Ellos tienen incluso revistas. No hay derecho. Cuánta injusticia. Si usted fuera presidente haría un reparto más justo de toda la pasta que hay en el país. Porque hay mucho dinero. Lo dice la prensa. Ladrones, todos son unos ladrones. Usted nunca se hará rico siendo tan honrado. ¿A quién se la habrá chupado su jefe para estar ahí, con lo inútil que es? Levántese y vaya al baño, por curiosidad. A ver cómo se mea en un avión.

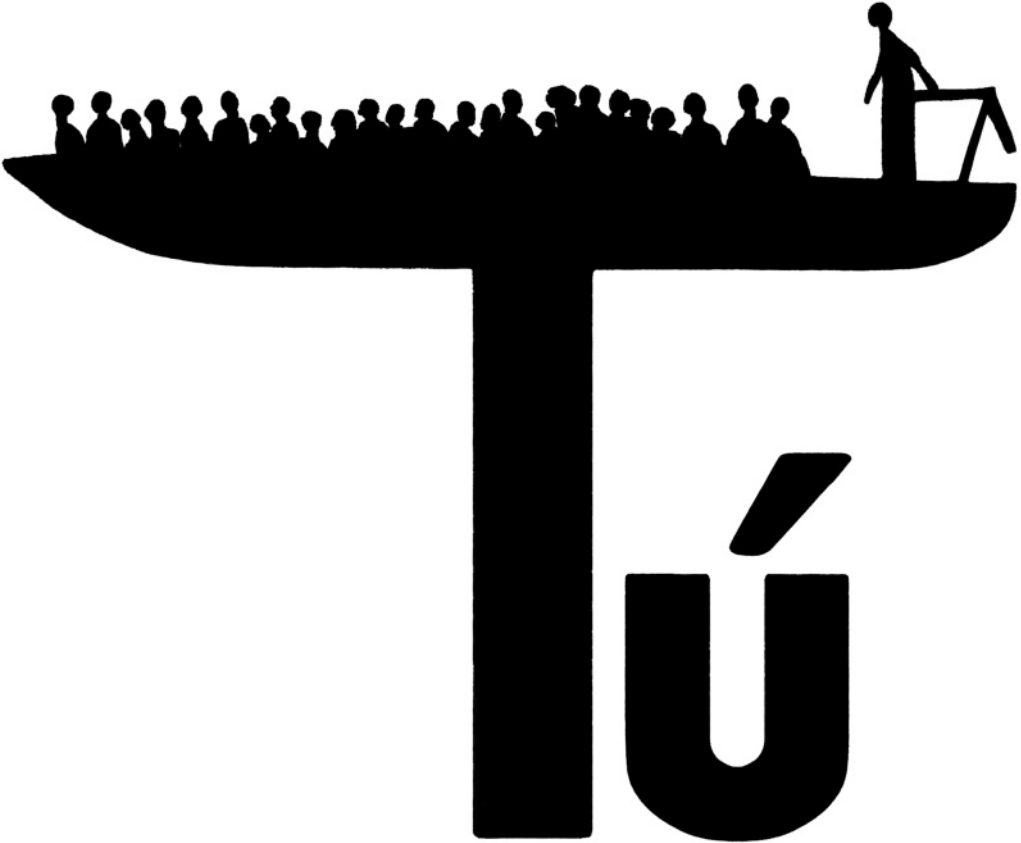
El barco es más pequeño de lo que te habían dicho, Ahmed. Ya te habían avisado: «que las embarcaciones son una mierda, que no son barcos, que son pateras, cayucos, cáscaras de nuez, no vayas». Pero tú, erre que erre, Ahmed, cabezón. Esto se hunde seguro. Además, te ha tocado el peor sitio. El cabrón de rojo le ha dado veinte mil uquiyas más al patrón y en esa posición no le salpica el agua. Estás helado, tiemblas de frío. Y eso que llevas puestas las dos camisetas y la chaqueta. Te dan ganas de tirar al mar al tío de rojo. A quién habrá matado para tener tantos uquiyas. Tú has trabajado de sol a sol en el mercadillo tallando madera y no has sido capaz de reunir tanto en tres años. El patrón es peor que tu jefe. Su bulto de la chaqueta te exaspera. Es un fajo enorme de billetes. Si le quitaseis el dinero y a él lo arrojarais al mar, se lo tragarían las olas. Nadie se enteraría jamás. No, no lo hagás, ninguno sabéis navegar y son muchas millas. Quinientas millas. Moriríais vosotros también. Quieres orinar pero no sientes las manos. Te lo haces encima. Sabes que, si sales de ésta, el viaje habrá merecido la pena.

Nada más llegar a Bir Moghreïn, una ciudad del norte, le sientan en un Jeep cuatro por cuatro recién salido de una fábrica coreana. Va usted a cruzar todo el Sáhara hasta la capital, dirección sur, más de 500 millas, en un todo terreno. Está entusiasmado ante las anécdotas que podrá contar cuando vuelva a la oficina. A las dos horas de trayecto no da crédito. El viaje es horroroso. Más que un viaje de aventura le parece un viaje de tortura cuyo fin es provocarle hemorroides. Duna arriba, duna abajo, carreteras de piedra, incluso campo a través. Por suerte el guía es competente y llegan a los hoteles antes de lo previsto. Lo cierto es que el alojamiento no está mal del todo. Les hospedan en sitios de cuatro y cinco estrellas, aunque usted cree que podrían cuidar un poco más la decoración. Demasiado minimalista y pocos adornos relacionados con el desierto y la vida nómada de las tribus mauritanas. Afortunadamente, usted no escogió la opción de la jaima, como ese pobre grupo que viene de la península. Se estarán clavando en la espalda todos los desniveles del terreno. La travesía se va complicando. Gabriel, usted está agotado.

No tiene más remedio que tomar un baño de espuma cada noche en la bañera. Los madrugones comienzan a cansarle y se le ve fatigado. Si lo llega a saber se queda en casa, porque usted ya madruga bastante todos los días para ir al trabajo. En el fondo sabe que si no se levanta al mismo tiempo que el sol no vería a todos esos nómadas envueltos en telas de llamativos colores, pero con tres días habría tenido suficiente para hacerse a la idea de cómo es el país. Cuando llegan a Nuakchott usted está reventado. Aún así, usted reúne fuerzas para ir al mercadillo. Deambula entre los puestos durante media hora. No soporta más ese olor nauseabundo, ni las gracietas de esa gente chapurreando frases hechas en español. – Fernando Alonso el mejor, Hamilton caca. Qué pasa Neng. ¿Te das cuen? Quillo, pasa a mi tienda. – Usted decide comprar una estatuilla de madera. Una mujer con el pecho descubierto que porta un gran bulto sobre la cabeza. Hará juego con la estantería en roble del salón. Después se marcha a descansar al hotel. Mañana tiene usted que coger el avión de vuelta a casa.

Ahmed, te has pasado tantas horas en el cayuco, que cuando llegas a la playa no recuerdas apenas nada del viaje. Te das cuenta que el hombre de rojo no respira, y ves cómo el patrón registra sus ropas. A tu derecha hay otros dos hombres con los ojos en blanco, y a la izquierda, una mujer tirita tanto que no puede mantener en brazos a su amorado bebé. La embarcación encalla en la orilla y saltas con las pocas fuerzas que te quedan. Estás en el paraíso. Los conquistadores del Nuevo Mundo debieron sentir algo parecido. La travesía fue atroz, Ahmed, pero mereció la pena. Te quedas dormido sobre la arena durante un tiempo indeterminado. Al despertar, puedes ver varios cuerpos flotando en la orilla. Sales de allí en busca de comida. Debes evitar a la policía, así que te escondes tras las tapias de piedra, caminas agachado hasta que llegas a la ciudad. No puedes resistir más. Deambulas sin rumbo buscando algo que llevarte a boca. Miras con ansiedad en las papeleras y te comes las mondas de naranja y las cáscaras de plátano. Incluso lames un trozo de papel con restos de mermelada de fresa. De nuevo te quedas dormido, Ahmed, esta vez en el banco de un parque. Te despiertan dos hombres vestidos con un uniforme azul y les vomitas encima. Te llevan a un pabellón lleno de gente como tú. Decenas de negros que aguardan en silencio su vuelta a casa. Te acercas a la mujer que perdió a su bebé en la barcaza y duermes de nuevo, abrazado a ella. No queréis volver a casa.

Gabriel, ya está usted de vuelta en casa. Aeropuerto de El Matorral. Se acabaron las vacaciones. La angustia se adueña de usted. Incluso tiene ganas de llorar. Mañana debe volver al trabajo, ver otra vez la asquerosa cara de su jefe, luchar de nuevo para llegar a fin de mes y ahorrar algo para su próximo viaje, esta vez a la India. Sabe que es un viaje caro. Quizá usted jamás pueda ir a la India. Se da cuenta del año que le espera y se le escapa una lágrima de rabia. A su derecha, sentados en unos bancos, ve un montón de negros escoltados por varios agentes. Todos están cabizbajos, serios, con las manos esposadas. Ni siquiera pestañean. Tienen la mirada fija en el suelo. Sospecha que van a ser deportados. Hoy serán devueltos a su



país. Cuando usted va hacia la cinta de equipajes, uno de ellos levanta la cabeza y mira fijamente la estatua de la mujer con los pechos desnudos y el gran bulto sobre la cabeza. El hombre negro le señala. Entonces le dedica una amplia sonrisa y un expresivo saludo que hace añicos la tensa escena. Usted no le devuelve el saludo ni la sonrisa, acelera el paso y sale del aeropuerto sin resuello. Una vez en el aparcamiento, coge usted su coche y va hacia casa. No quiere volver a su hogar. Moquea. Cuando llega a la altura del semáforo del Cabildo Insular tiene los ojos empapados en agua salada.

- ¿Quiere usted un pañuelo, señor? —le pregunta el vendedor de kleenex con su acento africano. Y usted, con la voz entrecortada, le responde: «Hace mucho que nos conocemos, hábleme de tú».

Manuel Sánchez Vicente (Salamanca, España)

La ceremonia

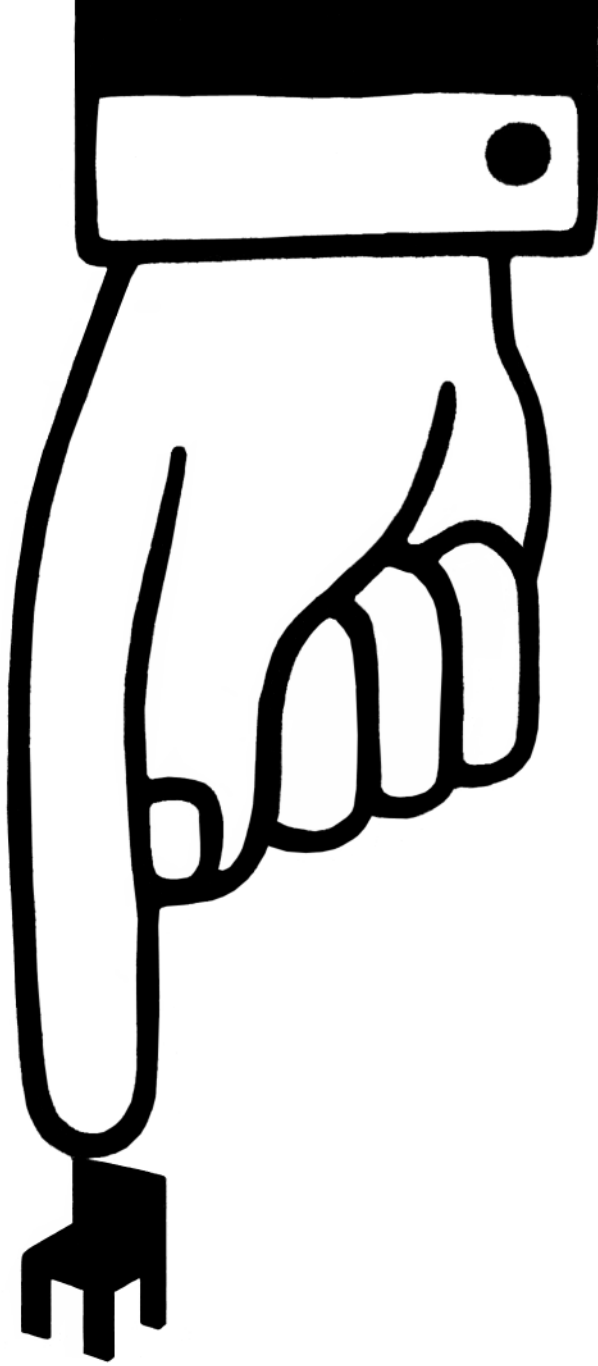
Una comisión de poderosos empresarios de todo el mundo había decidido construir la silla más importante del mundo, la más confortable y la más bella. Se adentraron en las selvas en busca de maderas nobles. El río Congo y el Amazonas conocieron bien las delegaciones especializadas en dendrología. También decidieron reforzar algunas partes de la silla con placas de oro nubio y piedras preciosas de Bolivia y Sudáfrica. Por todo el mundo anduvieron buscando pieles nobilísimas y otros elementos imprescindibles para construir la silla más lujosa de todos los tiempos. Contrataron a prestigiosos diseñadores finlandeses e italianos y un equipo de arquitectos e ingenieros alemanes y estadounidenses, especializados en arte mueble y ergonómico, coordinó todo el trabajo de construcción de la silla.

Una vez lograda la obra de arte, una comisión de expertos en mercadotecnia se reunió varias veces para decidir qué podía hacer con el citado producto. Al final se decidieron a colocar la silla en el centro de la plaza de Armas de Lima, justo en frente de la Catedral y el Palacio de Gobierno. Era el corazón de América y el centro de las antiguas Indias Occidentales, justo donde antes estuvo la estatua ecuestre del conquistador Francisco Pizarro. La plaza era enorme y estaba rodeada de espléndidas balconadas de madera, Patrimonio de Humanidad. En la plaza paseaban turistas de todos los países del mundo que tendrían la oportunidad de deleitarse con la contemplación de tamaña creación.

Comenzaron los trabajos de acondicionamiento para recibir tan prestigioso huésped. Se plantaron más flores y se cuidaron con esmero. Esencia de heliotropo fue esparcida para ennoblecer una atmósfera adecuada. Todo consiguió ser perfecto para la gran ceremonia de la silla.

Llegó el día de la inauguración. Se instalaron en la Plaza de Armas butacas para los invitados de todo el mundo. Altos dignatarios políticos de todos los Estados de los cinco continentes, consejeros de las grandes multinacionales, representantes del capital financiero, generales, políticos, arzobispos y periodistas. La cúpula universal del poder y la influencia se había reunido para contemplar aquella espléndida inauguración.

El presidente de la comisión, responsable de la obra de arte, tomó la palabra para revelar el último secreto de la celebración. La comisión había invitado al acto a una selección especial de los hombres y mujeres más pobres del mundo. La idea fue recibida con grandes aplausos y profundas alabanzas al gesto. Por fin, los desposeídos y explotados de todo el mundo iban a participar igual que los hombres más poderosos de la tierra en una ceremonia tan alta.



Entraron todos a la vez, ocuparon sus confortables butacas y comenzó el espectáculo. Las luces se proyectaron sobre la silla más importante del mundo y por fin todos pudieron contemplarla en directo. Pero la celebración tenía un secreto revolucionario que reveló el presidente de la comisión. De entre los niños más pobres de todo el mundo, uno había sido elegido para ocupar por primera vez la silla. Se llamaba Víctor Huamán Sánchez y había nacido en las calles de un reciente asentamiento humano de Lima. Tenía siete años, carecía de familia, su situación era de abandono absoluto y por todo ello había sido elegido representante de millones de personas en todo el mundo. Sufría desnutrición severa y algunas enfermedades crónicas oscurecían el futuro de su vida, por ello fue el elegido.

Víctor se sentó en la silla. Se sintió el niño más importante del mundo. Entonces, el presidente de la comisión internacional decretó el final de la fiesta de inauguración. Dio la orden: el encargado pulsó el botón y una corriente eléctrica de más de doce mil voltios circuló por todo el cuerpo de Víctor. Murió y el objetivo de la silla fue consumado satisfactoriamente.

Mario Monge Juárez (Alicante, España)

Esa calaña de los niños

Yo no hacía nada
Es decir nada serio
De vez en cuando por la mañana
Lanzaba alaridos de animal

Jacques Prevert *Palabras*

No era hosco, ni huraño, ni retraído, ni montaraz, era un médico. Tampoco cualquier médico, joven sí, alto e inapetente. Había ganado hacía poco un cargo en la Facultad y estaba aquí, en Managua, en una brigada de cooperación. Yo escribía un libro sobre la guerra que nunca se publicó, y él venía a crear un centro asistencial que ni siquiera podía con la guerra. Esos tres meses vivimos casi juntos. Digo casi porque él apuraba diagnósticos y yo borracheras.

Lo conocí en medio de las abejitas.

Veinticuatro niños de siete a doce años recién bañados en la Casa Universitaria. Una brigada de polinizadores, traída desde el campo a Managua por una visita y como premio a sus labores. Tan pobres en la ropa como cuidados los aseos, se acercaban precedidos de una simpática enfermera española, dos madres, y el secretario del sindicato campesino. Les tomé unas fotos, conversé con ellos, me enamoré de la enfermera que tenía una fuerte relación sentimental con el médico, sin que éste le diera ninguna expectativa. Esa noche la cortejé en una reunión, ella me dio la chance de algunos susurros con la lengua humedecida en mi oreja, y yo me emborraché con cerveza ordinaria, que tampoco existía otra.

- ¿Qué hacen estos niños?-, pregunté para la nota. En las plantaciones de cacao hay una operación delicada, sólo para manos muy pequeñas, la de arrancar flores padres de las plantas a fin de llevarlas a los surcos de las flores hembras y polinizar. Hacen el oficio de las abejas. Hablaban con firmeza las «abejitas», como viejos obreros del cacao.

La enfermera charlaba con ellos: - Chavalitos, cuenten al compañero periodista cómo se llama la Brigada...- Lázaro Felipe Miranda, contaron de ese polinizador del centro agrícola, con catorce años recién cumplidos, que había entrado en combate frente a los mercenarios, perdió una pierna y sus amigos lo vieron seguir disparando sin la pierna... -Ahora vamos al hospital a verle. ¿No es cierto abejitas?- Van a verle la pierna extinguida, pensé mientras el médico miraba a la enfermera desde atrás, como fuera del escenario.

Llegamos en camión a Jinotega donde el médico bajó las cajas para fundar su centro asistencial en la hacienda de café. Yo decidí seguirlo para escribir sobre esto y porque él se había despedido de la enfermera a la que envié dos o tres cartas de amor que no fueron contestadas. Llovía cada día, llovía intrigante, sin plan y llovía en un cuartucho de madera húmeda de la hacienda, muy parecida a un pueblo del Far West –como que había pertenecido a un cafetalero norteamericano- donde el médico instaló, con ayuda de jóvenes universitarios brigadistas, su dispensario. La calle central era de barro, las aceras altas de madera, y había una chimenea de la cocina que humeaba siempre. Alrededor cerros altos ennegrecidos sobre cafetales verde oscuros borrados asimismo por el humo de la chimenea que consumía leña verde. El café que tomábamos era del peor; la comida única eran los frijoles sobre la tortillita de maíz. De postre, sólo en los días de fiesta, el agua con que se mojaba el arroz crudo, mezclado al azúcar, porque comíamos arroz sólo en los días de fiesta. Yo dejé de emborracharme porque no había con qué. También dejé de escribir.

Lo que el médico podía hacer era poco y mucho. Atendía a niños con vientres hinchados. Globos líquidos y exhaustos por la consagración del hambre. Les recomendaba a las madres huevos, porque en la hacienda había gallinas. Las madres contestaban que ni locas les harían huevos a sus hijos, eso los mataría. -¡Quién dijo esa barbaridad!- les gritaba el médico. Los dueños antiguos de la hacienda, mentían las madres y, en efecto, hallé la solución al enigma que el médico no podía resolver. Cada niño que se moría por falta de alimentos, los viejos dueños preguntaban a su madre si el párvulo había comido un huevo, si la contestación era afirmativa, allí estaba la causa sentenciaban ellos, que tanto sabían de todo por eso tan ricos. De modo que garantizaban a la producción de huevos para la familia propietaria. Los amos hacían un pesebre para las navidades y llamaban a sus trabajadores con vientres repugnantes a que vinieran a contemplarlo, a «esa calaña de niños». Siempre lo repetían así, en español, que es un idioma que les gustaba por esa palabra. O sea que en cada bohío, en cada casucha de campesinos impregnada de humo- porque se cocinaban las tortillitas adentro sin chimenea-, había atrás, en los fondos, un pequeño cementerio propio de niños que perdía la familia. De allí que a los cinco años recién le ponían nombre al chaval, para no encariñarse. Eran fantasmas hasta los cinco. Eran muertos anunciados hasta los cinco. Era un tráfico de incertidumbres con la sola respuesta de los cinco.

El médico atendió un parto en el que nacieron mellizos apaciguados. La madre, tan emocionada, confesó les pondría el nombre del médico, pero cuando sean «grandecitos». Él se opuso, exigiendo fuese ahora mismo, porque se encargaría de que no muera «la calaña» mediante la asistencia de los huevos. La madre aceptó colocar el nombre ahora, que fue desgraciadamente igual y único nombre para ambos, porque el médico no tenía un segundo, pero la madre no aceptó lo de los huevos. El médico propuso que a uno se lo llamara con el apelativo suyo seguido del pueblo donde él naciera, y al otro al revés.

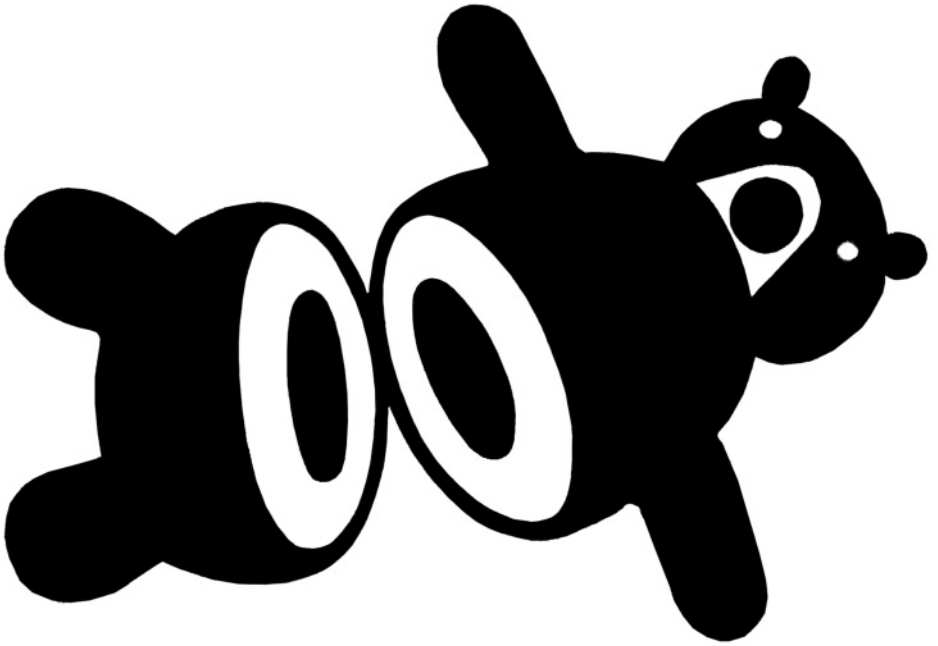
A veces al médico lo ayudaba Evelyn unas horas. Evelyn andaba descalza como toda «calaña de niño». Con trece años aparentaba siete. Delgaducha, indígena, esperaba con el balde, como en una playa, frente a la única canilla de la hacienda. Dejaba que los más pequeños llenaran primero. Los llamaba por el diminutivo frecuente de «tiernitos». Ella decía «mis tiernitos». Eran sus hermanos a los que cuidaba como hijos. Ninguno era caprichoso, había siempre un vacío en el estómago como para no gastar fuerzas inútiles en caprichos inútiles.

Mientras esperaba en la fila, me contaba lo de juntar el agua para el día siguiente. Levantada a las tres de la mañana, limpiaba la barraca donde vivían su madre sola y esa «calaña», lavaba los cacharros y empezaba con la masa de la tortilla de maíz. A las cinco partía al surco. Recogía cuatro latas y media de café para volver a las cinco y media de la tarde. Comía una tortilla con café, y volvía por el agua para el día siguiente. Para ella la revolución entraba con su primer grado de la escuela, que no terminó porque la madre la necesitaba en el surco. -Aprendí la a, la o, la u - ¿Y la e y la i?- pregunté. -¡Ah sí, también la e y la i... Una vez fui a Matagalpa, conocí una hamaca y un sube y baja...-

El médico me explicaba que Evelyn era un peligro potencial para la «seguridad» de los Estados Unidos. No por andar descalza, porque siempre lo anduvo, sino porque aprendiera las vocales, aunque todavía el trabajo le hubiese descuidado, en el balance, dos de las cinco letras. La oí despedirse con el llamado de la vaca madrina: -Vamos a casa mis tiernitos- No la vi más.

A veces Juanita nos visitaba por las tardes. Venía a explicar cómo, y yo ni siquiera anotaba, con sus siete años que a las cuatro de la noche ayudaba a preparar las «tortillitas» y a cuidar de sus cinco hermanos. Me enseñó a preparar el arroz con aceite, cebolla y chile. Andaba con su único vestido, siempre limpio, ordenando a sus «tiernitos». Pero llovía tanto, maduraba el frío y todos andaban con las mismas hilachas del verano, generosas contra el calor eso sí, pero ahora transidos, tiritando y descalzos cuando se necesitaba la consagración de una chamarra o algo parecido. El hermanito de dos años no tenía otra prenda que esa camisita rota. Juanita le limpiaba la nariz amorosamente a cada rato, y yo que me preguntaba si el pequeño sobreviviría. Le di una remera mía para él, y ella de inmediato le hizo con piolines una camisa-pantalón. Con el médico fuimos a ver a Juanita unos días después. Estaba detrás de la madre mirándonos con sus ojos negros, contentos y un poco cansados. La madre nos dijo: -La pobrecita tiene asma. Cada mes le viene un ataque y durante algunos días no se puede levantar de la cama, ni puede respirar. ¿Qué será doctor?-

Esa noche tuve la peor borrachera de mi vida. Fue en una rueda con un miliciano que ofreció con la cantimplora aguardiente campesino. Supongo que ocurrió por los diez kilos que había bajado o por el alcohol que debió ser brutal en la simple fermentación de algo. El hecho es que me arrastré en cuatro patas vomitando hasta las raíces, y no podía llegar hasta la litera, no podría obviamente treparla nunca, hasta que quedé tirado por ahí y el médico me aplicó una inyección de proteínas que me



«salvó la vida». Le agradecí durante días la vida y pregunté por la enfermera. -Es un obstáculo-, me contestó. ¿Por qué? -me reí. -Tiene piernas que alucinan, que ciegan, que perturban-. Eso no es un obstáculo, dije envidiando hasta el fondo del corazón, como si le deseara lo peor a mi contrincante que ni siquiera era tal, una «calaña de contrincante», me dije. - Es un obstáculo si en la guerra es la esposa de uno-. Supe- con esa insidiosa satisfacción del fracaso- que ni siquiera dormían en camas separadas, ni en casas separadas, ni en países separados, dormían en continentes separados.

Regresé a Managua y me quitaron casi un litro de sangre en el hospital, a cambio de obsequiarme allí mismo, en la camilla, con una cerveza en pago «por donar obligatoriamente la sangre para los heridos en la guerra». Bebí un sorbo y me desmayé. Cuando volví en sí o en mí los enfermeros seguían riendo. El médico decidió no volver a su país y pasó a El Salvador, a atender heridos y enfermos en lo que entonces eran zonas de la guerrilla Farabundo Martí. Me contaron que murió poco tiempo después, en un enfrentamiento armado con el ejército regular, mientras éste iba tras los pasos de la «calaña de brigadistas cooperadores».

Una noche en que el satélite, digamos la única noche en que el satélite espía como una estrella gorda pero inmóvil en el cielo, exasperado por fotografiar incluso nocturno los movimientos de las brigadas, no estuvo porque las nubes cautelosas lo devoraron, fue que hablamos sobre ella. Yo estuve retraído y él frenético como no lo había visto. Yo le confesé que ella tenía una lengua energúmena. Él me observó largo, cauteloso como si ensayara con un bisturí sobre un forúnculo en su propia alma. -He malgastado mi vida-, dijo imitando a las palabras de Rimbaud, pero que no podía llamar a fingir, ni a divertirse, ni a soñar amores monstruosos y universos fantásticos como el poeta, combatiendo las apariencias del mundo, porque no pudo ser saltimbanqui, ni mendigo, ni artista, ni bandido, menos un sacerdote. -Ella sabe la manera en que la amo-. ¿Qué forma tiene eso?, pregunté luctuoso. - La forma de la esponja, fofa, carnosa, porosa, desafortunada-. Supe después que tenía un cáncer a los testículos al que trataba con obscenidades.

Veinte años después estoy escribiendo estas notas sin ganas y para un concurso de cuentos. Lo hago porque estoy aquí de casualidad, bien alimentado y borracho, como debe corresponder a alguien que está bien alimentado y ejerce de turista, para el caso en una plaza solitaria de Villafría llamada Doctor Luis Estrada González, a continuación de la calle Urrusti, frente a los excrementos húmedos de un perro, con el diario en la mano mirando un llamado literario y recordando a mi amigo, el médico, a cuya viuda vine a seguir a este lado del mundo porque no tengo otra cosa que hacer y la encontré veinte años más enfermera, lo que no sé qué significa, pero se acordó de mí con una sonrisa perfecta, demasiado delicada para ser enfermera, diría que inmanejable y me preguntó, con gracia, si en cuál «jaleo» andaba; así que le menté que era escritor. Que acababa de recibir el premio «Doctor Luis Estrada» por un cuento llamado «Esa calaña de los niños», sin alegría

alguna a esa generación nuestra sin hijos. Me felicitó y partió veinte años más erótica, por lo menos más que yo, porque la llamaban desde la sala de partos.

Eduardo Elías Rosenzvaig (Tucumán, Argentina)

Dos hombres

Trabajando en las misiones he tenido la oportunidad de cruzarme a menudo con semblanzas insólitas, pero probablemente Bärbel Schümann haya sido el hombre más singular que haya conocido nunca. En ese tipo de lugares lo más común es tropezarte con tiranos sanguinarios (a muchos de los cuales he visto enloquecer y derrumbarse en sus patéticos tronos), pero Schümann pertenecía a otra casta, alguien para quien las miserias humanas eran algo residual, una contingencia que a lo sumo le inspiraba una ironía desdeñosa.

Schümann, por lo demás, no era el arquetipo del mercenario fibroso que ve uno en las películas, sino un europeo de aspecto frágil, al que te resultaba más fácil imaginar en una cátedra de filosofía que desplazándose en medio de la jungla. No era ni alto ni robusto y su rostro, de ojos claros y pómulos hundidos, le confería un aire doctrinal, como esos eruditos que se pasan el tiempo saliendo de librerías de lance, o traduciendo en su scriptorium versos de Virgilio o Petrarca. Por eso me causó tanto asombro verle la primera vez, al confundirle con uno de los coope-rantes que yo esperaba ansiosamente en Massawa, el caótico e insalubre puerto de la desdichada Eritrea. Ahora me doy cuenta de que esa tarde debió sorprenderse tanto como yo, al consistir mi espontáneo saludo en un caluroso abrazo de bienvenida.

- Creo, hermano, que se está confundiendo de persona- me puso al tanto, y aunque noté el tono burlón de sus palabras, no percibí al oírlas que estuvieran teñidas de enemistad, pues no tardó en ofrecerme su mano mientras yo me deshacía en torpes excusas - No se incomode - agregó -; es normal que uno se alegre de ver personas de su raza en este infierno.

Infierno: esa era la palabra que mejor definía el sitio donde nos hallábamos, pero de algún modo, a través de su expresión – pronunciada con una voz sumaria y ensombrecida -, advertí que aquel hombre no estaba allí para hacer caridad, ni tampoco para transmitirnos una brizna de esperanza. Lo que le había traído era una incógnita que no tardaría en desvelarse, un asunto que suscitaría mi escándalo y aborrecimiento.

Pero en aquel momento lo ignoraba y mientras lo veía internarse con extraña familiaridad por las calles estrechas y hediondas que costean el muelle, pensé, no obstante, que no tardaría en volver a verlo.

Esa misma tarde hice mis indagaciones, pero en el antiguo lazareto donde nos hospedábamos nadie había oído hablar de él. Las hermanas especularon con que se trataba de un hombre de negocios, aunque Barrymore, el cónsul inglés, puso en

duda su presunción. El Doctor Santos, con su lacerante perspicacia, dejó en el aire la sombra de una sospecha:

- Alguien que desembarca tranquilamente en este sitio sin más equipaje que una bolsa de mano, seguramente tiene muchos secretos que ocultar... o peor todavía, ninguno.

Yo llevaba en esa parte de África dos años y, como dije al principio, había visto demasiadas cosas como para confiar ciegamente en la bondad humana. Schümann podía ser, efectivamente, un empresario en visita fugaz (posiblemente alguien ligado al tráfico de armas), pero algo en él hacía pensar que se dedicaba a otros menesteres, temas tal vez menos lucrativos, pero de un relieve igual de soez o corrupto.

Es cierto que todo en aquel país era monstruoso, incluso en la sencillez de su malignidad. La hambruna, las enfermedades, la violencia irresistible que parecía contagiar cada una de sus esquinas. Había niños con una ferocidad sonámbula pintada en los ojos y ancianos que te miraban con una indiferencia inhumana. Las mujeres, como siempre, eran las que llevaban la peor parte, bien porque fueran jóvenes y por tanto susceptibles de ser raptadas o forzadas, o porque recayese en ellas la responsabilidad de alimentar a proles inmensas. En un mundo así, posiblemente un individuo como Schümann se hallaba como pez en el agua, insensible al mal y a sus sinuosas consecuencias. Nuestro papel, sin embargo (aunque ninguno lo manifestara en voz alta), se parecía a esos puentes que a veces se levantan en el corazón de la selva, con una estructura tan frágil y quebradiza que sólo la vaga idea de cruzarlos te genera un escalofrío irreprimible.

En medio de ese infierno - en palabras de Schümann -, el desembarco dos días más tarde de un puñado de turistas preguntando precisamente por él, nos dejó a todos desconcertados. Fue una de las hermanas quien trajo la noticia, cuando avisos recientes se hacían eco de otra incursión de bandas hostiles al régimen. En su voz incrédula, mientras nos lo contaba, había una mezcla de agravio y fascinación.

- Pensé que eran los mediadores que habían prometido, pero son un grupo de personas cargadas de cámaras y baúles.

Se trataba de tres parejas que parecían venir a Eritrea de excursión y su presencia no tardó en ser objeto de rumores en las calles de la ciudad. Se alojaron en el único hotel que ofrecía ciertas garantías de confort y poco después los vimos en compañía de Schümann, rubicundos y festivos, desplazándose en un coche blindado que, paradójicamente, llevaba el techo al aire.

- Esa gente está loca- masculloó el cónsul al enterarse.

- Alguien debería decirles que corren un serio peligro- agregó el Doctor Santos, y todas las miradas se dirigieron a mí, como si pudiera ofrecerles alguna explicación.

No sé muy bien por qué lo hice, pero esa misma tarde, después de atender mis obligaciones en la escuela, me dirigí al hotel para hablar con el propio Schümann. En su lugar me encontré a uno de los recién llegados, uniformado con pantalón corto y salacot, como si se estuviera preparando para salir de safari. Se trataba de

un italiano descomunal, de labios gruesos y ojos protuberantes, que me miraba con una expresión de regocijo en la cara.

- ¡Un misionero...un misionero auténtico!- exclamó al verme- Fantástico... ¡es la primera vez que me tropiezo con uno!

Aquel italiano excéntrico y anacrónico, que parecía salido de una cinta colonial, se empeñó en que nos sacaran una foto en el hall y tuve que disuadirle (he de admitir que con enojo) para que desistiera de su absurda intención.

- ¡Perdone si lo he ofendido!- señaló con un mohín de disgusto y cuando se disponía a darme la espalda, apareció por allí la que parecía ser su esposa.

- Debe disculparnos, acabamos de llegar- me dijo sonriendo y me extendió una mano enfundada en guantes de cabritilla, mientras amonestaba risueñamente a su marido. Era la típica hembra meridional, de mejillas tostadas y pelo oscuro, una de esas mujeres pudientes que se desenvuelven por el mundo con impunidad y elegancia. Sin embargo, había algo en ella, en su forma de sonreír, que emanaba una sutil toxicidad.

- Verán – empecé a decirles -. No sé si están al tanto de los riesgos que...

En ese momento apareció Schümann, enfundado en un traje de lino beige, avanzando con un pliegue irónico en los labios.

- Está todo bajo control, no se preocupe -me dijo -. Pero es usted muy amable en preocuparse por nuestra seguridad.

Los miré a los tres con fatiga, preguntándome si no estarían, como insinuaba el cónsul, completamente locos y si merecía la pena que malgastara mi tiempo con ellos. Fue entonces cuando acepté un ofrecimiento inesperado, del que me arrepentiría durante el resto de mi estancia allí.

- ¿Se da cuenta de que ni siquiera nos hemos presentado como Dios manda?- repuso Schümann jocoso- Es algo inaudito: tenemos que arreglarlo según las más elementales reglas de la hospitalidad. Hoy doy una cena en el hotel. Ni qué decir tiene, que espero contar con su presencia y la de sus amigos.

Lo examiné sin saber cómo reaccionar, como un pupilo recién salido del seminario, pero como dije antes - sin advertir hasta qué punto y en qué grado estaba cometiendo un serio error -, aquella velada habría de convertirse en el compromiso más amargo e ignominioso de mi vida.

Tampoco tenía por qué saberlo, aunque tal vez, de alguna manera, debía haberlo intuido. Sólo el cónsul aceptó acompañarme, y a eso de las siete, sentados a una mesa decorada con velas y farolillos de papel, dábamos cuenta de una cena frugal, pero aderezada con licores y exquisiteces que resultaban inimaginables – o pecaminosas, como insinuó malévolamente Schümann - en un lugar semejante. Mi incomodidad era evidente, pero como un curtido maestro de ceremonias nuestro anfitrión se encargaba de abordar con astucia temas banales, que provocaban las risas de las mujeres y a mí me sumían en una sombra de perplejidad. El cónsul me miraba entre expectante y divertido, preguntándose como yo quién era realmente aquel hombre y qué razones ponzoñosas le habían impulsado a desembarcar en Eritrea.



Se nos echó la noche encima y como si la oscuridad fuese el heraldo que estaba exigiendo mi conciencia, aproveché el enésimo brindis de Schumann para preguntárselo directamente.

- ¿Que cuál es el objeto de nuestro viaje? -me respondió con un tono lapidario - Creo que nuestro estimado amigo Castagna le podrá poner al corriente mucho mejor que yo.

El hombre de ojos saltones que me había abordado por la mañana con la intención de retratarse conmigo, me miró con curiosidad y, encendiendo un puro de dimensiones colosales, mandó traer su cámara. Era una Konica digital, de gama alta, ligera a pesar de su aspecto flamante y compacto. Me la lanzó por el aire, sin contemplaciones, seguramente porque a esas alturas estaba ya bastante ebrio.

- ¿Sabe cómo funciona? – me preguntó. Me molestaba su tono etílico y desafiante, pero respondí afirmativamente. El resto de los comensales, incluyendo al cónsul, se pusieron entonces a mi espalda y esperaron a que pasara las fotos. Sólo Schumann y el italiano permanecieron en su sitio sin moverse, intercambiando miradas de complicidad.

Tardé un rato en comprender lo que estaba viendo y en situar las imágenes en un contexto que no fuera irreal. Al principio pensé que se trataba de escenas trucadas, fotomontajes truculentos y caprichosos que carecían de medida y sentido. Pero gradualmente, a medida que escuchaba los murmullos de los demás – subyugados por una emoción morbosa – y me fijaba en los detalles que aparecían en la pantalla (los cuerpos mutilados, los coches reventados por una explosión, los charcos de barro y sangre, la devastación más escalofriante fotografiada en cada plano), advertí las atrocidades de las que estaba siendo testigo, el perfume del mal que impregnaba aquellas imágenes tomadas frívolamente.

Recuerdo muy bien la gélida mirada de Schumann y la frase balbuceante que salió de mi boca mientras arrojaba la cámara sobre el mantel.

- ¿Qué mierda es esta? – le grité. A lo que él, sonriendo perversamente, me replicó:

- Turismo de catástrofes, padre: ese es el nombre que le dan. Y todas las modalidades de turismo requieren de guías, ¿no es así? Bueno, hemos oído decir que se está preparando una carnicería para esta semana... ¿o me equivoco?

Me incorporé sin decir palabra, dejando que el silencio fuese mi única respuesta. Barrymore salió conmigo tomándome del brazo, creo que intentando calmar mi ansiedad. Al encerrarme en mi cuarto sufrí un ataque de náuseas y me lavé el rostro con agua helada. Fui incapaz de conciliar el sueño y de borrar de mi mente aquellas fotos. Recuerdo que pensé, bañado en sudor, que una nueva estirpe de demonios vagaba esa noche por las calles de Eritrea.

Tres años después, ejercía de párroco en una pequeña iglesia de Brooklyn. La malaria, y lo que los médicos definieron como una «fatiga crónica y excepcional», impulsaron a mis superiores a trasladarme lejos de África. De poco sirvieron mis

protestas y la carta que, imbuida de cierta indignación, remití a los preladados de Roma. Yo no me veía en una diócesis convencional, oficiando para fieles juiciosos, pero el propio Obispo, después de elogiar mi aportación en las misiones, me recordó lo cerca que estaban mis pretextos del pecado de soberbia.

A pesar de todo, me ganó la simpatía de la comunidad, ejerciendo con modesta eficacia mi trabajo. Me convertí en un sacerdote popular, dada mi costumbre de entablar conversación con cualquiera en la calle o hacer compras en sus negocios. Los lunes solía ir por la tarde a un pequeño café, donde la dueña, una mujer piadosa pero efusiva, me preparaba unos menús principescos.

Fue allí donde lo vi.

Recuerdo que al principio no reparé en él, parecía un tipo insignificante, uno de esos taxistas taciturnos que frecuentaban vespertinamente el bar de Rose. Su voz, sin embargo, seguía arrastrando aquel timbre seco e irónico que la volvía inconfundible.

- Cuánto tiempo, padre. Quién iba a decirnos que nos encontraríamos aquí.

Schümann parecía realmente otro hombre. Su complexión no sólo era mucho más delgada, sino que todo su cuerpo, como si su piel se hubiese retraído y tensado vigorosamente, dejaba a la vista la silueta rotunda de sus huesos: los de sus manos y codos, que semejaban dos bolas de acero y, sobre todo, los de su rostro, que parecía tallado en una madera excepcionalmente dura. Estaba sentado en un taburete, de lado, y bebía- lo supe poco después - una infusión de jazmín.

- Vaya, pensaba que alguien como usted sólo trasegaba bourbon – dije intentando ponerme a su altura.

- Anjou – respondió él con una sonrisa pícar – Mi licor preferido es el anjou.

Me arrepentí enseguida de mi falta de cortesía (Rose me miró como si hubiese perdido súbitamente la razón) y, a pesar de mis escrúpulos, extendí mi mano para saludarlo. Para mi disgusto Schümann me la negó, pero aclaró enseguida sus motivos.

- Vamos, no se ofenda: usted sabe tan bien como yo que no merezco ese gesto suyo, que por otra parte, y no pretendo ser cínico, le agradezco sinceramente.

Me quedé, como me sucediese en el pasado, sin saber cómo reaccionar, sintiendo por aquel hombre un sentimiento incompatible que me negaba a reconocer: una mezcla de fascinación y antipatía física, que debía reflejarse vivamente en mis ojos.

- No se sienta incómodo: sólo estoy de paso... Quiero decir que este encuentro ha sido producto del más puro azar y dudo mucho que volvamos a vernos.

El silencio que se amasó entre ambos fue casi insoportable y tuve que hacer un esfuerzo titánico por conservar la calma. Me di cuenta de que nuestra conversación carecía de sentido y de que uno de los dos tendría que irse. Schümann lo captó al vuelo y se bajó con lentitud del taburete.

- Cómo lo conseguía – le pregunté entonces a bocajarro. Mi pregunta era casi ofensiva, además de incongruente, pero me sorprendí oyendo una explicación saliendo de sus labios.

- ¿Todavía le atormenta, verdad? - me dijo con absoluto sosiego - ¿Cómo podíamos llegar a esos lugares, zambullirnos en plena guerra y salir indemnes? No se torture con reflexiones absurdas, padre, la maldad es muy simple: todo se puede comprar, jueces, autoridades, comisarios, miembros de la ONU, incluso los cabe-cillas de los clanes más feroces estaban dispuestos a dejarse fotografiar con una víctima por dinero. Bastaba un buen fajo de dólares para que te dejaran pasar impunemente, para que los soldados y las bandas no te frieran a tiros o te cortasen las orejas; yo accedía a la catástrofe anticipándome a los equipos de salvamento, me desplazaba entre cuerpos reventados antes de que llegasen los reporteros más audaces... Mis clientes podían desplazarse en un coche rojo después de un atentado en Bagdad, o sacar fotos de un fusilamiento en China. Así de sencillo. Y en cuanto a esos clientes, lo que les atraía era la morbosidad irreprimible de la muerte, su majestad, la barbarie en estado puro, todo lo que hace de la vida un lugar irracional y tremebundo.

- Entiendo - le dije conteniendo la marea de emociones que me estaban ahogando.

- ¿Sí, padre? ¿Puede hacerlo?

- No olvidé que mi trabajo consiste en tratar con la maldad – le respondí con gesto imperturbable, y por primera vez me miró con una extraña ecuanimidad, como si estuviese ante alguien que podía llegar a sorprenderle un poco.

- Tengo que irme -dijo.

- Claro.

Fue así: él se giró hacia la puerta y se marchó con un pequeño macuto al hombro, sin siquiera despedirse. La Sra. Rose, que no había abierto la boca, me miró como si hubiese mantenido una conversación con el mismísimo lucifer.

Tardé un tiempo en recuperarme de aquel encuentro. He de confesar, dolorosamente, que mis oraciones no me ayudaron; pero creo que al final, de algún modo, conseguí superarlo. Dos años más tarde recibí una carta. Carecía de remite, salvo una S y un punto en una esquina de su reverso. Decía lo siguiente:

«Estábamos en Guatemala, había habido una incursión de los paramilitares, una masacre en toda regla, incluso yo encontré excesiva la carnicería. Miraras donde miraras, veías chozas ardiendo, cuerpos agujereados o decapitados, sobre los que habían empezado a bajar los zopilotes, con sus alas como sábanas oscuras. Mis clientes, aterrorizados, no se atrevían a salir. Entonces apareció aquel hombre en medio del humo, tenía rostro de sonámbulo, caminaba sin rumbo en medio del polvo. Era un campesino, se puso a buscar entre unos matorrales y vi que alzaba algo, un bulto menudo, un niño, le colgaban los brazos y la cabeza, luego tomó un sendero y se fue de allí. No sé por qué me dio por seguirle, caminaba con una lentitud exasperante, aunque no percibía mi presencia. Rebasó el pueblo y accedió a una iglesia, lo único que quedaba en pie, en medio de un escenario lleno de escombros. Esperé unos segundos y seguí sus pasos, la iglesia era una capilla de paredes

blancas, sin retablo, el suelo estaba lleno de niños muertos, sus cuerpos en hilera, amontonados a lo largo de la nave. El hombre se arrodilló ante el último y puso el que llevaba justo a su lado, con cautela, susurrándole una nana, como si temiese despertarlo. Luego fue por agua bendita y le lavó la cara, con calma, sin prisas, fue entonces cuando me di cuenta de que todos los niños tenían el rostro limpio y su ropita abotonada, había más de veinte, no me atreví a contarlos, yo estaba de pie en el umbral, miraba lo que hacía aquel hombre sin cerrar los ojos. Debí toser, o meter ruido, porque el hombre se incorporó y entonces me vio allí, no más los estoy aseando, me dijo, creo que pensaba que iba a matarle, pero yo ya no lo miraba a él, miraba aquellos párpados cerrados, como larvas en un nido, los ojos cerrados de los niños, y entonces, como aquel día en el café, después de hablar con usted, me di la vuelta y me fui.

Sólo quería decirle que dejé mi ocupación como guía y desde aquello me dedico a desempeñar trabajos nocturnos. Cualquiera cosa siempre que sea de noche. En realidad no necesito el dinero, pero es una forma de llegar al alba ileso. Le cuento esto porque le alegrará saber que el insomnio más implacable ronda todas y cada una de mis noches y en los últimos años se ha convertido en mi compañero más fiel. Poco a poco, supongo, acabaré enloqueciendo.»

La carta acababa de esa forma abrupta. Yo continué ejerciendo mi modesto apostolado en el barrio de Brooklyn, no he querido mudar de parroquia a pesar de las presiones de mis superiores. Supongo que me he vuelto un viejo cómodo y tranquilo. En cuanto a Bärbel Schümann, no he vuelto a saber de él.

A veces sueño que viene a confesarse a mi iglesia y entonces me despierto envuelto en sudor.

Miguel Paz Cabanas (País Vasco, España)

Las fauces del Xioc

Al niño Misael, de la aldea de Txitukán, en aquella amanecida del Año Nuevo de 1982 no le dio tiempo a huir de la lava del volcán Xioc que descendió por las quebradas con las fauces en forma de rojos colmillos. Cuando lo despertaron los gritos de su mamá, que regresaba asustada de recoger leños en el bosque, ya el suelo de la casita era un río de fuego rojo y azul que todo lo arrasaba. La lava le calcinó las plantas de los pies. Fueron días y días de fiebres y rojas pesadillas amenazadoras, anclado en un petate de hojas de maíz en el pequeño dispensario. Tenía el patojo entonces ocho años y unos ojos grandes y negros, levemente ovalados como la madre tierra que doña Manolita ponía siempre sobre la mesa de la escuelita. La tez de su rostro estaba renegrida de soles y de vientos, heredada así de sus antepasados por generaciones y generaciones.

Con los escasos quetzales que la señora maestra fue recogiendo entre las otras familias de la aldea, más algo que ella puso de su bolsillo, a Misael lo sacaron en mula desde la barranca donde vivía para que lo curaran los doctores en la capital. Tiempos de orfandad entre las cuatro paredes blancas de un hospital, sólo mitigada por las visitas de doña Manolita cuando se regresaba a la capital para tareas de aprovisionamiento del dispensario y la escuela.

A los meses volvió curado de las fiebres, los pies envueltos en vendas y hojas de banano. Pero las pesadillas no le desaparecieron. Cuando caía el sueño sobre sus párpados en las anochecidas encantadas de Txitukán, un hedor asfixiante como de humos de azufre y pólvora incendiaba su cuerpo y anegaba su frente en angustiosas premoniciones. Volvían a arder una y otra noche en su mente infantil las casitas de paja y las milpas granadas, azuzadas las llamas por el viento agrio que venía del Xioc. Una serpiente le miraba fijamente a los ojos desde el dintel de la puerta de la escuelita, avanzaba sin dejar de mirarle por los largos pasillos del hospital, y reptaba despacio, con sonidos silbantes, por su cuerpo sudoroso hasta enroscarse a su cuello. Cervatillos en traje de fiesta daban saltos enloquecidos de miedo por entre los matorrales huyendo de la lava. Él quería seguirlos-¡esperad!, gritaba-, correr tras su rastro y esconderse en el bosque, pero sus pies se quedaban atrapados en la tierra, calcinados. Le despertaba el guirigay asustado de los guacamayos.

Desde aquella amanecida maldita del Año Nuevo Misael no pudo volver a andar; le tuvieron que ayudar otros niños a desplazarse por las sendas de polvo de la aldea en un rudimentario carretón de madera con los pies hechos de ruedas metálicas. Mañana y tarde, todos los días, los patojos de las familias vecinas le acercaban hasta la escuela. Allí aprendió a recitar, a coros, los viejos poemas de la milenaria tradi-

ción maya. Allí, en la escuelita de techo de hojas de palmera, aprendió a pintar con ceras las montañas que rodean Txitukán, sus casitas de caña, las milpas crecidas en verdes y amarillos con el volcán Xioc siempre al fondo, amenazante.

Con colores hechos de bejucos silvestres el muchacho pintaba muy lindas representaciones del libro sagrado Popol Vuh que doña Manolita les leía en su lengua queekchí, lengua de sonidos vigorosos que ella había tenido que aprender, ya mayor, cuando se vino desde España. Fue llenando su largo cuaderno de dibujo con escenas de la historia de la aldea, desde sus orígenes hasta el día que aparecieron los hombres de la guerra con sus trajes de verde olivo y desaparecieron en la noche todos los papás. Esta estampa no supo cómo dibujarla. Las manos se le enredaron en el papel, como heridas, huérfanas, y sus ojos se enturbiaron recordando las oscuras pesadillas. Entonces doña Manolita le pidió que pintara retratos, muchos retratos de todas las niñas de la aldea con sus largas cabelleras negras, su piel cobriza, y su sonrisa azul, vestidas con el huipil de fiestas. Las patojas colgaban luego orgullosas sus retratos en las paredes. Y los miraban. Y se reían quedito, para sus adentros.

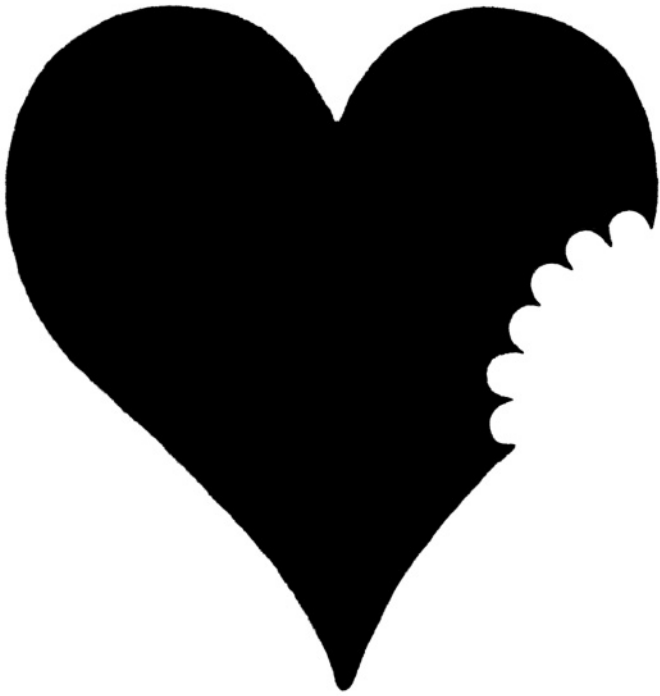
Un día, cuando volvieron las masacres por toda la Verapaz, los niños oyeron intensas balaceras que procedían de la zona del volcán Xioc. Los disparos llegaban a la escuela rebotados y crecidos, roncós por el eco de todas las barrancas de la aldea de Txitukán. Venían los disparos acompañados por el chillido delator de los guacamayos alborotados. Los niños se miraron en sus pupilas desvalidas, huérfanas.

Huyeron todos, atemorizados, menos Misael, varado en la tierra como los troncos secos, rotos por el rayo, en mitad de las montañas. Doña Manolita lo escondió de prisa tras los cuadros pintados con las milpas y los rostros de las patojitas, cubriéndolo luego con su propio cuerpo.

Sobre la puerta, con el olor de la pólvora aún reciente en su guerrera, apareció la figura de Amílcar, un militar de tez blanquecina y dientes rojizos como la lava del volcán. De pie, fue mirando despacio los cuadros, uno por uno. Y descubrió la silueta entrevelada del cuerpo de la maestra y del muchacho sentado sobre el carretón al otro lado de las telas, en la penumbra, tensos los dos como cervatillos huidos a su escondite. El militar se rió destempladamente.

En las risas turbias del hombre de la guerra, Misael, tras la sombra verde y azul de los cuadros, oyó de nuevo, despavorido, como en aquella madrugada de Año Nuevo, como en sus noches de sudor y pesadillas, el rugido hirviente de la lava del volcán Xioc hecho balacera de plomo que zarandeaba ahora las ruedas de su carretón, calcinadas; que golpeaba con furia las leves paredes de caña de la escuelita; que luego rodeaba con fuego su cintura de niño; que subía, que subía por su piel como rojas lenguas de serpiente hasta su cuello- me ahogo, doña Manolita-, se enroscaban a su garganta, reptaban hasta su boca- la anegaban-, hasta cegar sus ojos.

Aún alcanzó a oír, en el tac-tac de la balacera contra las milpas granadas a la cera de los cuadros, el balido lastimero de los ciervos abatidos en las quebradas, el griterío de los guacamayos sobrevolando, rabiosos, las cúpulas enrojecidas de



las ceibas. Lo último que vieron sus ojos grandes y negros de niño queckchí, antes de cerarse, fueron los ojos estremecidos de doña Manolita desvaneciéndose y los granos de maíz rebrincando amarillos por el aire desde los cuadros e inundando el suelo.

Del herido carretón de madera de Misael, por detrás de las pinturas agujereadas, caían lágrimas de sangre sobre el suelo dolido de la escolita.

A los días, al suelo le crecieron los granos de maíz.

Quintín García González (Salamanca, España)

Mucha gente pequeña,
en muchos lugares pequeños,
haciendo cosas pequeñas,
cambiará la faz de la Tierra.

Proverbio africano

Primera edición: mayo, 2010
© del texto: sus autores
© de las ilustraciones: Antonio Acebal
Edita: Medicus Mundi Asturias
Concepción gráfica: Forma
Impresión: Imprenta Gofer
D.L.: AS-2390/2010
Impreso en España

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

